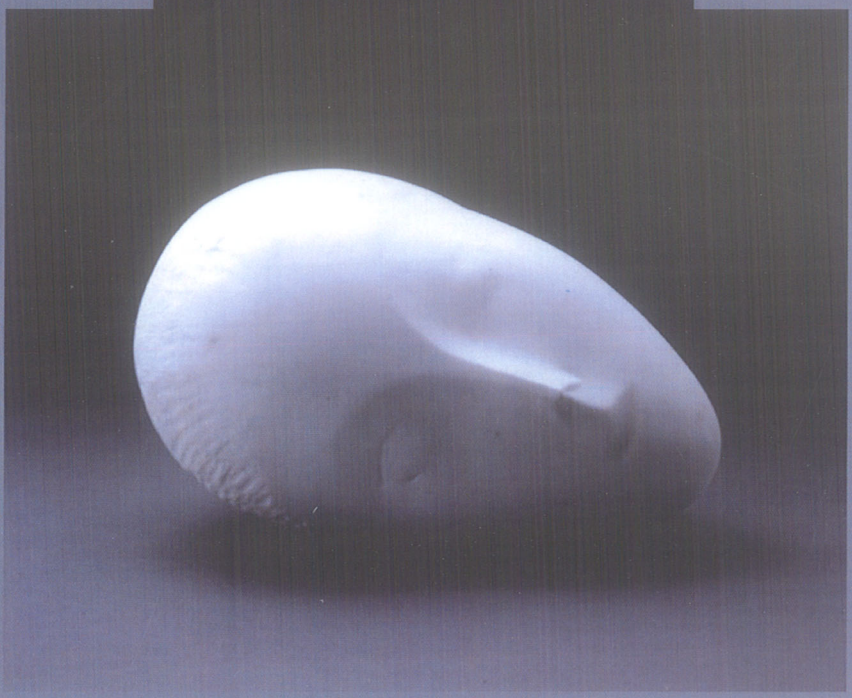
ÉXITO



Diego Martínez Torrón

ediciones
ALFAR
1982-2013

En el extenso prólogo que José María Merino ha escrito sobre *Éxito,* puede leerse:

En los tiempos que corren, cuando el mundo editorial –acaso tirando piedras contra su propio tejado– ha puesto en el lugar preferente de la lectura mayoritaria una especie de nuevos "libros de caballerías" que atienden sobre todo al entretenimiento trivial, nada estimulante de la reflexión y muy poco literario, escribir lo que antes se llamaba "una novela de ideas" puede resultar una verdadera aventura quijotesca, Sin embargo, eso es lo que ha hecho Diego Martínez Torrón con esta novela.

(...)

Éxito es una novela inclasificable, y desde luego no está escrita para los lectores de esos nuevos "libros de caballerías" que nos inundan, sino para los lectores que disfrutan descubriendo en los territorios verdaderamente literarios espacios inesperados, sugerentes, capaces de hacerlos disfrutar y reflexionar.

(...)

Al terminar este libro, el lector ha disfrutado de muchas cosas: de una crónica, diseñada con todo cuidado, sobre las expectativas artísticas y culturales de una generación que ha sido muy importante en la contemporaneidad española; de la elaboración de una voz colectiva matizada por las diferentes voces individuales que la constituyen y que urde un sugestivo drama de amistad; de una ficción que se va construyendo ella misma ante nuestra lectura, con fragmentos dispersos, como una especie de curioso "monstruo de Frankenstein" literario. Pero el lector también ha reflexionado sobre el sentido del arte en los tiempos azarosos que vivimos, y la posibilidad de encontrar un motivo sugerente para ello, materializado en un libro como este, permite acaso que su visión de la realidad no sea del todo desesperanzada.

Diego Martínez Torrón
Prólogo de José María Merino

ÉXITO

Sevilla
2013

Fuera de colección.
Cubierta: Musa dormida (1909-1910), C. Brancusi, Museo Nacional de Arte Moderno de París.
Fotografía del autor: José María Jiménez Arévalo.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Repográficos, www. cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Diego Martínez Torrón.
© Prólogo: José María Merino.
© Ediciones Alfar S.A.
Polig. La Chaparrilla, 34 -36. 41016 Sevilla
www.edicionesalfar.es/alfar@edicionesalfar. es
ISBN: 978-84-7898-507-4.
Dep. Leg.: SE-1937-2013.
Imprime: Service Point S.A.
Impreso en España - Printed in Spain

(ESTO NO ES UNA NOVELA, PODRÍA SER UN FRAGMENTO DE NUESTRAS VIDAS, UN LIBRO IRREGULAR Y DIVERSO COMO ESA MISMA VIDA, QUE QUIZÁS TE GANARÁ EL CORAZÓN CUANDO VAYA LLEGANDO A SU FIN.
TAL VEZ HA SIDO ESCRITO PARA QUIEN TENGA ESPÍRITU DE ARTISTA: LO SEA O NO...).

Como toda mi obra, este libro es para mi mujer Maripi -en la memoria siempre- y para mis dos hijas Rocío y Blanca. Las tres son mi verdadero Éxito.

Con mi agradecimiento a mi amigo José María Merino, que creyó en este relato.

Y a los libros, que mitigan la inevitable soledad del escritor: los del maestro Azorín, de quien aprendí tanto. Los del genial Valle, que me observa desde su cama, con su mirada profunda de artista, en la foto de mi despacho. Y la compañía siempre de la obra -leída a diario- de Cervantes: el más grande poeta en prosa que hayan dado y darán todos los siglos, cuya gracia quiso darle el cielo.

CUADRO DE PERSONAJES EN RED:

Marga, novelista de éxito, enferma.

Inés Calas, escritora y profesora de provincias casada con Ángel.

Ángel, marido de Inés, amigo de Óscar.

Óscar, amigo de Marga, músico; vive con César, escritor mayor y periodista. Ignoro si ya se han casado.

Irene, amiga contracultural, fotógrafa y pintora en la actualidad.

Alejandro, cineasta, amor de juventud de Marga con quien se casó y de quien está separado.

Miguel, joven periodista que escribe sobre Marga.

Alba, hija de Marga, amante de Miguel.

Prólogo.
Una novela de ideas

En los tiempos que corren, cuando el mundo editorial -acaso tirando piedras contra su propio tejado- ha puesto en el lugar preferente de la lectura mayoritaria una especie de nuevos "libros de caballerías" que atienden sobre todo al entretenimiento trivial, nada estimulante de la reflexión y muy poco literario, escribir lo que antes se llamaba "una novela de ideas" puede resultar una verdadera aventura quijotesca. Sin embargo, eso es lo que ha hecho Diego Martínez Torrón con esta novela que tengo el gusto de prologar.

Ya al principio del libro, como en las obras dramáticas, el autor nos presenta el "cuadro de personajes en red", entre los que destacan tres mujeres: Marga, novelista de éxito; Inés Calas, escritora y profesora; e Irene, una mujer de pasado "contracultural" que es fotógrafa y pintora; junto a ellas figuran Ángel, marido de Inés y amigo de Óscar -un músico unido sentimentalmente a un escritor y periodista llamado César- y Alejandro, un cineasta que fue amor de juventud de Marga. Otros personajes más jóvenes -Alba, la hija de Marga, y su amante Miguel, periodista- completan el elenco.

No es gratuito aludir a la "red", pues la novela, formada por trece capítulos, se desarrolla a través de 83 fragmentos cuya mayoría se compone de cartas que el grupo de amigos se remite a través del correo electrónico, formando una progresiva y tupida urdimbre o malla. Esta malla, que se desarrolla como la espontánea sucesión de los escritos de los diversos personajes, acaba adquiriendo una peculiar consistencia *metaliteraria*, como luego veremos.

La trama novelesca es sencilla: Marga, la escritora de éxito a quien una grave enfermedad amenaza con un cercano final, decide convocar a sus antiguos amigos a su casona de Llanes, en el oriente de Asturias, para celebrar una reunión amistosa que ella sabe que constituirá una despedida, su última reunión con ellos -hay un evidente guiño a las reuniones románticas en casa de lord Byron, la famosa Villa Diodoti, donde nacieron el *Frankenstein* de Mary W. Shelley y *El vampiro* de John W. Polidori- y los sucesivos correos que entre los amigos se cruzan irán perfilando, más que diferentes caracteres individuales, el talante de toda una generación, la que estuvo marcada por la rebeldía del 68, en el siglo XX, con todos sus matices al considerar el arte y la vida.

En realidad, los correos electrónicos van mostrando los pensamientos y sentimientos de los diferentes personajes, que se expresan indirectamente, a través de reflexiones y recuerdos, y que acaban componiendo un curioso "flujo de conciencia" colectivo, como señala lúcidamente en una ocasión uno de los personajes, Ángel, en una carta a Alejandro:

No somos en definitiva más que un flujo de conciencia que genera y vive de recuerdos, y del que quizás nadie más que la sombra de nuestro propio y contingente yo guardará la más mínima memoria o recuerdo.

En el riquísimo aporte de evocaciones de todo tipo relacionadas con la creación artística -todos los personajes son cultos y tienen a gala su formación intelectual- destaca en el arranque la postura contrapuesta, aunque siempre amistosa, entre Inés, la oscura escritora provinciana, y Marga, la escritora triunfante, de ventas masivas. En los momentos en que comienza el libro, Inés declara, en carta a Marga, encontrarse escribiendo una novela:

Puedo decirte que mi novela avanza poco a poco. Como te escribí hace tiempo yo llevaba dándole vueltas al sentido y argumento de la misma desde hace por lo menos seis años. Quería que fuera una obra perfecta, acabada, definitiva, en la que se

sintieran reconocidos todos los que vivimos la procelosa aventura de nuestra generación, desde una u otra barricada. Pero el tiempo pasa, y los pensamientos, las miles de ideas que se me vienen constantemente a la cabeza durante mis frecuentes horas de reflexión, pueden quedar abocadas a la estéril pérdida y desconocimiento si no se vuelcan enseguida en el papel.

La idea que tiene Inés de la literatura se corresponde con una actitud de valoración del mundo clásico, de contenidos que vayan más allá del mero entretenimiento, es decir, de instrumento para conocer mejor la realidad que nos rodea y a nosotros mismos. En otra carta a Marga e Irene les dice:

...Sabéis que siempre he abominado del concepto de literatura como mero artificio construido de palabras, porque ello aboca a una concepción anodina, banal, incluso poco humana de la obra literaria. El escritor que solo escribe palabras se convierte en una especie de oficinista al que está vedada la existencia de la belleza.

Frente a esta opinión, la de Marga es característica de quien escribe *best-sellers*, y se lo dice a Inés:

Quizás a la hora de la verdad ni siquiera tenga relevancia que la obra de arte sea hermosa, sino el simple hecho de que comunique, que conecte con el auditorio, y que eso se transforme en éxito, y por tanto en dinero... Es lo que en definitiva buscamos los artistas del siglo XXI, enredados en un arte de masas y para masas. Es una consecuencia del pensamiento anglosajón que ha dejado periclitada y caduca toda la polémica existencialista -de la que aún conservas tú la rémora- acerca de la autenticidad del creador y de su obra... Por mi parte, yo creo que el arte es una construcción del artista, un aparato, un artefacto, una máscara que solo busca provocar en el mayor número de personas posible una sensación a través del fingimiento de una actitud (...) No existe la verdad artística, sino la eficacia en provocar sensaciones. Y si provocas placer en el lector, lo harás más adicto a tu obra.

Como podemos comprobar, el autor de *Éxito* plantea temas que están candentes en el tiempo que vivimos,

pero cuya discusión nadie parece recordar que también ha tenido su lugar en la ficción literaria, cuando esta no estaba ensimismada en los artificiosos enigmas, tantas veces risibles y torpemente escritos, que ocupan las innumerables páginas de tantos *best-sellers*.

En el curioso debate, Inés critica determinadas actitudes del arte en nuestro tiempo. Así se lo hace saber a Marga, Irene y Óscar:

Hoy, en el mundo intelectual y en el mundo del arte, solo prima la apariencia. Hay que ser un actor de teatro, dominar una pose. ¿Fue siempre así? En otros tiempos el artista, además de esa pose, ostentaba profundidad de conceptos estéticos y sentimientos (...) Hoy basta la máscara, y ello es más evidente en el mundo de la imagen (...) Creo que efectivamente hay dos maneras de encarar la carrera artística: adscribirse a una moda, generar una impostura y una apariencia; y la vía estrecha, el camino difícil, que es el de los artistas auténticos, que no se adaptan al público sino que lo crean, y que en definitiva escriben, componen, esculpen y pintan para un receptor varios siglos posterior. Es la diferencia entre querer ser un famoso rodeado de poder, y querer ser un clásico.

Pero Marga no ceja en la defensa de su concepción. Veamos lo que le dice a Inés:

...¿Qué importa entonces el arte, más allá del beneficio de la fama, del prestigio social, del bienestar económico? ¿No te parece absurdo sacrificar tu vida, tu felicidad personal y material por otra forma de arte pretendidamente más pura? ¿Quién se engaña entonces: el artista que busca la verdad absoluta, o el artista que ve su arte como un simple instrumento de bienestar para producir un placer efímero pero rentable entre el público?

Y la propia Inés, al escribir a Irene, comprende que su actitud puede ser demasiado radical y romántica:

Por ello soy consciente de que una concepción excesivamente sublime del arte constituye una insoportable arrogancia que la verdad de la vida, la realidad, puede hacer fracasar. Y creo que en verdad hay que ser más modestos, y tratar de expresar tan solo ese "pequeño sentimiento" de que hablaba Rilke: hacer una

pequeña obra que recoja la máxima autenticidad personal, independientemente de sus aciertos.

En esa controversia sobre el concepto del arte y de la literatura, a través del juego de la correspondencia entrecruzada, van incidiendo muchísimos otros temas, sobre todo, como señalé antes, la conciencia de crisis y una meticulosa reconstrucción de la sensibilidad generacional. Veamos lo que Ángel le escribe a Alejandro:

...Creo que todos los intelectuales españoles de nuestra generación crecimos amamantados por las ideas existencialistas, antes de que algunos se insertaran en el marxismo -qué desfasado ya... qué verdad en sus diagnósticos y qué tiranía en sus soluciones-, o el neopositivismo que nos invadió, al mismo tiempo que la filosofía del lenguaje, el estructuralismo y la semiología, con la vulgaridad obvia de sus análisis, pero con su eficacia próxima a la ciencia. Ese existencialismo está verdaderamente olvidado, y suena a recurso arcaico en un universo pragmático y desangelado, aunque su concepto de autenticidad en el arte sea loable. Lo que trato de decirte es que actualmente hay un enorme vacío de ideología, porque todos los modelos de interpretación del mundo, excepto los recursos económicos basados en la ganancia y el saqueo, han quedado reducidos a la nada. Y en realidad necesitamos siempre el consuelo de una interpretación de nuestro momento histórico, precisamos ese consuelo aunque sea fatuo y débil...

Claro que en la conciencia de crisis hay posturas eufóricas, como la de César, que en determinado momento escribe a Marga, Inés e Irene lo siguiente:

De acuerdo con vosotras. Vienen tiempos de cambio. Pero soy más optimista que vosotras: tal vez, pese a la crisis actual, si no hay una regresión hacia posturas ideológicas autoritarias, vuestros hijos vivirán una etapa de esplendor y florecimiento, en donde la paz dará lugar a la expansión de la libertad y, en definitiva, a una nueva revolución industrial en donde Europa podrá aportar su sabiduría de siglos y toda su cultura. Para salir de la oscuridad hay que pensar en la luz, ser optimistas al mismo tiempo que se trabaja en ello. La cultura es el futuro, amiga Inés, y nosotros (¿vosotras?) tenemos la llave. ¿Qué nos deparará el

futuro?: quizás algo tan simple y tan claro como el "fin de la impostura".

También otros personajes que han recordado con entusiasmo los tiempos del amor a la música clásica, así como la eclosión de determinados grupos musicales populares muy influyentes en la juventud, reflexionan jugosamente sobre el papel de la buena tradición clásica. Veamos lo que les dice Alejandro a Ángel, César y Óscar:

Pero poco a poco recuperábamos nuestra cultura, nuestra tradición, teniendo en cuenta que -con todos los modos de coerción sociales que España ha sufrido, y que han sido siempre comunes al del resto de los países desarrollados- nuestra nación siempre contó con la rica pulsión de un pueblo capaz de lanzar un grito de libertad en tiempos oscuros: véase a Torres Naharro, La lozana andaluza, *el* Cancionero de burlas, *la obra de Quevedo: o la novela picaresca, que ensalza al cobarde y al* outsider *marginal de modo que no tiene comparación y cotejo en ninguna otra literatura de entonces...*

Continuar citando fragmentos concretos del libro haría este prólogo interminable. Pero lo que le da a *Éxito* su impronta novelesca peculiar es que esos personajes -que constituyen al cabo una especie de singular personaje colectivo- que recuerdan, reflexionan y opinan, crean una especial atmósfera, marcada por el paso del tiempo -fundamental para la significación narrativa- y acaban siendo conscientes de que toda su comunicación pertenece al nivel de lo novelesco, llevando a cabo ese ejercicio *metaliterario* al que aludí al principio.

La primera en comprenderlo es Inés, que no ha vuelto a hablar de su proyecto -aquel en que quería realizar "una obra perfecta, acabada, definitiva, en la que se sintieran reconocidos todos los que vivimos la procelosa aventura de nuestra generación" ...como antes cité- en una sorprendente intuición:

...Ni siquiera sé si esto, que estamos escribiendo y simultáneamente leyendo, es una novela o algo parecido.

Mas la conciencia de la naturaleza del texto que el intercambio de comunicaciones va haciendo crecer ante nosotros, llega a convertirse en una novela gracias a la conciencia de sus personajes, lo que cumple con brillantez el propósito del autor y les da a sus personajes una dimensión especial. Veamos lo que Marga confiesa a Miguel, el joven periodista, cuando ya todos los amigos están reunidos en la casona de Llanes, introduciendo además en el decurso del relato una perspectiva simbólica:

Nuestra novela, Éxito *(...) se va construyendo como fluye un río, por sí sola. No habrá en ella apenas descripciones, tan solo la soledad de los pensamientos de los personajes en su propia alma, tan solo sus diálogos y reflexiones. La novela habrá acabado cuando acabe la vida de los personajes, que tendrán vida en sí, más allá de las páginas del texto... Y se mostrará al lector a través de la sencillez imprevista e intuida de una estructura ausente, en la que se filtrará la realidad de nuestra inexistencia y de nuestros anhelos. No será una obra que pretenda la genialidad ni la originalidad... Será un reflejo de la propia mente de los protagonistas, que enfrentarán entre sí sus distintas sensibilidades. No sé aún si será una obra banal, pero quiero que sea sencilla y transparente como las aguas de un río:* la transparencia es todo cuanto queda, *como escribió Octavio Paz desde la India.*

El hallazgo dará pie a ciertas derivas que Diego Martínez Torrón llevará a sus últimas consecuencias. Muerta ya Marga, Inés escribirá a Alejandro una carta en la que le cuenta lo siguiente:

Recuerdo que fue Miguel quien habló:

-Hemos hecho una novela que no se sostiene. Una novela en la que se reiteran poéticamente las mismas ideas, y en la que no hay historia, no hay personajes más allá de las ideas que les sirven de estructura, no hay trama, no hay argumento... Es una novela en la que no hay novela.

En ese momento sonreí pensando en Marga, y posé la copa de buen cava reserva sobre la mesa

-Lo has entendido muy bien, amigo Miguel. Es una novela en la que no hay ficción, *sino la realidad que forma el sustrato de*

las ideas. La música que hemos oído, los libros y las películas que hemos amado, las mujeres y los muchachos que nosotros y nosotras hemos besado... La realidad que hemos vivido.

Irene besó la frente de Miguel y añadió:

-Quizás no es una novela sino un trozo de vida... La vida que seguirá, y de la que tú, joven Miguel felino de ojos glaucos, como la Atenea Glaukopi de la Ilíada, *Atenea la de los Ojos de Lechuza, serás, con tu generación, el próximo protagonista... La próxima novela que tendrás quizás que escribir tú porque, del mismo modo que Marga se ha ido, nosotros y nosotras también ya nos habremos ido... habremos dejado tan solo en tu alma el recuerdo de nuestros diálogos, nuestras cartas y nuestros sentimientos...*

Sin que falte la última "vuelta de tuerca", que lleva lo *metaliterario* a un espacio verdaderamente novedoso:

-Quizás, -dije- nuestro verdadero éxito ha consistido en vivir una vida intensa. Yo creo que nuestra novela, o escrito o lo que sea, nunca se publicará...Y si se publica, nunca se leerá. Porque es un artefacto literario con una mezcla azoriniana de pensamiento, cuentos, descripción y reflexión... Creo que nunca se publicará, y en realidad no habrá hecho falta. Y solo habrá servido para reflejar la emoción de nuestros encuentros y pensamientos. Quizás porque el verdadero éxito de nuestras vidas consiste solamente en habernos conocido, y en haber, sencillamente, vivido.

Todo el libro está elaborado con el lenguaje de un escritor, Diego Martínez Torrón, que convierte la reflexión en "materia narrativa", pues ha demostrado de sobra su maestría a través de la creación poética y de sus estudios sobre tantos autores -desde el cervantismo y el Romanticismo hasta nuestros días- cuya relación sería también interminable -Alberto Lista, Manuel José Quintana, Blanco White, Espronceda, el Duque de Rivas, la Generación del 98, la del 27, Octavio Paz, Álvaro Cunqueiro...

Éxito es una novela inclasificable, y desde luego no está escrita para los lectores de esos nuevos "libros de caballerías" que nos inundan, sino para los lectores que disfrutan descubriendo en los territorios verdaderamente literarios

espacios inesperados, sugerentes, capaces de hacerlos disfrutar y reflexionar.

Al terminar este libro, el lector ha disfrutado de muchas cosas: de una crónica, diseñada con todo cuidado, sobre las expectativas artísticas y culturales de una generación que ha sido muy importante en la contemporaneidad española; de la elaboración de una voz colectiva matizada por las diferentes voces individuales que la constituyen y que urde un sugestivo drama de amistad; de una ficción que se va construyendo ella misma ante nuestra lectura, con fragmentos dispersos, como una especie de curioso "monstruo de Frankenstein" literario. Pero el lector también ha reflexionado sobre el sentido del arte en los tiempos azarosos que vivimos, y la posibilidad de encontrar un motivo sugerente para ello, materializado en un libro como este, permite acaso que su visión de la realidad no sea del todo desesperanzada.

José María Merino
Miembro de la Real Academia Española

I. EL TIEMPO DE LAS PREGUNTAS

"J'irai, moi, le curieux triste."

VÍCTOR HUGO, *L'art `d'être grand-père.*

1. *Marga*

Es difícil olvidar el pasado, pero también recordarlo. La memoria se convierte a veces en parte de nuestros sueños, y entonces se abraza al fondo más remoto de nuestros propios sentimientos. Tan solo en el momento mágico de la ensoñación es posible separar aquellos recuerdos que hieren de aquellos que nos fundamentan. Porque encontrar la base de nuestro propio presente frente al futuro, pasa por una asimilación profunda de nuestro pasado, por una comprensión radical de nuestros defectos y nuestros logros.

Se consigue el éxito a costa de la propia vida, y nuestra vida escapa con él, se pierde junto a él en el flujo de los días. Esa dimensión de éxito que proporcionan la fama, el dinero y el poder no es sino una mueca prescindible, contingente y mudable que desaparece en las aguas del río de la vida.

Nos admiran por nuestro éxito, pero tal vez no saben que ese éxito nos ha costado la felicidad amorosa, la estabilidad personal y en general todo lo que merece la pena en la vida. Porque el éxito es enemigo de la felicidad íntima, incompatible con ella y con todo tipo de armonía.

Marga pensaba en Alejandro, la persona a la que estuvo unida durante tanto tiempo, y que le dejó el hermoso legado de su hija, de su hija Alba... Pero Alejandro se encontraba ahora muy lejos en la distancia. Y en aquel momento supremo de la vida que es el momento de la propia muerte, verdaderamente le añoraba. Querría tenerle al lado para sentir por última vez, por la vez suprema, el contacto de sus húmedos labios, sabiendo que aquel beso podría ser el beso definitivo, final y eterno...

Todo aquel grupo de artistas adolescentes que habían compartido las mismas experiencias personales en la carrera hacia la fama... ¿Qué habría sido de ellos y de ellas? Tan distintos, tan diferentes todos, y tan vivos en su recuerdo por los momentos que habían vivido. Porque la

vida, en definitiva, no es sino una sucesión de esos momentos intensos que se comparten, y que son lo único que la hacen valiosa y memorable como una forma de evasión del olvido.

Quizás somos tan solo una recopilación de imágenes en la retina, y de recuerdos en la memoria... Hasta que un día llegue el cortocircuito y no queda nada.

Pero qué concepto del arte tenía todo aquel grupo de adolescentes llenos de juventud y de idealismo, y qué diferencia existe con el arte de hoy... Ellos estaban a caballo entre dos tiempos, instantáneas mentales que fotografían el paso entre dos orillas, entre dos formas de entender la vida, la belleza y el arte.

Y al mismo tiempo la dureza de la vida del artista, lo que se ignora de esa vida por el común de los mortales. Llegan a la fama tan solo unos pocos... demasiado pocos. Los que llegan deben defender su puesto como verdaderos chacales, muchas veces hasta caer en la ignominia. Y luego está la tremenda amenaza del olvido y el declive, incluso en la más abyecta pobreza. El rostro joven que se convierte en una caricatura de sí mismo en el intento imposible, patético, fallido, de la mueca del botox.

Quizás era esto lo que estaba pensando Marga mientras la música renacentista polifónica española sonaba en la emisora clásica con una melancolía infinita, con una percepción de eternidad de la que carece la contingente sociedad mecanizada de hoy.

Y entonces era cuando reflexionaba y se daba cuenta de que, si el trabajo nos hace honestos, el sentimiento del amor es el eje sobre el que se erige la frágil conquista de la felicidad.

Quizás, se decía por ello, si se hubiera casado con Ángel, si hubiera llevado una vida mediana y apartada en una hermosa ciudad española de provincias, si hubiera tenido dos hijas, si hubiera aceptado el ideal renacentista de vida retirada al que cantaran fray Luis de León, el humanista Arias Montano o el divino capitán Aldana, habría logrado la feli-

cidad. Como su amiga Inés, con la que de vez en cuando se escribía.

Pero posiblemente la felicidad no se logra nunca de modo completo, sino destellos parciales de la misma que nos hacen fuertes para sobrevivir a la carga negativa que siempre rodea la vida del hombre.

Todo esto pensaba. Y se daba cuenta de que había errado el curso de su vida, había tomado la opción incorrecta, tratando de lograr el éxito y la fama antes que cualquier otra cosa, creyendo que todo lo demás vendría en consecuencia como la corriente de un río. Y ahora se encontraba con que era esa corriente la que le iba arrastrando a ella.

Sabía que a sus cincuenta y tres años tenía todo lo que se puede desear. Había conseguido un espacio en la fama. Tenía dinero. Había intentado el matrimonio en cuatro ocasiones sin éxito. El número de relaciones sentimentales con unos y con otras... de esto había ya perdido la cuenta, mucho más sobre las ocasiones de sexo ocasional y fugaz, que siempre le habían dejado en el alma una dolorosa sensación de desconsuelo después de la pasión intensa que se había desvanecido al llegar el alba.

¿Merecía la pena aquello? ¿Merecía haber nacido? No sabría decirlo. Se encontraba ya hastiada de ser un icono ahora en decadencia, vigilante siempre de la llamada curva de la felicidad, controlarse para no ganar peso, en un intento casi infantil por seguir cautivando a alguien, con el único objeto de que compraran su obra.

Levantó la cabeza hacia el reloj del hospital y miró la hora. Había sido intervenida días anteriores de un tumor maligno. ¿Le preocupaba? No sabía decirlo. Todo estaba tan vacío, todo era tan fútil, tan prescindible... ¿Acaso no era prescindible, podrían todos prescindir de ella?

Más aún: ¿significaba alguien algo en su vida?

Es verdad que el amor te hace vulnerable, pero la falta de un amor, cuando el amor es lo que cantas en tus libros, te convierte en una especie de ente virtual que deambula como un fantasma hastiado a través de las calles de medio

mundo. De este mismo modo se había sentido en América, en Europa, en Japón, en Rusia, en India... viajando compulsivamente, aceptando todas las posibles conferencias, como si en cada vuelo, mejor si era el más lejano, se desprendiera de sí misma, como el tren de aterrizaje al abandonar el suelo; como si quisiera borrar todo rastro de identidad y convertirse simplemente en el escaparate de una risa, la sonrisa de cristal congelada en su rostro, un rostro que veía envejecer, mientras con impaciencia apuraba la dosis de vida que aún le hacía comunicar con el público, expandiendo su corazón, deshaciéndolo, desperdigándose en cada intervención como si fuera la última que iba a impartir en el último instante de su vida.

Quizás aquí radicaba la clave de su éxito, si es que aquello era éxito. Pero luego el escenario vacío, sin público ya, se convertía también en la sensación más amarga de su vacío interior, de su fracaso personal, de su poderoso hastío de todo, de la insatisfacción consigo misma.

Ahora, en este hospital de lujo en el que se encontraba, pensaba que cuando se tiene contacto con la muerte se llega a la conclusión de que la vida importa demasiado poco, es demasiado poco: pero precisamente es entonces cuando nos aferramos a ella como a un clavo ardiendo, buscando algún tipo de luz antes de que llegue la fría oscuridad que nos espera como destino desde que hemos nacido.

2. *Marga*

"Pienso en si el amor existe o solo es una forma de intentar prolongar en otra persona la necesidad afectiva de crear otro *yo* ligado en profunda armonía con un yo.

Pienso en si el amor vale la pena... Pienso en si el coste de existir en otro, en desplegar la generosidad y la entrega, compensa la insatisfacción final del resultado.

Pienso en si el amor es eterno, o solo constituye un episodio intenso que se disuelve de modo impremeditado en el azar y el albur de los días que conducen al término del amor y, quizás por ello, al término de la vida.

Y sin embargo sin amor la vida es tan solo un espectáculo de sombras en el que apenas nosotros somos protagonistas de nuestra propia oscuridad.

Y sin embargo el amor nos alimenta, y nos ofrece la ilusión de que la luz existe, de que la comprensión existe, de que la compañía de la persona amada es más que eso: es una fraternidad absoluta en la que se funden dos almas y dos cuerpos.

Y sin embargo, quizás el amor se muere un día, como se muere nuestro cuerpo, como se muere nuestra mente. Y entonces tan solo nos quedan los recuerdos, recuerdos de un tiempo de fuego en un tiempo de cenizas.

O quizás el amor existe siempre como una forma de iluminar la soledad insondable en que nos coloca nuestro propio ser, nuestra propia aspiración a ser, nuestra propia ilusión de ser más allá del reflejo de nuestra imagen irreconocible en un espejo, el rostro que nos mira desde allí, la figura que se pierde entre los reflejos de la noche, los ojos que se clavan en nuestros ojos y nos dicen que ni siquiera el *yo* perdura, y que, incluso ese *yo*, es tan solo una apariencia y un sueño concebido por un niño o una niña, un sueño que desaparecerá al día siguiente, cuando el espejo no refleje ninguna imagen salvo el propio vacío de una habitación a oscuras, donde habita la Nada.

Es quizás por esto que me acuerdo de Alejandro, de sus largas melenas negras, de sus profundos ojos oscuros como una sima, de su cautivadora sonrisa, de las bromas con que salpicaba constantemente los minúsculos sucesos del día, convirtiéndolos en espectáculo mágico, dotándolos de intensidad y de ternura.

La historia de Alejandro y mía, no obstante, terminó en un determinado momento, y apenas soy capaz de discernir ese instante clave en el que nuestras dos almas se separaron.

Quizás todo comenzó, como comienza todo, por el desencuentro de nuestros dos cuerpos, por el desacorde entre nuestras dos pulsiones físicas, aquellas con las que nos arrimábamos uno al otro buscando refugio frente a la tormenta de vida, tratando de convertir nuestra existencia en una fiesta para el alma y los sentidos. Porque el verdadero amor es simultáneamente eso: idealismo y sensualidad, a la vez que emoción e inteligencia.

Pero un día, querido Alejandro, tú ya no me sentiste única y yo no te sentí único. Un día la sonrisa que esperaba en tu rostro como forma de alimentar el día, se convirtió en una simple mueca de dolor. Y ese día ya no nos percibimos como compañeros, sino como parte insoportable de la misma vida que dejamos de compartir.

En ese momento tu presencia y mi presencia escaparon como dos pájaros y huyeron lejos, como dos valvas de una misma concha que se separan sin apenas dolor, sin apenas sentirlo, sin apenas percibirlo.

Tu mundo dejó así de ser mi mundo y a ti te pasó lo mismo con el mío. Y nos hicimos dos mundos que habitaban juntos pero que ya no se pertenecían.

En ese momento mi vida entró en el hueco sin fondo de mi vida, y tu vida se alejó imperceptiblemente de la mía, sin apenas decirlo, sin apenas sentirlo, sin apenas percibirlo.

Fue en ese momento en el que deseé estar muerta, cuando te vi alejarte una mañana gris, cuando te vi marchar como una sombra que escapa de otra sombra.

Fue en ese momento en que me sentí vacía y sola, como si hubiera nacido de nuevo, como si hubiera muerto de nuevo.

Quise decir algo, quizás musitar una excusa, tal vez intentar aproximarme a ti por última vez, tal vez intentar comprenderte antes de que te perdiera definitivamente, antes de que huyeras hacia el pozo sin fondo de mis recuerdos y te convirtieras tan solo en eso: en un recuerdo.

Pero tú ya no estabas allí, buscabas la libertad de tu propio ser, buscabas escapar de todo lo que habías y habíamos amado, buscabas ser de otro modo, de otra manera, con otra persona.

Entonces yo me quedé sola en el quicio de la puerta mientras oía el sonido seco de tus pasos golpeando las piedras del suelo, las piedras de un camino que te conducía lejos de mí, porque lejos de mí habías estado, porque lejos de mí habías ido cada vez que me acercaba a ti tratando de besar tus labios, tratando de fundirme de nuevo, por última vez, con tu alma.

Hoy te recuerdo en este instante en que me han comunicado que mi vida pronto acabará. Hoy te recuerdo y quizás ya ni siquiera lloro como lloré cuando te marchaste. Hoy te recuerdo y sé que ni siquiera sabrás de estas líneas, porque esta es una carta que nunca recibirás, y que nunca escribiré porque nunca existirá. Como tu sombra y mi vida, como mi sombra y tu persona. Como un papel roto y destruido. Como una vida rota y destruida. Como una vida. Como dos vidas."

3. *Alba a Miguel*

"Querido Miguel: Te escribo con la nostalgia de nuestro reciente encuentro en París. Desde aquí, desde la fría y hermosa Ginebra, grupos de cisnes te envían mis mensajes de amor.

El curso acaba de iniciarse y ya siento la lentitud de los días hasta que termine y podamos reencontrarnos.

De vuelta ya en esta ciudad suiza, vienen a mí imágenes de los ratos pasados contigo. El recuerdo de la vieja París, siempre romántica, siempre mágica -*Nadja...*-siempre especial. El recuerdo de nuestros largos paseos por el Sena, de uno a otro cabo. De los museos en los que visitamos otras épocas, que generalmente es, en el caso de París, la misma época: la época en que la ciudad se quedó dormida, a fines del XIX y principios del XX, la época de los pintores y los bohemios, la época de la dorada libertad, en la que los artistas se emanciparon de los poderes públicos y se recluyeron en la voluntaria pobreza con afán de dar una bofetada al mundo, de reconstruir los cimientos del arte en la literatura y en la pintura, y abocaron muchas veces a la locura como una forma de auto-exterminio, de auto-inmolación, de suicidio.

La visión idealista y libre del París de esa época se ha ido prolongando en todos los movimientos sociales que han tenido lugar en esa ciudad. Pero más allá de todas estas derivas ideológicas, a veces pretenciosas, París será siempre para mí la ciudad de los romances amorosos y de la poesía en sus calles y museos. La ciudad de la juventud y del amor.

He hablado con mi madre Marga esta mañana. Está conforme con que nos veamos todos en su casa de Llanes en unos meses.

Le he explicado que, aparte de tu interés por conocerla y entrevistarla como escritora afamada, en tu intención de visitarla existe también otro interés derivado de la

relación que tenemos entre tú y yo. Supongo que sabe que somos amantes. Supongo que sabe que evoco tu amor como los días fríos vividos en la cálida luz de París junto al Sena. Supongo que sabe que te añoro, y que deseo que nos encontremos en breve.

La Navidad en Ginebra es también hermosa, pero me hubiera gustado compartirla contigo, contar con tu presencia aquí.

Oigo el dulce arrastrarse de las voces de mis compañeras universitarias, que se expresan con la dulzura musical del francés que solo las dulces muchachas son capaces de hablar.

Oigo el ruido de los coches a lo lejos, amortiguado por el frisar de los árboles movidos por el viento.

Oigo que alguien me llama, me acerco a la ventana y son mis amigas que me requieren para comer con ellas.

Acepto. Me visto. Apago el ordenador en el que te estoy escribiendo este mensaje. Y tan solo tengo tiempo para decirte que te amo, y que no olvidaré el París en que nos hemos amado.

Seguiré otro día. Alba."

4. *Miguel a Alba*

"Querida Alba: Me emociona profundamente tu recuerdo de las vacaciones, demasiado breves, que hemos pasado en París. Para mí también han sido momentos importantes.

No sé qué pensará tu madre Marga de mí cuando me conozca, pero yo ardo en deseos de que tenga lugar ese encuentro. Me han hablado tanto de ella otros amigos de su generación que no quiero dejar pasar la oportunidad.

He pensado realizarle alguna entrevista, grabar sus palabras y sus pensamientos. Me han dicho que es una persona de quien es hermoso sentir cómo discurre, cómo reflexiona. Creo que justamente un intelectual debe ser ni más ni menos que eso: una mente en funcionamiento, un pensamiento vivo del que se expele luego un texto que acaba constituyendo un ente autónomo que cobrará vida por sí mismo.

Para mí también, querida Alba, resulta hermoso evocar los momentos de nuestros paseos y nuestros besos en París. Me gustaría que los repitiéramos. Cada viaje que he realizado a esa ciudad ha constituido una experiencia distinta, intensa, diferente.

Espero que en todo caso nos veamos pronto. Deseo con toda mi alma ese nuevo encuentro, que me ilusiona grandemente. Sueño contigo y sueño que te tengo al lado. Sueño que hablamos, que compartimos todos los instantes cotidianos del día, que disfruto de tu conversación inteligente, de tus maneras elegantes de hablar y moverte. Siento que veo tus manos moviéndose armónicamente en el espacio, como en una danza que Rodin soñara, acompañando a tus pensamientos, a las frases que surgen de tu boca. Y desearía besar siempre esa boca, tener tus labios entre mis labios.

Querida Alba: te adoro. Solo la ilusión que me hace volver a verte me mantiene vivo. Espero que pronto pueda hacerse realidad, como se hacen realidad los mejores sue-

ños: y tú eres el mejor de mis sueños, el sueño de mi vida. Miguel".

5. *Alba a Miguel*

"Querido Miguel: Debo decirte algo terrible de lo que me he enterado esta misma mañana.

A mi madre le han detectado un cáncer bastante avanzado y parece ser que no le quedan muchos meses de vida.

Comprenderás, por lo unida que estoy a ella, que esto me ha conmocionado, me ha dejado rota. He intentado asumir la noticia pero no encuentro el modo, y pienso si todo ello no será tan solo una pesadilla que se desvanecerá al llegar el día, cuando nos abandone la noche, como cuando éramos niños y teníamos un mal sueño del que siempre nos rescataban los brazos de nuestra madre, ante la súplica de nuestro llanto.

Mi padre Alejandro vive en un mundo aparte, apenas se entera de la realidad, focalizada toda su existencia en el proceloso universo de la cinematografía. Creo que mi madre Marga no le ha dicho nada. Sabe que tiene entre manos un proyecto de película muy arriesgado económicamente y no ha querido entorpecerlo. Además está rodando en Canadá y parece ser que estará allí durante bastante tiempo.

De este modo, querido Miguel, mi madre se encuentra sola, sola en el último momento de su vida, aunque quizás todos nos encontraremos solos en ese último momento de nuestras vidas.

Mi madre tenía un grupo de amigos artistas, compañeros de juventud con los que aún mantiene una buena relación. Voy a sugerirles que acudan esta primavera a su casa de Llanes, que es donde ella quiere pasar sus últimos instantes. Entre todos le haremos un emotivo homenaje, una final despedida.

Yo iré a vivir con mi madre en unos días.

Por supuesto que cuento contigo. Ya te avisaré de las fechas.

No soy capaz de escribirte más. Las palabras se me escapan entre lágrimas. Es todo demasiado duro, demasiado

absurdo, demasiado terrible. Así es en definitiva nuestra vida y así será también su final.

Tengo muchos deseos de verte, y sé que en ti podré encontrar el consuelo de un amigo y un compañero, de una persona que me ama tan profundamente como yo te amo.

Recibe un abrazo grande de Alba."

6. *Óscar*

Recordaba el frío de la mañana. Todos los chicos dirigiéndose en fila india hacia la capilla. La luz del amanecer que apenas se percibía tras las vidrieras del antiguo chalet, dos villas comunicadas entre sí por un pasillo construido posteriormente; dos edificios que se erigían con la hermosa estética de los años veinte del siglo veinte, cuando el modernismo inspiraba con su poesía a los arquitectos. Mucho después todo aquel precioso entorno iba a convertirse en una especie de jaula moderna, como una cárcel con barrotes y vulgar ladrillo rojo... La evolución de los tiempos, probablemente.

Fue allí donde conoció a César. En el aislamiento a que se veían reducidos, la amistad era el único bálsamo para evitar la soledad, la soledad en la muchedumbre, como dijera Riesman; la soledad en la que no existía lugar para la intimidad, la soledad vendida en las palabras, las confesiones, las confidencias, el ambiente estricto...

Como se puede fácilmente imaginar, ya no tenía un buen concepto de la religión, y dudaba ahora de todo lo que escapa de la contundente veracidad de lo materialmente existente.

Su visión sobre el tema religioso era bastante deísta. Hoy que se habla tanto del diálogo entre las tres culturas pensaba que en realidad lo mejor que podría pasarle al siglo XXI, para evitar una conflagración mundial, es que no existiera ninguna de las tres, y ninguna de las diversas religiones: que evolucionaran hacia una visión científica y tolerante de la vida, lejana de los ritos medievales que fundamentan estas llamadas tres culturas, que han sido, son y serán imposibles de armonizar. Hacer que el hombre respete al hombre en el marco de una filantropía laicista y abierta, que sepa conciliar el universo cultural de los sentimientos y el espíritu sin ninguna forma de imposición ideológica basada en la humillación de la humildad, sin

ninguna norma absurda que entorpezca el desarrollo del ser humano, sin absurdos sacrificios, sin ninguna supeditación a un clérigo salvador -en cualquiera de las llamadas tres culturas-. En definitiva: vivir la religión en función de las aspiraciones interiores del hombre y no de las necesidades coercitivas de los estamentos organizativos que siempre la rodean, la suplantan y constituyen.

¿Pensaba todo esto en broma o era una ironía?

Creía que todo ello solo se conseguirá, quizás, cuando el siglo haya avanzado lo suficiente. De momento solo quería dejar constancia de que la época iniciada en 2000, y poco antes con la caída del muro de Berlín, hasta llegar a los atentados islamistas en Estados Unidos, Inglaterra y España, merecía la pena ser enjuiciada e interpretada.

Ninguno de los cambios profundos que ha vivido la sociedad humana han sido percibidos hasta que el paso del tiempo los ha hecho inocuos, y sin embargo es en su realidad intensa y palpitante cuando debería ser más fácil establecer una reflexión sobre ellos.

Esto es lo que pretendía, nada más, en sus e-mails y cartas a un grupo de amigos y amigas convocados bajo la sombra de la posible pérdida de Marga, como si el próximo apagarse de su vida simbolizara al mismo tiempo el apagarse de la luz de toda una época, la que les había definido desde su juventud, ahora que una nueva y distinta juventud pugnaba por entrar en liza, luchando -como siempre- contra intereses que intentaban sofocar sus inquietudes.

Se trataba de fundir la idea de las correspondencias románticas, extensas, emotivas, con el intercambio de e-mails entre todos los miembros del grupo. Unos e-mails más propio de epistolarios de otros siglos.

Pero, respecto a lo que antes recordaba...: qué pintaba él allí en su juventud, en aquellos dos hermosos chalets modernistas, nunca llegó a saberlo. Quizás la inercia, quizás la seguridad que le ofrecía un grupo, una organización religiosa, también la complicidad de gente joven con aficiones intelectuales y místicas que la realidad descomponía.

Aunque había también un recuerdo agridulce: el de aquel catedrático de Filosofía que nunca daba las clases, pero que ejercía una tutelar labor de magisterio en sus entrevistas con los jóvenes alumnos. El mismo que le dedicó el único librito brevísimo que había escrito, desde su perspectiva socrática, con la dedicatoria: "El ideal imposible siempre es posible con temple de alegría y atrevimiento."

De todas formas siempre cabía el recurso a la huida de aquella España oscura y gris: escapaba siempre que podía a París, con César. Escapaba haciendo creer que realizaba un viaje profesional por haber obtenido una beca. En realidad adoraba pasear con su amigo por el Barrio Latino, por Saint Michelle, como si estuvieran cometiendo un pecado supremo, como si estuvieran transgrediendo lo que en verdad era su más directo enlace con la verdadera realidad humana, a través de la amistad profunda con un compañero.

Siempre se supo artista. Lo supo cuando la profunda conmoción de la belleza y de la música le llegó al alma, y cuando encontró otras almas gemelas, jóvenes rebeldes que, a través de la literatura, la pintura o la música, buscaban nuevas rutas a su decurso vital siempre insatisfecho.

Sabía que la vida bohemia, con su libertad -la ética de la libertad, la suposición de que todo está permitido en la conducta individual del artista- chocaba frontalmente con aquellas normas uniformadoras...

Ojalá desaparecieran las tres culturas... Ojalá se llegara al deísmo filantrópico del último Juan Ramón, lleno de espiritualidad, de estética y de valores éticos cimentados solo en el hombre y en su dios interior, lejos del aparato organizativo y moralmente coercitivo basado en la humillación del yo y en la repetición de los mismos mantras y oraciones.

Pensaba que quizás una visión simultáneamente laicista y de ética humana -la *haute morale* de la que escribió Zola-, era positiva siempre que estuviera reducida al ámbito de la intimidad de las personas, como el sentimiento del amor, que en cierto modo se parece al religioso. Y si es ver-

dad que la cesión del *yo* que requiere el sentimiento religioso es semejante a la de los enamorados... a cada cual le corresponde decidir en cuál de las dos pulsiones se obtienen mayores beneficios espirituales y humanos.

Pero ojalá se leyera más a Comte. Ojalá se llegara de verdad a un estadio de cientifismo y filantropía humana... Ojalá desaparecieran las tres culturas y llegáramos a un nuevo desarrollo común en la Historia de la Humanidad, a una evolución ideológica que permitiera la felicidad total de los pueblos... Ojalá desaparecieran las tres culturas...

De todas formas era consciente de que en su formación religiosa dispendió lo más hermoso de su adolescencia, si bien aquello le aportó el aprendizaje humano de una experiencia que nunca podría olvidar.

En ese colegio mayor tenía lugar lo que se considera tópicamente como *amistades particulares*, que no eran sino una forma sublimada del amor sentido en la adolescencia entre chicos con sensibilidad, antes de descubrir el universo maravilloso de la mujer. Precisamente pensaba que la amistad entre mujeres conserva ese espíritu de sublimación platónica, ajeno a la sexualidad, propio del compañerismo de quienes se dejan guiar en la vida por mundos paralelos.

Desde Thomas Mann -*Tonio Kröger*- a Martin du Gard -*Les Thibault*- se ha tratado este acontecimiento biográfico que marca, con una señal de complicidad, la relación entre amigos.

Recordaba las madrugadas en las que los chicos se dirigían hacia los baños, se cepillaban los dientes, se duchaban en silencio y, ordenadamente, en fila india, avanzaban hacia la capilla. Medio dormidos observaban la luz tenue de la lamparilla, el cura sentado en la mesilla desde la que dirigía sus consignas.

Lo curioso es que todo el entramado ideológico que subyacía a aquel minoritario discurso, iba a convertirse muchos años más tarde en un pensamiento extendido a todo el orbe católico. Y los tiempos en España venían mar-

cados por una completa ignorancia de lo que representaba la democracia occidental.

Recordaba cómo llegaban noticias de lo que ocurría en mayo del 68 en la Sorbona de París, en Berkeley, y en la Universidad Libre de Berlín. Eran protestas cuyo último sentido se le escapaba como algo incomprensible, pues no se exponían las causas que habían conducido a aquella situación de anarquía y revuelta.

¿Fue mayo del 68 el reflejo de una aspiración imposible, o una maravillosa utopía sin expresión intelectual coherente? La contracultura ¿fue una forma de parálisis social con todas sus formas de egoísmo y de narcótica falsedad evasiva y hedonista, o también una intensa forma de rebeldía? Y luego la movida madrileña postmoderna: ¿hay alguien que sepa qué diablos es la *postmodernidad*, aparte de un señuelo vacío? La generación X. El pragmatismo descreído y escéptico, también con la pasión por el trabajo que se les niega y que caracteriza a las jóvenes generaciones de hoy... Todas son estaciones en el recorrido de una línea ferroviaria de nuestra historia reciente, que nos lleva a impredecible futuro...

Sabía que la desazón en los jóvenes de la época era general: como si estuvieran viviendo en un hermoso traje –la democracia formal– que en último extremo se les estaba quedando pequeño. La respuesta era romper el traje, y salir desnudos al exterior mostrando la rebeldía impoluta y sin tacha de una juventud hermosa y pujante, que reclamaba su derecho a que los viejos políticos contaran con ella.

En su juventud esto fue bautizado con el nombre de *gap generacional*, pero era algo más profundo. Los jóvenes se hermanaban en todo el mundo, se reconocían, se saludaban con la *v* de la victoria, se ofrecían en amistad desinteresada. Una nueva época diferente y más libre, como un soplo de aire puro, apuntaba en sus maneras, y en su música.

Fue por ello que abandonó los estudios de Filosofía, harto de un pensamiento académico que nada tenía que ver con lo que respiraba en la calle. Y lo que en la calle

se respiraba era música, la nueva música surgida de los Beatles, de los Rollings, más tarde de Cat Stevens, y por supuesto de los poetas de la generación: Georges Moustaki y Bob Dylan.

Desde un principio decidió que en la música era donde verdaderamente podía encontrar la vía de expresión a todos los sentimientos que estallaban en su corazón y en su mente. Y lo curioso es que la idea se le ofreció en aquel mismo colegio mayor. En él, los sábados de la meditación, un chico, poco antes de entrar en el oratorio -táctica que ya tenían los jesuitas con el ping pong a la puerta de la iglesia- aporreaba apasionadamente una batería con una suerte de fiebre mágica, que poblaba de mil sonidos de percusión las estancias del viejo y hermoso edificio. Naturalmente que el chico fue expulsado de las sesiones. Naturalmente que Óscar pudo percibir en su salvaje muestra de golpes de batería el atisbo de una nueva forma de libertad.

Y luego estaba el grupo musical que formaron algunos colegiales, que realizaban giras por los pueblos de aquella otra ciudad, y al que le invitaron como cantante. Chicos de melenas incipientes, que buscaban con pasión una nueva forma de expresarse que les definiera como generación.

Fue una hermosa manera de ligar: "pero cómo expresar/ que me siento vulgar/ al bajarme de cada escenario" -como cantaron mucho más tarde Los Secretos, con la voz de Enrique Urquijo que tan bien decía las letras con deje melancólico y turbio.

Y estaban también los festivales en que los alumnos del colegio cantaban y contaban chistes, en una ingenua forma de espectáculo.

Y el grupo que imitaba a The Kingston Trío, cuya impostada manera varonil de cantar ya quedaba retrógrada. Más allá del folk, soberbia siempre la música country americana, sobre todo en sus derivas hacia la melancolía etílica del blues.

Y aquel chico experto en romancero judío, que cantaba en los atrios de la universidad, donde le escuchaban con fervor todos los alumnos y alumnas que salían de

las aulas... Las escaleras de granito gris en las que se iban posando todos los jóvenes como si fueran palomas concitadas alrededor del pan...

En fin: la Música, siempre la Música.

Desde aquella música evolucionó pronto hacia otra forma de vida, hacia otra manera de concebir la existencia, en la que la libertad, con todos sus grandes riesgos y miserias, sería la verdadera protagonista: el faro con que pensaba iluminar su vida, su nueva forma de destino.

II. EL TIEMPO DE LA IMPOSTURA

"(...) C'est ici que l'on voit le créateur de mots
Celui qui se détruit dans les fils qu'il engendre
Et qui nomme l'oubli de tous les noms du monde."

PAUL ÉLUARD, *Capitale de la douleur.*

7. *Inés*

Antes de escribir sentía el *horror vacui*, el miedo al vacío de la página en blanco. Don Jorge Guillén había escrito: "la página está en blanco y nos espera." Y era una espera amorosa no exenta de riesgos, de sensación de peligros, de percepción del abismo que existía debajo de todo texto.

Había hoy demasiados escritores, poetas y narradores, que consideraban que un texto era solamente lenguaje. Sacralizaban el Lenguaje y lo escribían con mayúscula, convirtiéndolo en una especie de divinidad que engullía al *yo* del autor, seguramente como epígono del estructuralismo. Por ello todas las obras de estos escritores consistían a veces en un mero constructo de palabras y palabras: en *bavarder*, parloteo insustancial, edificios lingüísticos carentes de alma y casi de sentido. Para ellos escribir era simplemente componer un texto lleno de signos, con más o menos buen gusto.

Es cierto que el estilo debe primar en la obra de arte literaria, la hermosura de dicho estilo. Pero si el artista se basa solo en esas palabras aportará nada más que banales edificios de lenguaje, artificios construidos. Y esos edificios de lenguaje, sin alma, sin espíritu, estarán en verdad vacíos, deshabitados por los dioses que tocan la frente del verdadero creador o creadora.

La palabra responde -o debe responder, este es el problema- a una idea, a un sentimiento. Si no lo hay, constituye simplemente un engaño, una envoltura, una forma huera, la de un libro vacío debajo de las formas atractivas de sus portadas, sus lanzamientos publicitarios, su política de marketing, o la fama -muchas veces inflada- del autor. En esto constituye el falso arte de la vulgaridad, del best-seller, de la literatura prescindible.

Por el contrario ella entendía que era otro el sentido de la obra de arte: la Escritura como expresión auténtica y profunda del Yo -escribámoslo si se quiere no obstante

con minúscula para evitar excesos juanramonianos obsesivos...–; la necesidad imperiosa que el creador tiene de explayarse, de desarrollar un texto que es reflejo íntimo, personal, propio, que surge del laberinto insondable de su propio temperamento y su propia mente.

Siempre supo que las buenas novelas se basan en dos cosas: en lo que su autor ha experimentado, y en lo que ha observado.

Pensaba así que las obras que solo eran una serie de palabras engarzadas, estaban llamadas al olvido. Eran textos para consumo de las inmensas librerías en la que se apilaban inabarcables cantidades de libros que solo contenían gigantescas cantidades de bobadas, historias de espías, mezcladas con libros de cocina y de autorrealización, historias policíacas, o –en el otro ala, el de la creación pretendidamente pura– narraciones abstrusas que solo constituían una prolongación insustancial de la obra de Juan Benet, carentes sin embargo de la fascinación personal que poseía este escritor. Eran polvo, cenizas, palabras condenadas a la inexistencia y el olvido...

Y sin embargo, una obra auténtica, una creación profunda, original, propia, un texto escrito con la propia sangre y la propia vida... necesita del alimento de los medios de comunicación, de la difusión, también de la crítica que se sobrepone al cuerpo de la obra. Era el pago que debía hacerse a la sociedad actual de grandes masas, de grandes números... Precisamente lo que a veces le llevaba al asco nietzscheano de la literatura, que también sintiera Thomas Mann...

Pensaba si servía para algo el enorme sacrificio de gestar esa obra de arte auténtica. Y en ese momento, sin embargo, también era consciente de que quizás había que ser más humilde y menos crítico, y darse cuenta de que en definitiva el escritor o la escritora son tan solo eso: un constructor de textos, de edificios mágicos formados por palabras. Y que toda forma de literatura vale, sea cual sea: la de creación o la de consumo, siempre que vaya encaminada a que el lector/a obtenga, como un preciado regalo y

de acuerdo a su formación, ese mágico momento de intensidad extática en el que se percibe la llama instantánea y fugaz de la belleza.

Inés dejó a un lado el hermoso bolígrafo de color granate, fruto de un regalo de su esposo Ángel, y se quedó observando durante un largo rato las luces del atardecer, el desdibujarse tenue de los verdes árboles que rodeaban su casa, el paulatino ensueño en que se sumergían dormidos los objetos alrededor.

Se preguntó de nuevo si había merecido la pena el esfuerzo, si los largos años que había dedicado a la literatura compensaban: los días y noches de trabajo intenso, los desvelos, la soledad... La soledad del creador. La soledad del texto, que ni siquiera se rompía cuando se conseguía que lo apreciaran un lector o lectora que accedían a ese escrito.

Pese a las cartas que recibía de amigos, de personas que habían comprendido su obra, en realidad se preguntaba ahora si había algún valor en la misma.

Además estaba el olvido: la necesidad que tenía, nada más haber publicado un libro, de olvidarlo, de sumergirlo en la memoria oscura del pasado, aquel al que nunca se vuelve, aquel que nunca se reconoce. Como si alguien le hubiera ido dictando sus textos desde el fondo mismo de su mente, y ella no fuera la verdadera autora de los mismos, sino simplemente una especie de intermediaria sin talento, sin personalidad, apenas la sombra de alguien que estaba anulando su propia existencia.

Tomó un largo sorbo del humeante té. Aspiró el aroma, dejó que su paladar se llenara con sus mil sabores. Y, reconfortada, con la sangre discurriendo ahora en fluente caudal por todo su cerebro, se dijo que la mayor parte de las preguntas que pueblan nuestra mente son aquellas a las que quizás solo al final podremos dar respuesta.

8. *Irene*

Irene, forjada en la contracultura, se dedicaba a la imagen, creaba mundos a través de la fotografía y la pintura.

En aquel momento, relajada en el hotel donde se alojaba mientras cubría un reportaje, contemplando las calles de aquella ciudad extranjera y pobre, pensaba en los cambios tan profundos, desde el punto de vista social -que no político- estaba sufriendo el mundo. Y los que vendrían: migraciones, cambios de propiedad de las materias primas, problemas con el agua y la energía...

Apagó la televisión, cansada de slogans intencionados, y se dirigió hacia el bar del hotel en el que se encontraba alojada. Abrió una pequeña botella de whisky y se la bebió de un solo trago.

Había recibido aquella tarde la llamada de Inés, su amiga, la escritora de provincias, casada con Ángel, uno de sus antiguos amantes; la escritora feliz en la dorada medianía: el hombre y la mujer de familia. Tenía un verdadero interés por saber cómo era su vida en este momento, y deseaba inconscientemente que la felicidad de aquella amiga a la que no veía desde hacía mucho tiempo, fuera en el fondo como la suya: un verdadero fiasco, un verdadero fracaso.

Pasó frente al espejo con otro botellín de whisky y contempló por un momento su rostro, que comenzaba a estar envejecido. ¿Era ella quién se miraba en el espejo, o era *el otro* que siempre la acompañaba en su pensamiento, y con el que no se identificaba?

Un arrebato de ira le acometió de repente. Harta de todo. Hastiada.

Lanzó la botella contra el espejo, que se rompió en pedazos, devolviéndole lo que quizás era la imagen fracturada de su propia vida... Su vida rota.

9. *Inés*

La vida transcurría plácidamente en aquella ciudad de provincias en la que el tiempo parecía haberse detenido. Sonaban las campanadas de la catedral cada cuarto de hora, y su monotonía le hacía olvidar el paso de la vida, convertida en una rutina, rutina en la que se encontraba rodeada de belleza, la belleza de una ciudad dormida, de una ciudad mágica, pequeña, familiar.

Tan solo tomaba consciencia del paso del tiempo cuando llegaba a sus oídos la muerte de algún conocido. Entonces sabía que le podía llegar su hora, que la señora que nos regaló la rilkeana planta en la que veíamos crecer la propia muerte, podía hacerle en cualquier momento una visita inopinada, imprevista, inesperada. Y en ese momento probablemente no sabría qué responder a la dama de negro. Tal vez musitar algunas palabras de amor a los suyos, como una despedida; tal vez, simplemente, sonreír mirando las nubes en el cielo, que también pasaban, que también se iban, que también -como todo- iban desapareciendo.

10. *Inés*

Inés reflexionaba acerca de la situación de crisis política y social con la que se habían iniciado, de modo salvaje, un siglo XXI al que quizás no le gustaba pertenecer, y cuya herencia a la generación de sus hijos le preocupaba profundamente.

El mundo occidental había olvidado la importancia de la ideología y el pensamiento que se expresa en la cultura. La nuestra era una época alienada, y nos hacía comparables a una especie de seres primitivos gobernados por la imagen de los ordenadores y los videojuegos, carentes de toda inquietud, de toda dimensión verdaderamente humana, y sobre todo verdaderamente crítica, con la individualidad anulada y la libertad convertida en una parodia...

Y sin embargo la libertad masiva de acceso a la información en internet, nos convertía en privilegiados conocedores de los entresijos de la realidad social, de un modo que antes nunca habría sido posible. Quizás siempre los políticos tuvieron las mismas carencias y corruptelas, y ahora era cuando en realidad sabíamos acerca de ello. La libertad de expresión en la red le parecía que era el gran avance de nuestra época.

Era verdad que si, a causa del control que se ejercía sobre los medios de comunicación, cada vez era más difícil saber qué diablos ocurría en el mundo, los jóvenes se movían por internet manejando una gran cantidad de información. Allí estaba el único atisbo de libertad en el engranaje gigantesco del siglo XXI.

Creía que la solución no pasaba tanto por impulsar nuevas ideologías como de hacer cumplir lo que los *philosophes* franceses del XVIII aportaron, y de actualizar todas estas ideas con los modos propios de la cultura de nuestra época, que empezaba ahora. Pero debería dejarse claro en dónde se encontraba el verdadero progreso: en el universo occidental con sus formas de cultura, como herederos de los

grandes logros de la cultura europea y norteamericana. Y, una vez dejado claro esto, enriquecer el gigantesco acervo del pensamiento occidental con lo que pudieran aportar, en el mundo globalizado de la información, otras culturas.

Muchas veces había dicho que la democracia no consistía en el rito de una votación esporádica, en la que se sometía a un bombardeo de consignas y mensajes unidireccionales a los pobres votantes, que no sabían si elegir lo malo o lo peor, pues no se sentían representados por nadie.

Tal vez para comprender el nivel de libertad de un pueblo haya que indagar en el modo concreto en que surgió su democracia: la laicista revolución social francesa, la revolución liberal norteamericana, la avanzada monarquía capitalista inglesa, la transición -no ultimada- española o italiana... De aquí la peculiaridad problemática de la democracia rusa o de la naciente -¿abortada?- de algunos países islámicos. Pero la democracia depende de sus raíces, y de la necesidad de estar continuamente reinventándose...

La democracia, desde las revoluciones de los liberales románticos, consistía en el control del poder político por parte del pueblo, y si no existía ese control tampoco la democracia existía, aunque hubiera votaciones -a veces más o menos manipuladas-. Por ello propugnaba que los políticos tuvieran que abandonar el cargo cuando perdieran el favor del pueblo, o no cumplieran sus promesas electorales, sin necesidad de esperar agónicamente al final de la legislatura.

Para ella la cultura tenía valor por sí misma, con su propia falta de utilidad práctica que siempre se dijo que la caracterizaba. La cultura, incluso desde el punto de vista egoísta y mezquino, debía interesar a los políticos como plataforma de imagen pública de un país, y como medio de cohesión que evitara la violencia.

Naturalmente que lo verdaderamente valioso era el enriquecimiento espiritual que la cultura aportaba a quien la amaba.

Desde su punto de vista nuestra época vivía ahora sus últimos momentos. Los políticos del imperio creían que

solo con la economía y la fuerza bruta de los ejércitos se conquistaba el futuro, y desdeñaban la fuerza importantísima de la ideología, del convencimiento por medio de las ideas, ideas que constituían la verdad por la que morir y vivir.

Inés pensaba que la sociedad de consumo estaba llegando a su fin, y que un nuevo modelo económico tenía que llegar de alguna manera. Se preguntaba si estábamos en el portal de una nueva era o en el final de toda una forma de concebir la sociedad, una sociedad profundamente injusta que había creado verdaderos monstruos empresariales a los que el poder político no podía o quería poner freno.

Le parecía también que era necesario y urgente que el desarrollo económico y social condujera a una sociedad sostenible, tanto en la economía como en la ecología, y que los partidos políticos volvieran a recuperar la ilusión por mejorar el futuro de los pueblos, sin caer en el consabido clientelismo de pequeños mezquinos intereses. Que el mundo se desarrollara de un modo armónico, para evitar la deriva al caos que llevaba la nave sin rumbo de los tiempos.

Se preguntaba si la sociedad no estaba cambiando a una velocidad de vértigo, y si la ausencia de pensamiento y filosofía -esterilizados- nos hacía carecer de una explicación y un objetivo, máxime por la falta de líderes políticos creíbles.

La peligrosa alternativa: la radicalización total de la sociedad frente a unos políticos que no les representan, porque no se preocupan de los problemas reales del país...

Quizás la única solución partía de que Europa, que siempre fue la patria de las nuevas ideas, profundizara en los valores humanos e ideológicos que tantos siglos de penuria y oscurantismo había costado erigir. Y sin embargo la Europa de principios del siglo XXI parecía una paralizada máquina burocrática.

Pensaba que el valor de una sociedad debería estar basado en el trabajo, y no en bienes convencionales y perecederos como el dinero.

Pensaba que los políticos deberían entender su profesión como un servicio al país y no como un medio de acumular poder.

Creía que, si se había llegado a una crisis tan profunda como la generada desde 2008, no se debía intentar repetir el mismo modelo anterior que la provocó, porque se abocaría tarde o temprano a una posible situación sin salida.

Por otro lado el egoísmo de determinados países desarrollados que se creían a salvo de la crisis, le recordaba el tremendo relato de Edgar Allan Poe en 1842 *La máscara escarlata* (*The Masque of the Red Death*): en plena epidemia de cólera un señor feudal que recluye en su palacio, en una gran fiesta, a todos los nobles no contaminados, mientras el pueblo muere en el exterior. En esa fiesta se presenta un misterioso caballero enmascarado con máscara roja, y todos le agasajan creyendo se trata de un rico príncipe. Al final de la fiesta el caballero se quita la máscara roja... y muestra que se trata de la misma Muerte, que hará correr idéntica suerte a los recluidos en el castillo que se creían a salvo...

Pero sabía que el futuro no nacerá de los mercados. El futuro nacerá de los intelectuales. Quien tiene las ideas tiene la iniciativa y tiene el futuro. Y la ventaja de la sociedad globalizada -que es una misma forma de colonialismo antiguo-, su novedad, radica en la extensión masiva de la información en la red, la democratización gratuita de internet... Ahí estaba seguramente la llave del futuro.

11. *Inés*

Si había escrito en el capítulo anterior sobre la crisis social y política que atenazaba a los inicios de este vertiginoso siglo XXI, se preguntaba también por la crisis estética aneja que se reflejaba en el mundo de las artes.

Para Inés, después de la primera mitad del siglo XX casi nada merecía la pena en el arte. Ese siglo XX que eclosionó su máxima belleza en los años 20.

Después de Louis Armstrong, posiblemente el jazz terminó con Chick Corea, y el rock con Dire Straits... Y la llamada música clásica del siglo XX acabó con Richard Strauss, Delius, Vaughan Williams, Fauré y Joaquín Rodrigo.

Pensaba que la generación suya, desde el 1968 francés a la contracultura, había creado un universo de iconos musicales a través del pop y el rock, erigiendo una tradición de música contemporánea que nada tenía que ver con el universo de la música clásica. La música de concierto del momento le parecía un estrepitoso ejemplo de mal gusto, y Londres, Nueva York y San Francisco se habían convertido en parques temáticos que vivían a costa de músicos rockeros a los que los poderes fácticos del momento tanto persiguieron. Además los ídolos de su juventud habían suplantado a la música profunda, la *grande musique*, la clásica. Y las exposiciones de París, aunque siempre interesantes, daban vueltas y vueltas al mismo universo -maravilloso- de sus pintores desde fines del XIX a principios del XX, en una cierta forma de nostalgia muy francesa y a la vez atractiva.

Y si esto ocurría con la pintura y la música, qué decir de la literatura, sumida en una absoluta inanidad y decadencia, con sus bobadas postmodernas aparentemente de culto y guardianes del centeno.

Es posible que lo que la contracultura ofrecía -follar y colocarse- constituía un programa verdaderamente vacuo y de simplicidad hedonista: pero a la vez supo abrir nuevos

cauces a las relaciones amorosas y defendió una postura ecológica y pacifista, aparte de legarnos una espléndida música popular que permanecerá para siempre. Al margen de sus excesos, creía que lo hermoso de la contracultura se debía a su espléndida forma de rebeldía juvenil, algo que enlaza con el universo de los románticos del XIX.

En todo caso parecía obvio que la cultura inculta de la contracultura, a veces hermosa en su música, había sustituido con sus iconos populares a la música clásica y la buena literatura, recluyéndolas al ámbito del secreto para iniciados. La consecuencia era que los grandes clásicos de la literatura española se estaban convirtiendo en antiguallas desconocidas, como las piezas de anticuario solo al alcance de unos pocos, mientras que la invasión de malas novelas anglosajonas -desde los niños magos a los anillos de no sé qué enanos- sustituía el imaginario de los jóvenes.

De su infancia recordaba en cambio con nostalgia la lectura de los deliciosos cuentos británicos de Guillermo Brown, escritos por Richmal Crompton, que le hicieron soñar con la dulce vida provinciana de la Inglaterra de los años 50. Qué diferencia de tiempos... y qué evolución tan tremenda en la cultura/incultura....

Sin embargo, era verdad que la contracultura, que se basaba en la destrucción de la cultura, solo podía conducir a la ignorancia. Y un pensamiento que se basaba en afirmar los males del hecho necesario del trabajo, hubiera conducido a la destrucción del tejido social.

La contracultura tuvo el enorme defecto de ser eso: incultura -salvaba al poeta Moustaki, sensible trovador que perdimos en (su) mayo de 2013-. Si Lennon hubiera sido un intelectual, yendo más allá de sus hermosos tópicos sencillos, no obstante revulsivos... ¿qué habría ocurrido?

Y sin embargo, con toda su ingenua sencillez, aquella época nos dejó hermosas y simples canciones llenas de belleza, que aún nos emocionan y nos llevan a nuestra juventud invadiéndonos con sentimientos dulces o poderosos: Eric Burdon, James Taylor, Neil Young, Jethro Tull,

Leonard Cohen, Supertramp, Dylan, J.J. Cale, Dire Straits y tantos otros... ¡Qué bellos momentos en la memoria...!

Ahora todo caminaba hacia el arte de entretenimiento, hacia la vulgar trivialidad.

Se había sorprendido, visitando Francia, Inglaterra y Estados Unidos, por la evolución de las librerías y del mercado de la literatura.

Cuando era joven había recorrido las librerías de París, llenas de insinuaciones que despertaban sus más diversos deseos, y no los almacenes repletos de bestseller, el modelo que luego se difundiría, hundiendo el concepto de librería en la que antes se habían satisfecho las necesidades espirituales y culturales de intelectuales que sabían apreciar la belleza y la profundidad de los conocimientos que les hacía llegar el librero. Echaba de menos esa época en la que los libreros eran aún libreros, y los mejores amigos de los escritores, a los que suministraban la literaria droga espiritual que necesitaban.

Y ahora se decía que el libro electrónico y la gratuidad de la red se planteaban como enemigos de los libros tradicionales, a los que en broma consideraba como una hermosa y cara inversión inmobiliaria por el espacio que ocupaban. Las posibilidades de ese libro electrónico desde el punto de vista académico eran grandes, pero creía que nunca llegaría a suplantar la belleza, también la funcionalidad del libro tradicional: el modo de almacenar información y hacerla asequible simplemente abriendo las páginas del volumen. Del mismo modo se pronosticó, cuando apareció la televisión, que enterraría a la radio, y sin embargo ambas coexistían. La belleza de los libros, su textura, su peculiaridad de impresión en cada época, hasta su olor... La belleza de un tiempo que se va pero al que inevitablemente más adelante se retornará...

En todo caso pensaba que las librerías se habían convertido en gigantescos almacenes que solo contenían –en desmesuradas estancias– cantidades inmensas de textos inanes. Las librerías se convertían en superficiales escaparates de la moda, con textos que se consumían de semana

en semana, en una progresión inacabable de títulos que no aportaban absolutamente nada al espíritu -¿había espíritu?- del pobre lector, pobre lector empobrecido, manipulado, alienado...

El mundo del libro había caminado hacia impensadas estructuras de vacuidad, la misma vacuidad que se reflejaba en la escasa formación de los estudiantes, aunque en los mejores de ellos pudiera percibir un ansia y anhelo por ser educados, de la manera que lo habíamos sido nosotros, en los valores verdaderamente profundos y eternos de la cultura: la literatura española, francesa e inglesa, la música y la filosofía alemanas, el arte renacentista italiano...

Desde la segunda mitad del XIX, con el desarrollo prodigioso de la novela en todos los países occidentales, se había dado este hecho de la comercialización y la democratización de la cultura. En España primero se dio la generación realista de la novela de tesis, simplista y reaccionaria -Alarcón, Valera y Pereda-. Pero luego, en la generación de Galdós y Clarín, se abrió paso el concepto de una literatura comprometida, con su alegato anticlerical, con su crítica social de los resabios feudales del pasado; una obra que dejaba caer cargas de profundidad bajo la apariencia de unas formas propias de la literatura folletinesca. Ahí había un avance ideológico, se sentaban posiciones de progreso y en profundidad frente al pasado, si bien con la capa superficial de un argumento propio del folletín. En verdad estas novelas eran auténticos caramelos envenenados.

Nada de esto en la narrativa actual. Los módulos anglosajones -que en otro tiempo habían sido tan renovadores y fructíferos- parecían definir por novela a todo aquello que se vendiera cuanto más mejor bajo el epígrafe de *novela*. Los temas de la narrativa habían sido copados por la narrativa policíaca o libros de estúpidas conspiraciones o modas pseudohistóricas. Era la boga neoliberal propia de un capitalismo salvaje, en donde el texto de una narración consistía simplemente en un compendio -cuanto más extenso mejor, para justificar el precio del volumen- que versara sobre un par de tópicos dentro de lo políticamente

correcto. Los novelistas se convertían entonces en seres domesticados que simplemente elaboraban páginas, y solo se les pedía que fueran capaces de mantener el interés de una trama, aunque en realidad esta no condujera a nada, ni aportara nada, ni desde el punto de vista estético ni ideológico. Y los lectores estaban habituados a leer textos y a ver películas que requerían la mente de un niño.

¿O siempre en realidad el arte masivo y de *éxito* fue así, y no nos dimos cuenta hasta hoy?

Quizás los tiempos habían cambiado: la literatura ya casi no existe, y la música clásica es solo un hermoso reducto para exquisitos anticuarios de la cultura.

Y ella en fin, como escritora, se preguntaba dónde estarían los clásicos de la segunda mitad del siglo XX y los inicios del siglo XXI. Quién era verdaderamente comparable a Cervantes, a Quevedo, a Ramón Gómez de la Serna, a Machado, a Valle-Inclán...

En esta evocación de su juventud y la contracultura, siempre consideró por ejemplo que la serie televisiva de *Los Simpsons* era el *Quijote* del siglo XXI. Su enorme profundidad en sus sucesivos guiones escritos por diferentes autores. El que Matt Groening sea filósofo, como se enteró en una universidad californiana, no le parecía un azar. Los guionistas de la serie y sus directores, formaban un equipo admirable y lleno de creatividad, unidos por la mano de John Swartzwelder.

Curiosamente eran más divertidos en las voces y diálogos de la versión española que en la original.

Guionistas y directores de la serie habían dibujado personajes de una gran humanidad y ternura, también con lirismo y capacidad de evocación de las vivencias de nuestra generación, con una galería variada y rica de todos los posibles seres humanos que se pueden encontrar no solo en la sociedad norteamericana sino en general en toda sociedad occidental desarrollada. Sus guiones eran divertidos y acertados. Hacían guiños al espectador/a que ha vivido una serie de comunes experiencias. Retrataban personajes famosos, iconos de nuestra época en el cine, la música

etc. Aportaban mil situaciones identificables en nuestra vida cotidiana, y hasta incluían información de esos aspectos a veces ocultos de la misma, la trastienda de las cosas. Sus personajes estaban dibujados de un modo tan gamberro como entrañable. Los Simpsons le parecían grandes... solo comparables a Charlot, en su época... Como decía un amigo: no te fíes de quien no le gusten los Simpsons... ¡Por muchos años!

Quizás había que aceptar que las artes habían cambiado, como el mismo siglo, y que todos -queramos o no, nostálgicos del pasado o no- somos hijos de este siglo que comienza proceloso.

Pero al mismo tiempo: cómo se había borrado el rastro del buen cine. Qué cineastas había ahora comparables a la profundidad y belleza de los filmes de Orson Welles; al magnetismo de Fritz Lang; la humanidad tan italiana de Fellini; la magia lírica del cine francés y su concepto del amor en todas las épocas de René Clair a Renoir, Alain Resnais y Eric Rohmer, e incluso los sucesores; la profunda, entrañable e irónica crítica social de Luis García Berlanga, con su humanidad, que fue permitida por la dictadura franquista, y que no se encuentra en ningún otro país coetáneo con libertades democráticas; la hermosa sutileza lírica y auténtica de Víctor Erice; la obra de Javier Fésser y de otros muchos directores de cine españoles posteriores y coetáneos... En realidad se quedaba con el cine francés y el español.

Recordaba por ejemplo esa película tan mágica, tan lírica y tan terriblemente dramática: *La Strada* (1954)... Pensaba que el cine actual poco más que su perfección técnica era capaz de aportar a la estética de una sociedad rica y opulenta, que ocultaba así su verdadera pobreza y el vacío de cualquier forma de humanidad, de ternura, de sentimiento, de comprensión de la personalidad humana, de ambición por aprisionar por un momento la belleza: la que se daba por ejemplo en aquella escena en la que el Loco cuenta a Giulietta Masina -con su sonrisa de mimo, con sus gestos de niña que enamoraron eternamente al genial Fellini- que hasta una piedra perdida y despreciada en el

suelo, tiene un sentido y una justificación como forma de vida...

O el humor y la humanidad de *Cándido* o de *Bienvenido Mister Marshall*; el bellísimo tema de la paternidad en *El Sur*, contado con sensibilidad infinita...; la gracia delirante de *El milagro de P. Tinto*; la intensidad misteriosa de *Ciudadano Kane* o *El tercer hombre*... Tantas y tantas obras de cine que componían el ideario de su imaginación juvenil.

¿Había algo en el cine actual que se pareciera a esto, salvo las películas anuales de Woody Allen –a veces autoplagios, pero con aportaciones valiosas como *Midnight in París*? ¿Qué había ocurrido en el arte, dónde estaban los artistas?

Aceptaba la increíble perfección técnica del cine norteamericano que a veces sorprendía con una espléndida película. Gustaba de su ritmo trepidante cuando desarrollaban líneas de otras épocas como el cine negro o de intriga, también la admirable testosterona del cine de acción o la comedia. Pero se preguntaba si en general ese cine estaba realizado por empresarios o por artistas, y si no era en ocasiones un producto prefabricado de acuerdo con los criterios de venta, en una mecánica reiteración de lo mismo... Qué diferencia con films anteriores como los de Audrey Hepburn: ¡qué hermoso, en inglés, su *Breakfast at Tiffany's*...! y tantas maravillosas películas que interpretó esta increíble actriz con gracia, picardía, sensibilidad y magnetismo personal.

Pero reconocía que, de vez en cuando, aún recordaban sus orígenes... descolgándose con una película impresionante y memorable, como las de Linklater...: *Before Sunrise* (1995), *Before Sunset* (2004), *Before Midnight* (2013), con Ethan Hawke y una hermosa e inteligente Julie Delpy...

En la decadencia del arte actual: ¿qué pintores eran comparables no solo a Rembrandt, Velázquez y Goya, sino si se quiere a los últimos estertores de la pintura con Degas, Toulouse-Lautrec, Pissarro, Sisley, Chagall, Van Gogh, Dalí...? Quizás Zóbel, la escultura de Giacometti, Brancusi –pájaros, y musas dormidas–, Gargallo, luego Chillida y Moore... Quizás eran los únicos en el mundo del arte actual.

Decía esto como quien había perseguido las obras de arte abstracto, en su juventud, por todos los museos del mundo, y como quien sabía apreciarlo.

Los museos: el MOMA de San Francisco, estaba lleno de trivialidades de mal gusto. Las exposiciones de la Tate Gallery por ejemplo, aparte la dedicada al escultor español Juan Muñoz, le parecían un desastre, como el episodio de las pipas de girasol venenosas de determinado artista chino... Considerar el cómic, los grafittis o los videojuegos como un arte, más allá de su entretenimiento, le parecía realmente sorpresivo.

Pensaba que la masificación del arte actual lo había alejado de cualquier consideración estética, y lo convertía en una mera reflexión narcisista sobre los soportes de sí mismo, y generalmente con dudosa calidad estética, por su aproximación a la vulgaridad de los *media*, muy cercano a la simple publicidad y al marketing. Por eso mismo llamar arte a las horteradas de la pintura norteamericana, la sopa Campbell, los dibujos de Marilyn de Andy Warhol. Llamar música a los estridentes trompetazos y músicas reiterativas hasta la paranoia... Aquello era imposible de mantenerse. Tal vez por ello los oyentes de la música de concierto del XXI se refugiaban en la música de películas, que al menos poseía alguna melodía y emoción.

Las artes plásticas, con hermosas excepciones, se habían convertido en el reino de la impostura, de la vulgaridad, de la inmundicia, del mal gusto, y del engaño a un público que solo cuando esté formado en obras de verdadera valía, será capaz de volver la espalda a estos fraudes, como Orson Welles los llamaba en su film *F for Fake* que vimos en 1975.

¿Significaba ello negarse a la modernidad y retroceder hacia el pasado? No. Significaba darse cuenta de las limitaciones que el maldito mercado y los intereses mercantiles han impuesto al arte del siglo XXI. Significaba retomar los valores de una época anterior para hacerlos reverdecer en el futuro.

Nunca se iba a negar a la vanguardia, al cambio en el arte, al futuro, a la juventud de las ideas, a la verdadera revolución estética... pero sí a la mentira, a la falsedad, a la trivialidad, a la vulgaridad insustancial, al engaño.

A la vez proponía respetar los cambios ideológicos, artísticos y económicos que definen a nuestro siglo XXI. Establecer un puente de unión entre el pasado y el presente, que puede ser el futuro. Defender valores del pasado no podía convertirse en una negación retrógrada del presente, sino un intento por enriquecerlo. Pese a que había demasiados factores que le sugerían una cierta decadencia en el espíritu de las artes y la cultura.

El arte y los artistas, pensaba, eran y serán siempre los máximos poseedores de lo más intenso, valioso y característico de la persona humana. La cultura, una escalera por la que transitan esos artistas elevándose de escalón en escalón: los genios saltan varios de esos escalones y se adelantan a su tiempo, creando un público para su obra diferente. Los artistas le parecían los más dotados de esa capacidad para penetrar en los arcanos del pensamiento y la existencia, por encima de los filósofos, pensadores o científicos: aunque en estos tiempos de vulgaridad y mercantilismo estuvieran recluidos en la celda del olvido, relegados al status de figuras decorativas, y muchas veces meros propagandistas de ideas y tópicos banales.

Los intelectuales carecen de habilidad para la política práctica concreta, pero tal vez los políticos deberían aprender algo de ellos, de su modo de anticiparse a la historia, y trasladar al terreno de la realidad material sus ideas más aprovechables.

Y si establecía una relación entre todos estos aspectos teóricos y su obra artística, percibía que su propia literatura iba a ser destruida por ese gigantesco monstruo, el aparato del comercio, la organización, el sistema que anulaba a todo cuanto no entrara en el sistema; un sistema que además -para colmo- estaba en su interior completamente vacío, como las mentes de los lectores de aquellos libros.

Inés sabía que cuando se hubiera ido, la olvidaría una sociedad en la que los nombres de los artistas apenas contaban en las efemérides, que solo evocaban el día de la muerte, o el de un aniversario morboso elegido al azar. Una sociedad que no quería conservar memoria de la propia cultura porque estaba desintegrándola.

Por otro lado se preocupaba de la difusión de su obra tan solo lo imprescindible. Abominaba de la fama, que consideraba una forma de esclavitud de la intimidad.

Así, probablemente, con el tiempo nada quedaría de su propia obra: quizás tan solo la impresión fugaz y hermosa causada en aquel o aquella adolescente ansiosos de poesía, de iluminar con la belleza los rincones desvalidos de su propia mente. Quizás aquel o aquella adolescente, aún ilusionados con la idea de crear un mundo de fantasía y estética, un mundo lleno de ideales y cosas hermosas... Todo aquello que se perdía al llegar a la madurez, junto al concepto de amistad -incluso quizás junto al concepto de amor- enterrado en la serie mecánica del juego de intereses banales y destructores en que nos sumerge la vida social.

¿Sería en el futuro solo la Nada? ¿Sería ella tan solo un nombre que se recuerda por compromiso? ¿Habría quien la leyera con la mirada pura, con la misma mirada con que los niños y las niñas miran la luna...? ¿Había merecido la pena todo aquel esfuerzo, toda la lucha con la palabra para poder decir las ideas que estallaban detrás de las palabras? ¿Habían merecido la pena la pobreza y la locura de tantos escritores y escritoras? ¿Había merecido algo la pena?

Quizás el recuerdo de quien amó, siquiera por un momento, la obra que el artista dejó, y se sintió estremecido por el impulso eléctrico de ese instante mágico que conduce al síndrome de Sthendal...

Quizás la comunión de afectos, el mismo amor al amor de la vida, de las cosas, de las personas.

O quizás simplemente el compartir un mero instante de belleza creada con la misma magia con la que se creó el mundo: por azar, por capricho incluso, o por deseo de que perviviera la belleza que es capaz de sentir y crear el hom-

bre, la misma que percibimos cuando de niños miramos la luna...

Efectivamente se preguntaba si estábamos viviendo tan solo el fin de una sociedad o algo más: el fin de toda una época. Y quizás esta novela, que estaban todos los amigos escribiendo con sus cartas y sus conversaciones, aspiraba a convertirse en un testimonio personal, un ajuste de cuentas con nuestros recuerdos y nuestra propia biografía, como testigos de un momento iluminado de la Historia.

Entonces se dio cuenta de que se había convertido, en definitiva, en una pieza, una pieza de una gigantesca maquinaria que rodaba y rodaba deprisa, cada vez más deprisa, hacia ninguna parte...

Pero ya la noche había caído y las estrellas brillaban con intensidad, arropando sus pensamientos, que quizás encontraban ecos en las esferas más lejanas del universo.

III. LUZ TENUE

"Solitaire, j'ai mes joies.
J'assiste, témoin vivant,
Dans les sombres claires-voies,
Aux aventures du vent."

VÍCTOR HUGO, *Les Chansons de les rues et les bois.*

"Je n'ai besoin de rien ayant la solitude".

VÍCTOR HUGO, *Autour de L'Art d'être grand-père.*

12. *Inés*

Tomaba por las mañanas su té Prince of Wales de aromas fuertes, o el Java Green Tea de sabor seco y rugoso -tronco de árbol-. A veces, tras la comida, Pu-Ehr aromatizado con limón o té indio con canela. Y en otras ocasiones, si no había abusado de la teína, tenía una cita adorable a las cinco en punto con el Darjeeling, el mejor, el más delicioso por su suavidad y riqueza de gusto. El té: uno de los más delicados sabores de que puede gozar el paladar humano. Pero sin duda los degustadores de buen té pertenecían ya a otra época, en la que predominaba la exquisitez que llenaba de sabores sus papilas gustativas.

Era por la tarde cuando gustaba de escribir, precisamente después del último té. Se sentaba ante el ordenador y veía cómo las luces previas al crepúsculo iban iluminando con sus últimos destellos las hojas de los árboles que rodeaban su casa. Oía los ladridos de un perro inquieto a lo lejos. Sentía la presencia de su hija estudiando en el cuarto de al lado. Percibía a su marido Ángel leyendo en la otra habitación.

En ese momento se podía sentir lo suficientemente sola para la creación artística, pero también lo suficientemente acompañada en la distancia para que esa necesaria soledad no se transformara en tristeza.

Las relaciones con sus compañeras de profesión había decidido espaciarlas. Pensaba que el universo del arte había pasado del tiempo de la impostura al actual tiempo de la vulgaridad. Y disfrutaba leyendo a los clásicos, ignorando el mundo que le había tocado vivir, iluminando su mente y su corazón con los textos de los verdaderos creadores, de los verdaderos artistas: los de otro tiempo.

La única tacha a esta forma de vida la constituía el hecho de que se había convertido en un cerebro pegado al ordenador o a la biblioteca. Bebía de esta y expelía en aquel. Y su cuerpo iba envejeciendo quizás demasiado rápido.

Notaba además cómo iban desapareciendo en su entorno personas que conocía, personas a las que les llegaba la hora de muerte, la hora de la señora oscura que le apercibía de que un día recibiría, tarde o temprano, su visita. Y sin embargo nada de ello le importaba. El estoicismo de Quevedo le había enseñado lo suficiente. El optimismo vital y el alma amplia de Cervantes también.

Se sentía de este modo como un simple instante de consciencia en la historia del hombre. Un instante de una consciencia que a veces parecía ni siquiera pertenecerle. Como si su pensamiento fuera un sueño, y su vida tan solo la simple imagen ante un espejo en donde se reflejaba un cuerpo y un rostro con los que, en el fondo, ni siquiera se reconocía.

Sabía así que, cuando se apagara su vida, ello sería algo tan sencillo y tan comprensible como el modo en que se cierra un interruptor de la luz. Y confiaba solamente en haber iluminado suficientemente la estancia antes de entrar en el reino de la oscuridad que a todos nos espera, que a todos nos aguarda, que a todos nos abraza.

13. *Inés escribe a César*

"Querido César: Siempre he pensado que en la universidad injustamente nos jubilan cuando más sabemos y en mejor condición estamos de transmitir los resultados de nuestra investigación. Los norteamericanos lo saben y lo evitan, prolongando sin límite la vida académica de sus profesores.

Pero al mismo tiempo... En las ramas culturales ¿qué universidad estamos legando en España, con la calidad que tenía en nuestra juventud? Veo las noticias y encuentro que en una universidad inglesa están representando en español -con traducción simultánea en paneles- *La vida es sueño* de Calderón. Me pregunto si en nuestro país esto sería posible en inglés con *Romeo y Julieta* o con el *Macbeth* de Shakespeare... o incluso con la misma obra de Calderón en español. En nuestra época en las universidades los alumnos representaban a Valle-Inclán, a Rafael Alberti, a León Felipe... ¿Qué ha quedado de todo eso sino un aparato burocrático que conduce a la pasividad de los estudiantes?

Y tratando de otro tema, te cuento que me ha parecido interesantísimo el artículo tuyo que he recibido esta mañana.

Respecto a ese artículo en defensa de las etnias debo decirte que, aunque las respeto y defiendo, yo tengo otro concepto de la cultura española: más pro-occidental. Creo que la sociedad que nos espera es multiétnica, pero hay que integrar a todas esas etnias en el marco de pensamiento que hemos ido generando desde el XVIII francés. Y creo que nuestra cultura surge desde Carlos V, a quien considero el creador de la idea de Europa: qué lastima que se asustara de su justificada predilección por ese gran escritor que fue Erasmo de Rotterdam y derivara hacia Trento... Pero no soy una reaccionaria ultramontana, como así queda de manifiesto en mis libros.

Así pues el tema de las castas, que tanto te ha interesado, es verdaderamente candente y actual, como bien has visto en tu conferencia. Y cabe la tremenda posibilidad de que, si no hay un entendimiento final entre culturas, más tarde o más temprano estemos abocados a una conflagración mundial. Fíjate si me parece importante la cuestión.

Espero tener ocasión de debatir pronto personalmente estos asuntos contigo. Entre tanto, con mi agradecimiento por el artículo que me has enviado, recibe el afectuoso saludo de tu colega y amiga

Inés Calas."

14. *Inés*

Recordaba su nacimiento al mundo del arte, a ese infinito cosmos de sensaciones que la condenaría a la incomprensión, a la soledad, al aislamiento del sentimiento grande que se enfrenta al abismo sin límites de la verdadera creación, aquella que nos cuesta el alma, aquella que nos cuesta la vida, aquella que puede incluso costarnos el amor.

Recordaba el momento en que conoció a aquel escritor, un esteta cuyo concepto de la existencia le reveló algo que nunca olvidaría: el profundo sentido de la belleza con todo su ingente misterio, con toda su abisal sensación de pérdida de pie en la realidad, en contacto quizás con toda la otredad maravillosa y maravillante que late en el seno más escondido de la superficie de nuestra aparente percepción del mundo. Él la familiarizó con un universo de ideas, sentimientos, intuiciones, aspiraciones, que entendía ahora como la auténtica verdad, aquella a la que dedicar la vida.

César era el nombre de este escritor mayor, que ahora vivía con un hombre más joven, el músico Óscar.

Pero Inés sabía que César, como suele ocurrir en la mayoría de los casos, nunca llegaría a hacer la obra auténticamente grande con la que él soñaba. Lo que le esperaba, como a una ingente cantidad de escritores, era el olvido. Cervantes lo sabía bien y trató el tema con entrañable ternura en esa obra tan emotiva que es el *Viaje del Parnaso*: allí rindió homenaje a todo el universo de la farándula que él conoció a fondo, sabedor de que seguramente lo único que quedaría de aquellos nombres amigos sería el aparecer en las rimas que él les dedicó como regalo para la posteridad, aquella que nadie controla, aquella que nadie puede gobernar, sino tal vez el azar y la casualidad.

Se sentó en el sillón de cuero desde el que solía observar el atardecer. Y pensó que los verdaderos artistas son los

que se anclan en el estudio y la consideración del pasado, y en la connivencia fraternal de los clásicos, pero al mismo tiempo observan y comprenden la época que les ha tocado vivir, con auténtica pasión por las gentes del pueblo que les rodean.

Pensaba que quizás, en el fondo, es mentira el arte. Y casi la vida misma es una mentira, porque incluso los grandes avances de la ciencia no llegan a todos, y los políticos se corrompen y mienten, y a veces posiblemente los historiadores escriben para quienes sirven, como los periodistas, como todos los que pertenecen al mundo de la cultura. Y siendo todo mentira, no es que ella fuera a serlo menos: es que se sentía al margen, como una individualista radical, extranjera en todo el mundo, desarraigada, incapaz de encajar en su época, una época que no comprendía su propia mentira.

En ese momento, Inés extendió las piernas a lo largo de la mesa, miró las luces del atardecer y se preguntó qué habría sido de su amiga Marga, la triunfadora, la escritora que había llegado a la cúspide, al lugar que ella nunca conocería. Acababa de recibir una carta suya, y esto le evocaba una enorme cantidad de recuerdos de juventud, de perdida juventud.

En ese punto, mientras contemplaba el sol poniente, se preguntó cuál sería la trastienda del éxito.

15. *Inés a Irene*

"Querida Irene: No sé por qué la Navidad me produce esta sensación de tristeza, de agradable, mansa, deliciosa tristeza, mientras contemplo desdibujarse paulatinamente las luces de la tarde alrededor de los árboles que han perdido sus hojas, mientras la luz se torna blanca, y luego cobre, y el frío que rodea a todos los objetos en la calle me hace pensar en eso: en la tristeza, en el recuerdo de la infancia perdida, en lo que pude ser y no fui; en lo que otros fueron y yo no soy; en lo que soy y no quiero ser.

Me pregunto lo que convierte a un ser en persona volcada hacia su familia, dotada de una especial entrega hacia los que ama. Y sé que solo esas personas amadas comprenden la abnegación, la misma que aprendí de mis padres, la misma que llorarán mis hijas cuando yo ya no esté.

Entre todas las opciones que configuran el complicado trayecto de la vida, siempre elegí la verdadera, la auténtica, la decisión que conducía hacia lo que yo soy. Y sin embargo muchas veces me atenaza la idea de haberme equivocado. Pienso por ejemplo en la figura de Marga, escritora de éxito: y quizás me hubiera gustado disfrutar de su riqueza, de su reconocimiento social, de su actividad política. Yo elegí el camino estrecho, el universo de la soledad, el mundo cerrado al exterior frente a todo lo que no sea la autenticidad del arte. Y eso representa pobreza, y aislamiento, e incomprensión. ¿Quién se equivocó de las dos? Aún no lo tengo claro.

Y sin embargo, en esta Navidad de árboles secos y cielos azules, una intensa nostalgia me acompaña de repente. La nostalgia de las personas idas, de los tiempos idos, de las ocasiones perdidas, de la infancia, de la juventud huida. Quizás la niña que fui. La niña que soy. La niña que dejé de ser.

Inés Calas."

IV. EL TIEMPO DE LAS FLORES

"Soy
la lámpara
del tiempo."

EMILIO PRADOS, *Mosaico (Poema con espejismo).*

16. *Irene*

"Amiga Inés: Somos puente entre dos épocas importantes. La generación de la contracultura -en la que yo misma he estado inserta en otro momento de mi vida- aportó ideales de felicidad humana; pero fueron lamentablemente consumidos y quemados los cerebros de sus partidarios más acérrimos por la ingesta de estupefacientes: aquellos que nos invitan al lento suicidio de la mente y el espíritu, y nos convierten en seres gregarios, vegetales, manipulables, incapaces para sentir otra forma de amor -pese al abuso de este término en las canciones- que el del mero coito sexual acompañado de sensaciones alucinógenas, en las que no existe *el otro*, sino el propio *yo* percibido hasta la intensidad límite en la que no cabe otra cosa que el placer hedonista, el que confunde la verdad de la intimidad personal con la influencia del azar, y permite que la fuerza con que alguien abre una ventana o una puerta desencadene todo un caos de sensaciones positivas o negativas de acuerdo con ese mentiroso azar, esa mentira de los sentidos engañados que solo conocen así la complacencia sensual en ese *yo* y sus estúpidos, animalizados, pasajeros, insustanciales placeres.

¿Puede creerse entonces que los paraísos artificiales conducen a la felicidad? De hecho es esto lo que se busca con ellos. Y sin embargo, al final del viaje está siempre la sensación del terrible, inmenso vacío, en el que solo hay cabida para el propio placer, un placer en el que nada ni nadie existe más allá de él mismo: lo que significa que el amor está ausente; lo que significa que el amor se reduce al momento de un coito con nunca se sabe quién; lo que significa además que el cerebro -el segundo órgano favorito de Woody Allen- se quema y se perfora, y se convierte en un enfermo buscando una realidad que se escapa. Escape, evasión, egotismo, hedonismo vulgar... y la falsa intensidad del momento que se puede convertir en trauma, en para-

noia, siempre ausente el equilibrio de la razón, y su sentido de la verdad.

De este modo, quien ejercita estos paraísos artificiales se convierte en un simple pelele, un muñeco de alguien que siempre intenta arrebatarle su conciencia, y con ella aprovecharse de su dinero o de su sexo. Así de sencillo. Porque el universo de la droga en última instancia se reduce a eso: a convertir a la persona en un ser manipulable al que se roba su sexo o su dinero.

Presentar este mundo siniestro como un paraíso de felicidad material, en el que además se lucha -¡que estúpida forma de lucha!- por un mundo mejor; presentarlo como un paraíso en el que solo hubiera paz y disfrute de los sentidos y de la fraternidad entre todos los colgados que comparten comuna, y todos los jóvenes y las jóvenes, a cuál más hermosos, a los que se despoja de su inocencia con el señuelo de esta idea, no deja de ser un grande, un inmenso engaño, el mismo engaño que nos dice que la felicidad solo reside en el goce de los sentidos.

Pensábamos que la droga era nuestra forma de rebeldía, y en realidad nuestra libertad se limitaba a escuchar música en estado vegetal y copular todo el día. La droga nos convertía en esclavos, en muertos en vida o simplemente en muertos... Eso es lo que aprendí de mi experiencia con estos llamados paraísos artificiales.

Por tanto: qué tiempo..., qué cantidad de energías consumidas..., cuántos cerebros convertidos en magma..., cuántas vidas rotas..., cuántas vidas, en fin, perdidas: podríamos ponerles nombres y apellidos.

Y sin embargo la necesidad de creer en un mundo mejor, ideal, como cantaba Lennon... Y sin embargo la aspiración a otra forma de entender la sociedad... Aquello era un capital humano que finalmente se desperdició. Y solo quedaron a la postre las compañías discográficas para hacer su agosto económico, paradójicamente enriquecidas por esta apariencia de ideal.

Ese mundo pasó. Esa época solo nos legó la vida rota de tantos músicos: sus testimonios sonoros, y un mon-

tón de buenas canciones para recordar, que no sabemos de qué modo recordarán otras generaciones, quizás a través de convencionales productos que harán olvidar que, en aquel momento, la música era la forma con la que los jóvenes alzaban su voz de protesta contra un mundo puritano, corrompido y banal, al que aspiraron a dotar de intensidad, de luz, de felicidad. Y que en ese intento muchos dejaron su vida.

En este punto en que todos estos pensamientos me evocan mi errático pasado, me pregunto en qué consiste la felicidad, y si con nuestro esfuerzo baldío -*The Waste Land* de Eliot- construimos un mundo o destruimos nuestras más profundas formas de intimidad como seres humanos... Un abrazo. Irene."

17. *Irene*

"Amiga Inés: Sigo pensando sobre mi carta anterior. Quizás el interés de nuestras dos vidas, tan distintas, resida en el hecho de que somos protagonistas privilegiadas del cambio entre dos formas de entender la civilización.

Te he contado en otras ocasiones cómo nuestra generación de mayo del 68 y la contracultura fue fagocitada, conforme avanzaron los años, por un capitalismo cada vez más feroz e insaciable.

Hoy nosotras no interesamos a nadie. Estamos en ese límite en que llegamos a convertirnos en seres inútiles: lo que se llama la jubilación. Una jubilación en la que no disfrutaremos de otra cosa que del propio olvido, y del olvido de los demás.

¿Y esta sociedad?

Si estudiamos la Historia vemos cómo en el pasado los occidentales fuimos capaces de generar ideas gloriosas con la Enciclopedia y las Revoluciones Francesa y Americana, pero esas ideas fueron poco a poco perdiendo valor, fueron depreciándose en la misma medida en que el ciudadano perdía la capacidad de control sobre los poderosos. Y el pueblo se convirtió en una cifra. Pero ahora queremos todos ser más que un número, que una cifra. Contar como personas, como hombres, como mujeres, como habitantes con cultura y con espíritu. Afirmar que la política, tal y como la definieron Jovellanos y Bentham, es simplemente *el arte de hacer feliz a los pueblos...* ¡Cuántas muertes inútiles se habrían evitado de hacerse realidad esta idea!

Si en vez de vender armas a los países pobres, les vendiéramos o donáramos educación y cultura, el futuro del mundo cambiaría radicalmente.

Me admiro de la cortedad de miras de los grandes señores de la riqueza, que están preocupados solamente por los beneficios a corto plazo: explotar a las naciones subdesarrolladas manteniendo gobiernos títeres corruptos.

Puedo percibir con claridad a dónde conduce ese capitalismo desaforado, que solo ve el beneficio inmediato. Unos dirigentes que no quieren hacer una conversión paulatina y suave, no brusca, entre las formas de energía hacia otra sostenible, que no destruya este hermoso planeta. Unos dirigentes que son el *Nowhere Man* de los Beatles: personas de ninguna parte que no van a ninguna parte, vacíos de ideales, pero también vacíos de otra idea que no sea el beneficio...

No se les ocurre ir paulatinamente sustituyendo el petróleo como fuente de energía, para impedir una convulsión internacional que será violenta tarde o temprano. Controlar así racionalmente la tercera revolución industrial, que es imparable y puede hacerse impredecible.

Divago y divago, amiga Inés, pero me preocupa grandemente que una civilización que ha alcanzado el camino de la perfección en la ciencia y el aparato económico, llegue a una deflagración mundial que nos haga retroceder al siglo XIII. O a una crisis brutal en la que todos los logros, tan difícilmente conseguidos, a costa de tantas vidas y tantos sufrimientos, se pierdan y se abandonen.

Pienso, amiga Inés, que si los políticos y los hombres de negocios de nuestro mundo occidental no actúan con inteligencia, filantropía y generosidad, estamos abocados a un abismo. No es pesimismo alarmante, es simplemente la percepción de que quizás nos encontramos en una importante encrucijada: o elegimos una nueva senda que conduzca hacia un mundo más humano –igualitario y ecológico–, o transformamos la sociedad global, o lo que nos espera es simple y llanamente una posible forma de destrucción. ¿Alarmismo? No: percepción de que hemos agotado un modelo y, o creamos otro nuevo con la suficiente magnanimidad, o corremos el riesgo de perderlo todo.

Mi postura es netamente favorable a una Europa fuerte y unida, cohesionada, defensora de los valores de la cultura occidental, y que no se enroque inútilmente en la burocracia y la parálisis en las decisiones importantes de las que depende la supervivencia de nuestro modo de ser, aquila-

tado y conquistado durante tantos siglos de Historia con tantos avances para la cultura y el espíritu de los pueblos. No quiero una Europa dominada por burócratas insensibles a las necesidades de los trabajadores y la gente de a pie. Ni una Europa dominada por el país cuya aportación económica sea la más importante, y que busque así una forma de colonización sobre el resto de la Comunidad.

En fin... Recibí la invitación de Marga para que la visitemos en su casa asturiana. Me alegrará que recordemos todas juntas los viejos tiempos idos, y que la arropemos con nuestra amistad. Vendrán también los chicos. Hablaremos despacio, como en otras épocas.

Recibe un fuerte abrazo. Irene."

18. *Inés*

Le hubiera gustado escribir una novela profunda, diferente, que constituyera un símbolo de la manera de pensar de toda una generación, a través de la cual enseñar su aprendizaje -doloroso aprendizaje- a la generación siguiente, la de sus hijas.

Sabía que mientras pensaba, ¡y tanto había pensado sobre ello!, la novela iba desarrollándose, como la cola de una sierpe al desenroscarse, como los brazos de una novia entre las sábanas.

Sabía que una novela es un relato, y que en él el escritor debe hacer gala de una serie de conocimientos previos. Ante todo, debe olvidar el *yo*, y ser capaz de relatar una historia, contar un cuento. Debe ser capaz de disfrazarse en la piel de sus personajes, objetivar. Y además hipnotizar al lector/a desde el principio al fin con la calidad de su prosa, y con el interés de su trama... Pero en este momento, ante un tema tan crucial que tocaba de lleno a su espíritu, a la configuración psicológica de su propio ser y su propio pasado, se sabía incapaz de esa objetivación y renunciaba a disfrazarse de otro personaje y fingir.

Y en este punto ella sabía que había fracasado: había fracasado incluso antes de empezar. Porque su novela no sería una novela. Porque su texto sería una mezcla de todos los elementos imposibles de ser contenidos en el ánfora de un escrito.

Entonces... Entonces era consciente de que su idea original era desmesurada, ciclópea, y estaba abocada al naufragio...

Decidió que lo único que iba a procurar era dejar en el lector/a la simiente de un pensamiento, la sugerencia de una época; las imágenes de tantas vidas que se habían vivido, todas diferentes, todas entrelazadas.

Lo único que pretendía era despertar en el lector una especie de complicidad ante una serie de sensaciones que

le evocaran su propio pasado... No escribir una novela, ni cimentar un texto estético, ni pretender nada... Nada salvo ese *guiño* al lector avisado, para que quien hubiera vivido acontecimientos semejantes pudiera reconocerse en aquel texto, identificarse con él.

Y la novela avanzaba lentamente, como un barco de vela en alta mar cuando no lo empuja el viento.

La novela que no era la novela. La novela que era un simple texto, un amasijo de sentimientos y sensaciones que quería entrañables. El desarrollo de la cola de una sierpe hermosa. El desarrollo de una idea que iba a fluir, tan pronto lenta como presurosa. Como si el lector/a introdujera su cabeza dentro del frasco de vidrio que contiene la maqueta en miniatura de un barco de vela. Un barco que no navega. Un barco que lleva hacia adentro, hacia el propio corazón, hacia la propia sima de la mente, hacia el último centro.

19. *Óscar*

La magia de los objetos. Figuras que observaba y le hacían estremecerse, como aquel viejo reloj extraplano suizo, con números chinos del siglo XIV antes de Cristo que le regaló su amigo César...

La magia de los objetos, la magia de los relojes, que nos muestran que somos prisioneros del tiempo, e hijos, a la misma vez, de ese tiempo.

Cuando se regala un reloj, se regala el tiempo: el tiempo que se comparte con otro corazón, con otra alma, con otro espíritu. Cuando se regala un reloj se está regalando el propio tiempo, la propia existencia, la propia vida.

La magia evocadora de los objetos. La talla en madera de Don Quijote, enjuto, velando las armas, y de Sancho redondo y pensativo. Aquellas tallas en madera de olivo que compró en Sollers, en Mallorca, a aquel artista que moriría de cáncer pocos meses después.

La magia evocadora de los objetos.

Contemplaba la vieja máquina de escribir Olimpia de su amigo César, con quien ahora compartía el piso. Y miraba las brillantes teclas que en otro tiempo su amigo había golpeado con fuerza febril durante días y noches, redactando libros de ensayos académicos, o dando forma a bellas historias cuyo destino final iba a ser el fuego, que es quizás el destino final que nos espera a todos, incluido este planeta.

La magia de los viejos discos de vinilo: de canciones y canciones oídas durante su juventud... Y aquí iniciaba el viaje, el viaje de la música de ayer, porque después todo era inanidad, vacío, rutina, tópico, vulgaridad. La misma vulgaridad de esta época mercantilista, en la que, como le escribía su amiga Irene, solo el dinero importa. Un mercantilismo que estaba en las antípodas, precisamente, de todo lo que sus amigas Marga, Irene e Inés, cada una a su estilo, habían perseguido con su idealismo.

¿La consecuencia? Ahora Marga disfrutaba de una soltería emancipada, de hombres y bellas mujeres, de éxito, de dinero. Tanto como lo había despreciado, ahora había caído en sus redes como escritora de estilo fácil, con su vida entre riquezas.

¿Irene? Se dedicaba a la fotografía con éxito, y había hecho numerosas exposiciones en el extranjero, siendo muy cotizada.

¿Inés? Modesta profesora, llevaba una vida familiar, en un entorno de belleza natural.

El amor, la felicidad... ¿existen más allá de la incomprensión de todo ser respecto a lo que no sea el propio yo? Solo se es feliz, pensaba, en aquellos momentos en que no se reflexiona sobre si se es, precisamente entonces, verdaderamente feliz.

En ese instante dirigió la vista hacia el exterior del jardín. Alcanzó a divisar una luna que repartía su fría luz en la noche fría de la fría Navidad, entre la oscuridad y las tinieblas. Y se preguntó -como hacía también su amiga Irene-: ¿era él verdaderamente feliz? ¿Quién había elegido el camino más eficaz hacia la felicidad, su amiga Marga, rodeada de lujo y fama, o Inés en su modesto observatorio provinciano y tranquilo? ¿Quién tuvo mayor razón, Lope de Vega o Francisco Aldana?

Sonaba el oratorio de Navidad de Bach en las voces cristalinas de niños, el Coro de Pequeños Cantores de Viena dirigidos por Hans Gillesberger, y el Concentus Musicus Wien dirigido por Nikolaus Harnoncourt.

Entonces esbozó una sonrisa y se dio cuenta de que contestar a esa pregunta suprema exigía una labor de investigación.

Detuvo así su narración. Salió del archivo que estaba escribiendo y redactó una nota, un breve e-mail dirigido a su amiga Marga:

"Querida Marga: Aún faltan muchos meses y me ha sorprendido por ello tu mensaje, pero es mejor así porque todos y todas podremos de este modo encajar nuestras agendas y obligaciones. Por ello te agradezco mucho

la invitación que me haces, después de tanto tiempo de no saber nada de ti. César y yo asistiremos a la fiesta que vas a dar esta primavera en tu casa solariega asturiana. Espero tus instrucciones con la ruta y la dirección. Me alegrará volver a veros después de tanto tiempo. Recuerdos a todas y a todos. Óscar."

V. EL TIEMPO DE SABER

"Et tout homme est un livre où Dieu lui-même écrit."

VÍCTOR HUGO, "La vie aux champs", *Les Contemplations.*

20. *César*

Aquella tarde recibieron un e-mail de su amigo César, que se encontraba en la India en viaje profesional, y que decía:

"A mis amigas Inés e Irene:

Pensaba que la India era puro misticismo y sin embargo me encuentro un país lleno de cadáveres, y en el que se viola y ultraja de forma generalizada a las mujeres...

En muchas ocasiones, oyendo hablar a tantos ministros de diversas religiones, he tenido la sensación de estar presenciando un delirio mental de ideas abstractas, ajenas a la realidad, sobre la que sin embargo, de rechazo, tienen tanta influencia... Y me pregunto si la religión debe limitarse a la aspiración íntima de la persona que llora en su lecho, en la soledad de la noche, deseando que Alguien, más allá en las estrellas, pueda algún día comprender sus cuitas.

¿Podemos deducir entonces que esa sublimación subjetiva no se corresponde con un objeto externo y real, siquiera espiritual?

Y si no podemos saber nada acerca de la verdadera esencia de Dios... ¿por qué convertir las religiones en simiente de odio, o de coerciones, o de normas infrahumanas, cuando la belleza común en que se sustentan todas esas creencias radica precisamente en constituir una metáfora de lo que hipotéticamente alberga un misterioso rincón más allá de los astros?

No sé si a fin de cuentas la idea de Dios es humana, pero lo que no me cabe duda es que es el propio hombre el que la hace, a la postre, más inhumana. Envío también copia de este mensaje a Óscar. Un abrazo. César."

21. *Inés*

"Amigo César: Divago un poco al responder tu mensaje, pero también contemplo la mañana fría de esta Navidad, con el cielo gris plomo y la neblina, con el ruido lejano de los petardos que explosionan los niños del barrio. Y pienso que en Navidad todos creemos un poco más en ese Dios al que tú te niegas, quizás porque eres hombre moderno.

Yo me encuentro en una distancia intermedia, y pienso que la figura de un Niño que nace, junto a la hermosa idea de la maternidad que obsesionaba a Henri Moore en sus esculturas, hasta hacerle reiterar el tema, es profundamente evocadora para cualquier persona sensible.

Y al mismo tiempo soy consciente de que la realidad de la muerte ha sido la coartada para formas impositivas del espíritu.

Dale muchos recuerdos a nuestro amigo Óscar. Espero que podamos vernos después de las vacaciones de Navidad, cuando salga de este dorado exilio provinciano que me ofrece un delicioso aburrimiento vital.

Te deseo unas felices fiestas con el abrazo de tu amiga. Inés."

VI. EL TIEMPO DE LOS SECRETOS

"El amor de todas las cosas es la cifra de la suma belleza, y quien ama con olvido de sí mismo penetra el significado del mundo."

RAMÓN MARÍA DEL VALLE-INCLÁN, *La lámpara maravillosa*, VI.

"Aprendí que los caminos de la belleza son místicos caminos por donde nos alejamos de nuestros fines egoístas para trasmigrar en el Alma del Mundo."

RAMÓN MARÍA DEL VALLE-INCLÁN, *La lámpara maravillosa*, III.

22. *Inés*

"Amiga Marga: Pese a tu silencio, que creo puede deberse a tus compromisos de viajes y trabajo, te vuelvo a escribir unas líneas desde estas horas nostálgicas y navideñas.

Puedo decirte que mi novela avanza poco a poco. Como te escribí hace tiempo yo llevaba dándole vueltas al sentido y argumento de la misma desde hace por lo menos seis años. Quería que fuera una obra perfecta, acabada, definitiva, en la que se sintieran reconocidos todos los que vivimos la procelosa aventura de nuestra generación, desde una u otra barricada. Pero el tiempo pasa, y los pensamientos, las miles de ideas que se me vienen constantemente a la cabeza durante mis frecuentes horas de reflexión, pueden quedar abocadas a la estéril pérdida y desconocimiento si no se vuelcan enseguida en el papel.

Es siempre en la mágica hora de la tarde, a punto de desaparecer las luces del día, cuando las musas se acuerdan de mí, tocan mi frente y me impelen a escribir. Y lo hago tan apasionada y febrilmente como cuando era joven, pero ahora frente a la cómoda pantalla de plasma de mi ordenador. En ella van apareciendo, como si alguien me las dictara desde el fondo de mi cerebro, todas estas ideas...

Y sin embargo siempre tengo la sensación de que dichas ideas eran mucho más profundas, más hermosas, más convincentes e impactantes, cuando aparecían en mi mente en el feliz momento de duermevela, nada más emprender el sueño en la noche, a punto de despertar a otros sueños y otras vidas, a otros pensamientos.

Ignoro por tanto si el resultado de esta novela será verdaderamente frustrante, y me conformo con que su efecto sea un tanto perturbador.

Perturbadora es a veces la presencia masculina. Voy a contarte un secreto: sabes que estoy felizmente casada, pero hay una persona que no se me va de la cabeza. Lo

encuentro en la calle en determinados instantes azarosos. Hablo con él, escucho sus palabras dulces y armoniosas, su presencia elegante y seductora, sabiendo que se trata de una persona vulnerable, y sé que tiene empatía conmigo después de su fracasada relación amorosa... No puedo quitarme de la cabeza la idea, sabiendo que se trata de un hombre por el que quizás podría llegar a sentir algo tan intenso y eterno como el amor por Ángel, mi marido y única pareja. Tal vez la convivencia cotidiana acaba por despojar de idealismo cualquier relación. Y esa relación, si se quiere fuerte, tiene que basarse en un mutuo entendimiento y en una sólida complicidad frente a todo lo que pueda suceder desde fuera.

Entonces me doy cuenta de que mi marido es el verdadero asidero que me impide sepultarme en el vértigo sin fondo de la existencia sin eje ni sentido.

Sin embargo soy consciente de que a veces ignora el contenido de mis sentimientos, y que no entiende del todo la forma de arte que he elegido, la labor generalmente burocrática, tediosa, difícil, de la escritora en lucha con la página en blanco que puebla con los signos que nacen de su mente, y con los sentimientos más ocultos que laten en su corazón. Esa vida rutinaria que rodea al artista, esa costumbre de inclinarse sobre el piano a repetir constantemente las mismas notas, o sobre el cuadro para diseñar la misma figura, o sobre el ordenador para registrar los mismos pensamientos... me lleva a preguntarme: ¿quién puede a la hora de la verdad ser tu apoyo, la persona que auténticamente te comprende?

Pienso por tanto que la vida del artista, y desde luego la del escritor –en su dura lucha con el papel y el ordenador– aboca finalmente a la desnuda y última soledad.

Aunque en cierto modo y en ciertos momentos –sin embargo claves– la compañía de la persona amada nos haga olvidarnos de la tremenda realidad del abismo y de la sartriana náusea que nos amenaza.

Te deseo, querida Marga, una feliz Navidad, desde el frío y la niebla, mientras escucho al fondo las risas de los

niños en vacaciones, la alegría de sus voces, y oigo también la conversación íntima, deliciosa, entre mi marido y mis hijas, lo único por lo que quizás sigo aún viva.

Yo sé que tú tienes otro concepto más cosmopolita y heterodoxo de la relación sexual, y no comprenderías mi actitud de huida ante ese chico que me obsesiona, y del que sin embargo querría ser, si pudiera, una casta y platónica amiga. Sé que tu concepto carnal y sexual del amor está en las antípodas del mío. Habrá ocasión de intercambiar confidencias cuando nos veamos en esta primavera. Entre tanto recibe el abrazo de tu siempre amiga. Inés."

23. *Marga*

"Amiga Inés: Disculpa que no haya podido escribirte antes, pero he estado inmersa en el proceso de finalización de una novela y ahora se inicia el más latoso de todos, que tiene que ver con la promoción de la misma, los bolos en diversos lugares, las tediosas presentaciones solo salvadas por la presencia de alguien -generalmente una mujer- que preste encanto y atractivo al acto.

Yo creo que partes de un concepto metafísico e ingenuo del arte. Decía Antonio Machado: "porque la vida es larga y el arte es un juguete/ (...)/ que el arte es largo y, además, no importa." Siempre me obsesionaron estos versos, que luego encontré entre las citas previas a ese hermoso poemario de Ricardo Molina que son las *Elegías de Sandua.* En todo caso esto es rigurosamente cierto, y Machado lo sabía, porque lo verdaderamente importante nunca es el arte, verdadero artificio del juglar para embaucar al auditorio, o del escritor para engañar al lector.

Quizás a la hora de la verdad ni siquiera tenga relevancia que la obra de arte sea hermosa, sino el simple hecho de que comunique, que conecte con el auditorio o los lectores, y que eso se transforme en éxito, y por tanto en dinero... Es lo que en definitiva buscamos los artistas del siglo XXI, enredados en un arte de masas y para masas. Es una consecuencia del pensamiento anglosajón que ha dejado periclitada y caduca toda la polémica existencialista -de la que aún conservas tú la rémora- acerca de la autenticidad del creador y de su obra.

En definitiva el arte no es auténtico, puesto que siempre constituye un mero fingimiento. Tus novelas, tus relatos, fracasan económicamente porque carecen del necesario disfraz, de la máscara, de la creación de personajes objetivos que traspongan la mera subjetividad del yo creador.

Debes dejar de regodearte en tu intimidad. Debes abandonar el romanticismo. Debes ingresar en el siglo XXI y ser capaz de engañar al lector, de hacerle sentir la fingida sensación de realidad en que a fin de cuentas consiste la obra de arte. Como planteamiento estético, debes dejar de leer *Sendas perdidas* de Heidegger y leer más *The Sense of Beauty* del filósofo español exiliado en Estados Unidos George Santayana.

Por mi parte, yo creo que el arte es una construcción del artista, un aparato, un artefacto, una máscara que solo busca provocar en el mayor número de personas posible una sensación a través del fingimiento de una actitud. El escritor debe ser solo un actor que se encarna en cada personaje, y estos deben ser un simple remedo de la realidad que conoce el lector, de tal modo que en él se produzca la necesaria identificación o la necesaria evasión, dependiendo de que lo que escribas quiera ser realista o imaginativo. Pero nada más. No existe la verdad artística, sino la eficacia en provocar sensaciones. Y si provocas placer en el lector, lo harás adicto a tu obra.

Yo he acabado por sustituir la inspiración –en la que tú te basas– por el mero razonamiento.

Pero en fin, como decía el viejo Machado, a la hora de la verdad: *el arte es un juguete y además no importa.*

De todo esto hablaremos cuando nos veamos en mi casa, pronto.

Por mi parte el abrazo de: Marga."

24. *Inés*

"Amiga Marga: Aquí la nieve ha llegado como un regalo blanco.

Es Navidad, y esta fecha es importante para mí, porque todas las cosas grandes que me han ocurrido en la vida han tenido lugar tal día como hoy.

Es un día triste y melancólico, como todos los de Navidad, en los que me entretengo en ver la ansiedad febril de quienes almacenan compras, quizás olvidando el verdadero sentido que tiene el regalo como comunicación de la alegría de querer a otra persona, más que el hecho de acumular objetos a cuál más caro, a cuál más tópico, habitual y masivamente adquirido.

Pienso que el pensamiento religioso, a que antes os referíais, no es sino una faceta del espíritu y no al revés.

El espíritu no se agota en la religión, porque se expande hacia otros logros humanos, como la cultura, como el afán de infinito, como la necesidad del amor total, puro y absoluto, que a veces sustituimos por el mero contacto sexual: nada hay más espiritual que el amor completo e idealizado cuando va unido a la compenetración sexual. Siempre he pensado que materia e idea se complementan de modo necesario. Si no armonizamos el Espíritu y la Materia abocamos a la doble moral y la hipocresía.

El día está gélido y perfecto. La niebla deja ver detrás un cielo claro que pugna por salir diáfano. Los árboles de hoja perenne y verde resisten a la frialdad de la mañana. La luz penetra a través de la ventana de mi despacho mientras oigo cantar los pájaros, que se han concitado alrededor de mi aparato de música, en donde suena la obra de cámara de Schumann por el Quartetto Italiano.

Los pájaros están compenetrados con la música. Y pienso que precisamente todos los amantes y conocedores de la música clásica se han convertido en la verdadera reserva del espíritu, frente a una sociedad que vive de

espaldas a él, y cuya cultura en la mayor parte de los casos resulta ahora de una inmensa, vulgar zafiedad, propia del consumo. Por otro lado creo que quien ama y entiende la música clásica en su más rica expresión, posee la garantía de la autenticidad, de la verdadera cultura. Todos los amantes de la *grande musique*, como la llaman los franceses, son seres de alma excepcional, pertenecen a una secta privilegiada de almas que se niegan en su fuero interno a convivir con la vulgaridad, y oponen a la ansiedad material por la riqueza el mero afán de contacto con lo infinito, con lo inmortal, con lo eterno.

Una persona que ama y entiende la música clásica posee un alma exquisita y delicada, y forma parte de ese singular club de espíritus cultivados a los que la sociedad del siglo XXI -que basa su desarrollo en el dinero, las armas, la sojuzgación, la prepotencia...- ha convertido en exiliados interiores de comportamiento pacífico, que quizás simplemente se sonríen ante los señores que dominan las guerras, la política y la energía...

Yo pienso que hay dos tipos de escritores en el siglo XXI: los que escriben para ganar fama y dinero -y no es un ataque contra tu decisión-; y los que aspiran a convertirse en clásicos, aunque en la mayor parte de los casos, ¡ay!, ese privilegiado status cultural les sea negado por la posteridad. Pero aun cuando esto último sea así, aun cuando lo que espere a nuestra obra sea el olvido, mereció la pena el intento, porque buceamos en lo más humano, en lo más profundo del ser y su existencia.

En cualquier caso todos los escritores han tenido en su carrera artística que ceder a la sociedad que les ha servido de medio de difusión.

El *Macbeth* de Shakespeare potencia, en la idea de la lucha contra el tirano, la procelosa relación de Inglaterra en sus hazañas bélicas.

El mismo *Quijote* fue primeramente divulgado como exponente del pensamiento de un soldado heroico del imperio español, que defendía la ideología imperante: si bien Cervantes escapó, con su profunda comprensión del

alma humana a convertirse -como por el contrario le ocurriría a Lope de Vega- en un simple reclamo ideológico. Aquí creo reside la clave de la enemistad entre estos dos clásicos.

La tediosa obra de Wagner no habría sido difundida si no se hubiera convertido en símbolo del surgimiento de la nación alemana...

Todas las grandes obras han necesitado ser instrumentalizadas para su difusión inicial. Pero a la postre, en la distancia de la Historia, los pequeños intereses minúsculos que definen a cada época quedan anulados como acontecimientos circunstanciales, y lo que queda, lo que se salva, es precisamente la obra que posee atisbos o rasgos de eternidad, de permanente belleza, aunque inicialmente haya sido divulgada y vehiculada por motivos ideológicos.

En alguna ocasión, amiga Marga, me has indicado tu intención de escribir al hilo de la música pop que tanto significó en nuestras vidas, y que tantos recuerdos -también- nos traen a ambas. Irene me lo decía igualmente hace poco en otro mensaje

Prometiste escribir con el fondo de esa música y contarme tus sensaciones al respecto, como forma de incitación a la memoria de una época que ya se ha ido. Esa música me interesa hoy por su sencillo idealismo, por su eficaz expresión de sentimientos.

Espero por tanto tus cartas y tus ideas al respecto, cuando tengas un rato para acordarte de tu amiga. Entre tanto allá va el abrazo de: Inés."

25. *César*

"Amigas Irene, Inés y Marga: Ayer cenábamos Óscar y yo y hablábamos largo y tendido sobre el arte, el tema que os ocupa en vuestros últimos mensajes.

Quizás la única misión del escritor, más que relatar las experiencias de la propia vida, que nunca puede en todo caso estar ausente en sus escritos, sea la de dar testimonio de su propia época.

Esto es especialmente doloroso cuando, conforme avanzan la edad y el tiempo, se observa que desaparecen las personas que nos rodean, y cómo cambia la situación social, cómo los jóvenes a los que antes entendíamos parecen dotados de una forma de solipsismo que les hace impenetrables, incomprensibles. Entonces cabe la tentación de pensar que el cambio va siempre a peor. Pues bien: en ese momento hemos perdido el tren del tiempo, nos hemos desvinculado del progreso inevitable de la cultura y las ideas, nos hemos convertido en pasado.

En consonancia con lo que antes nos escribía Inés, también yo pienso que a principios del siglo XXI este cambio aboca hacia la superficialidad.

¿La única tabla de salvación?: las mujeres –y los hombres con sentimientos femeninos, y por tanto intuitivos, trabajadores y sensibles, sin que sean necesariamente homosexuales como yo lo soy–. Las mujeres que penetran en los secretos de la cultura pasada, cuando aún existía lo que entendemos propiamente como *cultura.* Las mujeres tenaces, sensitivas, trabajadoras, con un temperamento fuerte y un pensamiento de ética laicista que aporta la fe en el trabajo, en el trabajo bien hecho, en el trabajo serio.

¿O es que pertenecemos a otra época y esta actual nos va apartando a un lado poco a poco, hasta que nuestro pensamiento se llegue a convertir en un discurso ininteligible e inservible?

Os traslado mi desazón ante el hoy y la incultura. Pienso todo esto a punto de que llegue la noche en que el año se va, a punto de estrenar año nuevo. Y os envío un afectuoso recuerdo en espera de daros un abrazo personalmente. César."

26. *Marga*

"Querida amiga Inés: He estado ocupada con temas médicos de que te hablaré cuando nos veamos.

La Navidad es también para mí una época melancólica en la que te reencuentras con tus seres queridos... para perderlos unos días después.

Escribíamos sobre la muerte. A mí no me importa. Estamos abocados a ella. Es lo que nos espera indefectiblemente más tarde o más temprano, y tan solo debemos tener la gallardía de aceptarla con nobleza de espíritu y magnanimidad.

Es verdad que estamos presenciando la desaparición de una generación entera, la de nuestros padres... pero también de parte de los protagonistas de la nuestra, compañeros fraternales que mueren por sorpresa. Es verdad que quizás haga falta escribir una novela que refleje una época que se marcha.

Heráclito vio bien que todo fluye, y los autores clásicos hablaron del *tempus fugit*... Nada más verdadero que todo esto, quizás lo único auténticamente verdadero... Si fuéramos capaces de dibujar cómo fue el momento de nuestra juventud, y contrastarlo con el actual, podríamos aportar algo valioso para las próximas generaciones, que se interrogarán -de modo impredecible- acerca de cómo fue la nuestra.

Estoy también de acuerdo con el panorama que nos ofrecía antes Irene:

Veo que en la actualidad hay una enorme acumulación de poder político, y sobre todo de poder económico, en personas que escapan de todo control...

Veo un futuro incierto, porque me parece que en general hay una gran incompetencia en toda la clase política internacional, y que esta no es consciente -por falta de cultura y por pequeñez de miras- de los cambios que se ave-

cinan, y ante los que no han adoptado ninguna actitud, menos una postura común.

Veo que los grandes señores del capital tampoco comprenden el cambio que estamos viviendo, y solo se mueven por mezquinos intereses de la ganancia máxima el menor tiempo posible, sin invertir a largo plazo, sin percibir que si siguen explotando a la sociedad y al planeta, todos a la larga vamos a salir perjudicados en una crisis de dimensiones universales que es lo que nos dibuja el futuro...

Son ideas muy negras, como negra es la fría noche allá afuera en esta Navidad que espero te traiga toda la felicidad que seas capaz de conseguir para ti y los tuyos.

Yo he conseguido la fama, el dinero, el poder cultural... pero puedo confesarte que muchas veces envidio tu vida apartada en esa hermosa ciudad de provincias en la que has hecho tu castillo con tu familia... Para toda ella, también para ti, mi mejor deseo de año nuevo. Y esperar que todos los que aportamos ideas al movimiento de la rueda, consigamos impedir que seamos aplastados por ella.

Nos vemos en casa en la fiesta de primavera, como hemos acordado. Te envía un abrazo fuerte. Marga."

27. *Marga*

"Amiga Inés: Continúo mi razonamiento sobre las ideas expresadas en tu última carta y prolongo lo que te escribía en mi respuesta.

Fíjate qué error de concepto tienes al defender una verdad absoluta, basada si quieres en un concepto moderno de la metafísica -si es que hay algo de moderno en ella después de Wittgenstein, Russell y Ayer.

Yo creo que la metafísica es un disfraz ideológico propio de tiranías y dictaduras: engañar con lo abstracto para controlar lo concreto. Por ello la metafísica surge en tiempos antiguos de oscuridad y sujeción, y desaparece con la modernidad y la ciencia...

Veo en la televisión la celebración de la victoria en un partido de fútbol, que desencadena histéricas y masivas reacciones de alegría, tanto entre los jugadores como entre el público. Se trata tan solo de un juego en el que se debate alcanzar una meta de acuerdo con unas convenciones, unas reglas, un código de comportamiento. Podrás decirme que hay la lucha por el triunfo, los valores humanos del deporte, incluso la admirable testosterona... Pero en realidad se trata tan solo de un juego, y el día de mañana se habrá olvidado quién fue en realidad el ganador de esta prescindible gesta.

Igual ocurre con todos los proyectos humanos, que se dirigen teleológicamente hacia un fin que consideran la meta de una actividad en desarrollo. Quizás más allá del simple progreso material, la ciencia, la tecnología, la economía, poco existe que pueda justificar el establecerse como proyecto. Los avances culturales son en realidad un mero juego, una entelequia de la que solo queda rastro en los manuales de Literatura y Arte de acuerdo con la selección a veces caprichosa o interesada de los críticos, que recogen solo los acontecimientos que a ellos, por una u otra razón, les interesan.

Pero a la hora de la verdad nada importan, ni siquiera nuestros actos más humanos. Solo la materia importa. Solo la realidad importa. El arte que tú defiendes como un baluarte de verdad y belleza, como un acto de rebeldía frente al consumo del aparato organizativo que devora las obras estéticas y las convierte en un mero artefacto de consumo, prescindible, olvidable, fenecido...: ese arte no posee otra realidad que una imagen falsa como proyecto, como fin, que el hombre ha creado en su cabeza. Y esa imagen a la que se han dirigido con todas sus fuerzas muchos artistas, que han dado su vida por conseguir ese objetivo, en realidad aboca a un término falso, a un señuelo, una visión subjetiva, una quimera: la imagen de un ser sin existencia que se obtiene en el delirio durante el camino bajo el duro sol en el desierto.

¿Qué importa entonces el arte, más allá del beneficio de la fama, del prestigio social, del bienestar económico? ¿No te parece absurdo sacrificar tu vida, tu felicidad personal y material por otra forma de arte pretendidamente más pura? ¿Quién se engaña entonces: el artista que busca la verdad absoluta, o el artista que ve su arte como un simple instrumento de bienestar para producir un placer efímero pero rentable entre el público?

Piensa en todo esto, porque los tiempos son diferentes, y ya nadie cree en las verdades estables y eternas por las que muchos de vosotros os inmoláis. Quizás porque en definitiva solo importa el beneficio de la imagen. Porque todo es en definitiva, como te decía citando a Machado -el poeta filósofo-, un simple juego al que acudimos dispuestos a disfrutar del período de tránsito en que consiste nuestra vida. Y todo lo demás son simples espejismos por los que no merece la pena perder la frágil, posible felicidad de que podamos gozar en esa vida.

Un fuerte abrazo de tu amiga. Marga."

28. *Inés*

"Amigas Marga e Irene: Me hace reflexionar lo que escribís, y me lleva a plantearme una pregunta:

¿Cabe, pese a todo, que exista en realidad la idea platónica de verdad perfecta y de belleza perfecta a la que aspirar con nuestros pobres medios?

Me diréis que los medios del hombre nunca son pobres, y que constituyen un fin en sí mismos. Reconozco la importante incidencia que ha tenido sobre mi pensamiento la obra de los románticos, y luego la de autores como Rilke, Octavio Paz o Juan Ramón. No puedo zafarme de estas influencias, aunque intento adaptarlas a los tiempos modernos que intentamos desentrañar en sus raíces más profundas, que quizás son a la vez las más superficiales.

Te confieso que la novela avanza conforme avanzan vuestros pensamientos y los míos, recogiendo nuestras reflexiones.

Pero a veces es imposible apresar y abarcar lo imposible y materializarlo. Las quimeras solo existen en nuestros sueños. Podemos escribir sobre ellos, pero nadie puede soñar por nosotros o soñar los mismos sueños. Y en definitiva, a la hora de la verdad, esos sueños responden a experiencias muy concretas y materiales, a veces banales, aspectos cotidianos que no pueden significar lo absoluto, quizás porque lo absoluto -¿os estoy dando la razón?- no existe.

Fue en ese punto en que me dije que lo importante no era pensar, darle vueltas a la imaginación, soñar... sino escribir.

Sabéis que siempre he abominado del concepto de literatura como mero edificio construido de palabras, porque ello aboca a una concepción anodina, banal, incluso poco humana de la obra literaria. El escritor que solo escribe palabras se convierte en una especie de oficinista al que está vedada la existencia de la belleza.

Y sin embargo en ese punto de mi decurso intelectual, después de haberle dado vueltas y vueltas a este concepto de novela durante muchos años... decidí hacer caso a Unamuno y escribir "a lo que salga", como él dijo. Y aprender del sabio maestro Azorín, que mezclaba pensamientos y argumentos. Azorín es grande, pero cansa, reitera sus planteamientos, sus actitudes, la estructura de sus novelas. Y sin embargo sus obras constituyen una mezcla experimental de textos que se superponen y se armonizan unos con otros; por no olvidar sus riquísimas, delicadas, matizadas sugerencias de lecturas de los clásicos.

Entonces fue cuando la novela fue, ella sola, tomando cuerpo, porque mis pensamientos se fueron convirtiendo en cifras, en signos que poblaban la página en blanco: primero a través de las cartas que crucé con vosotros, en las que se exponían dos modos antagónicos de entender la vida y el arte; luego, sumando recuerdos evocados por melodías... Porque, como querría Óscar, la música despierta la memoria, se clava en nuestras almas en un determinado momento de nuestra existencia, y se convierte en pista que nos ayuda a redescubrir ese momento pasado, evocado connotativamente en nuestras mentes. La música es nuestra alma y nuestra experiencia. La música es idea y sentimiento: la esencia de las vidas con que amamos esa música y la dejamos fijada para siempre en el fondo de nuestra mente, en el punto más abisal de nuestra alma.

No sé si estaréis de acuerdo. Quizás a la hora de la verdad la obra de arte es simplemente materia. La escultura es piedra, pero transfigurada: por Rodin, Miguel Ángel. La pintura son colores: pero Velázquez, Rembrandt, Goya, Turner, Sorolla, Van Gogh, Chagall, Klee o Dalí nos enfrentan en esos colores a un universo autónomo más allá del aire que respiramos en la sala donde contemplamos sus cuadros. El poema son palabras: pero estas nos dan acceso a un mundo infinito, lleno de sorpresas, de sugerencias, de sueños...

Veis en definitiva que creo en los sueños. Y nuestra época de juventud consistió sobre todo en eso: un sueño,

una quimera, un deseo de alcanzar lo infinito, a veces por medios equivocados a los que antes se refería Irene.

La juventud es siempre la que simboliza y define los sueños de una sociedad, de un instante de la Historia... Comparando nuestro momento sociológico de juventud con el de otros períodos, creo que quizás nunca se dio antes, salvo en el romanticismo, una oportunidad semejante en la civilización universal para que ese sueño de los jóvenes pudiera convertirse en realidad.

Y sin embargo, el sueño convertido en realidad deviene a la hora de la verdad en aire, en humo, en arena. Tal vez porque el destino final del sueño lo constituye el hecho de que es una realidad invisible, y los seres humanos solo podemos tratar con lo visible. Quizás porque lo que perseguimos en esos sueños nos hace semejantes al aliento de un caballo que nunca llegará a la meta.

Un abrazo de vuestra amiga. Inés."

29. *Irene*

"Querida Inés: Me escribías antes sobre el cambio en el concepto de arte en el siglo XXI, que afecta a todos los intelectuales: libreros, distribuidores, cineastas, escritores, escultores, pintores, músicos, fotógrafos, filólogos, filósofos, lingüistas...

No sé si en otras épocas siempre ha sido así, y tan solo ahora somos más conscientes de ello por la inmensa capacidad de información que nos proporciona la red: pero me preocupa que los verdaderos amos del mundo y la economía se estén imponiendo a la aparente libertad política de una democracia envejecida e inoperante, tal vez irreal e ilusoria. Y sin embargo si, como escribió el gran Borges en el prólogo a *La moneda de hierro*, la democracia se convierte en un increíble abuso de la estadística, qué alternativa hay, sino profundizar y mejorar el sistema...

Recibe el abrazo de tu amiga, Irene."

30. *Irene*

Hago una breve reflexión. El 26 de mayo de 2013 contemplé la maravillosa exposición de Dalí en el Museo Reina Sofía de Madrid, antes de oír el *Imeneo* de Haendel -adoro sus óperas- en el Auditorio Nacional de Música a Cristopher Hogwood y la Academy of Ancient Music. El Auditorio estaba lleno, pese a la crisis. Pero lo más hermoso es que, ante la exposición de Dalí, había una cola de casi 500 metros de personas para verla en domingo: amas de casa, familias, quizás parados que aprovechaban la entrada libre para enriquecer el espíritu ante su pobreza material.

Yo creo que quizás la democracia del siglo XXI va a resultar enriquecida por la globalización de la información y su extensión masiva. Esta es la única forma de globalización, porque la económica es un remedo de los imperialismos y colonialismos de todas las épocas desde los romanos, que no hemos avanzado mucho tras ellos... Quizás esta globalización de la información, en manos de gente joven que maneja tecnologías e información gratuita extensiva a todo el mundo, permitirá conocer -ya ocurre- con mayor profundidad las injusticias que se cometen en el mundo.

¿Entonces?: creo que la juventud, que siempre ha sido el motor de los cambios, está ahora, con la red, más informada que nunca de lo que ocurre en tiempo real y toma decisiones en grupo mucho más rápidas y eficaces que nunca. Y esa juventud, con la ayuda de intelectuales que hayan sido testigos de otra época, puede cambiar el mundo y hacer que una nueva democracia surja de los residuos de este mundo caduco, con países *emergentes* -son solo unos pocos ricos *emergentes*, y el pueblo tan pobre y sometido como siempre...-, y con países occidentales que espero -por su tradición moderna de pensamiento- que sean capaces de anteponer el ideal de un mundo mejor a los intereses mezquinos de la depredación que hoy se llama *crisis*.

Y conectando con lo que iniciaba esta carta: si hay tanta gente deseando ver los cuadros de Dalí, al margen de la desinformación hortera de los programas de corazón y las series televisivas y las cadenas que solo transmiten sucesos, banalidades y vulgaridades; si hay tantas personas deseando enriquecer su espíritu... creo que ahí está la simiente del futuro. Porque la información de la red puede ofrecer formación cultural a niveles masivos como nunca se creyó: algo solo comparable a la renovación universal que constituyó la invención de la imprenta de los renacentistas, que transformaron el mundo. Y ello puede conducir al enriquecimiento del pensamiento y por tanto al progreso espiritual y cultural de los países.

En fin: si esta formación cultural se hace masiva en la red... el cambio universal será verdaderamente profundo. Y la transformación del mundo ya no se basará en construir los rascacielos más horteras y más altos, y en tener los coches más caros o los últimos aparatos. La transformación universal -que ningún filósofo llegó a imaginar- puede basarse en la extensión universal del conocimiento y el arte: en hacer que ese arte y ese conocimiento alcance la verdadera expansión universal y global.

¿Será esto el futuro? La alternativa es una guerra excesivamente cruel y sanguinaria, como nunca se haya podido pensar. Por eso quiero imaginar que la cultura, el pensamiento y el arte aún pueden salvarnos.

VII. EL TIEMPO DE LOS DESEOS

"¡Ah, nada puedo decir! Era hecha de todas las cosas."

PABLO NERUDA, *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, 11.

"A nadie te pareces desde que yo te amo."

PABLO NERUDA, *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, 14.

31. *Irene*

"Amiga Inés: Te mueves en el ámbito de la música clásica, y no negaré su belleza, efectivamente caduca a partir de determinado momento, avanzado el siglo XX. Pero quiero que recuerdes también conmigo los momentos que hemos vivido en nuestra juventud al amparo de la música moderna, ya desde The Beatles o The Animals en nuestros años de adolescencia.

Creo que el rock aportó la rebeldía de una juventud que no se sentía identificada con las melodías cursilonas de sus padres. Fue una evolución desde el jazz y el swing, hasta llegar al rock, que aún pervive efectivamente hoy aunque con enfoque hacia una rentabilidad comercial, que nada tiene que ver con el idealismo bohemio y libertario de aquellos años jóvenes en que con nuestras canciones, como diría Dylan, cambiamos el mundo. Sigo por tanto la estela del pensamiento de César.

En esa música nos reconocimos como personas libres de pensamiento nuevo, y descubrimos la posibilidad de modificar las estructuras caducas a través de las ideas puras y auténticas, con todos sus graves defectos a los que te aludía antes, y que lamentablemente se han extendido ahora en nuestra sociedad.

Hoy ya nadie puede leer a ideólogos de tercera fila como Marcuse o Alan Watts. Ni los delirantes poemas de la época de Allen Ginsberg etc. Y en cierto modo debemos perdonarle a esta juventud su ingenuidad, porque produjeron un cambio, una evolución, una transformación de la sociedad desde las bases de un pensamiento libre.

Todo el espíritu de la libertad de Occidente viene ahora simbolizado por estos supervivientes que en su momento fueron asociales, y que hoy son parte del aparato de propaganda del Estado. La imagen más positiva de Occidente y de su fe en la libertad, surgió justamente en aquellos jóvenes que fueron perseguidos por los poderes fácticos y poli-

ciales. Hoy quizás lo que resta de aquella época es precisamente esto: la imagen de la libertad que se respira en la música pop y rock, la imagen de la libertad que define a nuestro mundo. Es una curiosa paradoja.

Cuando nos veamos hablaremos despacio de todo lo que pienso. Trataremos así de establecer mundos paralelos a través de la amistad y los recuerdos. Un fuerte abrazo de tu amiga. Irene."

32. *Inés*

"Querida Irene: Me parece una buena idea que me hagas recordar los comienzos de nuestra amistad desde la época juvenil, utilizando la evocación afectiva del rock & roll, que tanta importancia tuvo en nuestros sentimientos y nuestras vidas.

Como te dije yo paso todo el día oyendo música, música clásica. Creo que hay en mi cerebro una predisposición a alimentarse de esa música clásica, que es quizás lo más valioso que nuestra civilización occidental -¿amenazada de extinción futura desde Oriente?- ha aportado a la historia de la humanidad.

La música clásica ofrece un discurso elaborado, constituye un placer inmenso e infinito, inabarcable e inacabable para el iniciado. Frente a la sencillez directa y fácil de la música pop y rock, la música clásica recoge el alma más exquisita de todos los artistas que lucharon por expresar la belleza. Algo a lo que creo es ajena la música contemporánea de concierto.

Disfruto buscando piezas desconocidas de autores importantes, en las que se puede vislumbrar su genio más allá del repertorio acostumbrado. Disfruto de la música de cámara, que constituye la expresión más íntima de los sentimientos. Disfruto de cada versión de la misma pieza en sus diversos matices, diferentes en cada interpretación, en cada *performance*. Disfruto buceando en piezas desconocidas de la música renacentista española, absolutamente mágica. Disfruto descubriendo a tantos y tantos autores, y tantas obras que constituyen el acervo de la exquisita sensibilidad de nuestra cultura del pasado.

Sinceramente creo que, frente a la riqueza y la profundidad de sentimientos que nos ofrece la música clásica, tu persistente admiración y conocimiento del rock & roll es un poco ingenua. Aunque siempre la música se asocia al recuerdo, a instantes afilados en los que la mente termina

en punta: momentos intensos, vibrantes, diferentes, en los que compartimos sentimientos con otras personas. Nada posee más riqueza de connotación que la música. Y el cerebro nos agradece que le inundemos con ella.

Soy adicta a cuatro cosas en mi vida: en primer lugar al amor de mi esposo y de mis hijas; en segundo lugar a mi trabajo con la literatura; en tercer lugar a la música clásica; en cuarto lugar al buen té –sin abusar de su consumo–. Nada más. Me basta el placer que me ofrecen estas cuatro adicciones. Espero poder compartirlas contigo. Inés."

33. *Inés*

"Querida Marga: Continúo mis reflexiones escritas acerca de lo que creo es el arte y la literatura.

Siempre me ha preocupado el sentido que tiene dedicar la vida entera, con todas sus ventajas -belleza- e inconvenientes -sufrimientos- al mundo de la literatura.

La pregunta *para qué se escribe* ya no cuenta; en realidad ya no preocupa ninguna pregunta, porque como el hombre del siglo XXI sabe que no hay más respuestas que las que tiene en su interior, y su interior está vacío y sin deseos de buscar respuestas personales, simplemente se ha limitado a eliminar toda cuestión. Es lo que se deduce de la conocida frase de Wittgenstein: "de lo que no se puede hablar más vale callarse", lo cual elimina todos los secretos y los misterios abisales que habían inquietado al hombre, entre ellos el de la vida y el arte.

Yo pienso por el contrario que plantearse interrogantes es decisivo para crecer en el espíritu, para enriquecer el hombre interior que todos llevamos dentro, y al que cantaron los grandes poetas del pasado, desde Garcilaso a Cervantes y Quevedo.

En este momento me pregunto si ha merecido la pena, a mis años, cuando ya se encara el último tramo de la vida, dedicar toda mi existencia y mis esfuerzos a la obra de arte. Me pregunto incluso si existe la obra de arte. La supremacía del universo occidental, gestado como evolución desde el mundo griego, con su filosofía, me parece evidente respecto a otras formas de cultura que los tiempos nos han legado. Pero no sabemos qué cultura nos espera en el futuro, con el auge de nuevos países en el universo internacional.

Y en ese punto he llegado a la conclusión de que la obra de arte perfecta, la obra maestra que yo quería crear en mi escritura, no existe. En el texto existe tan solo el reflejo del espíritu del artista. Y si ese espíritu posee la suficiente

riqueza, habrá más persistentes y numerosas lecturas de su obra.

Como te dije fue entonces cuando decidí escribiros y escribir, y dejar que la novela navegara sola a partir de nuestros e-mails. Y suponer que quizás el universo de nuestros propios sentimientos y pensamientos, que representan en este caso actitudes opuestas, y quizás complementarias, del arte y de la vida, fueran posiblemente capaces de seducir la capacidad de pensamiento y percepción de un lector o lectora al que nunca llegaremos a conocer.

Así pues: ¿te animas con esta perspectiva a seguirme escribiendo?

Pronto habrá ocasión de prolongar estas conversaciones. Pero a veces resulta más fácil expresarse a través de un texto que a través de las volátiles, evanescentes, fútiles palabras de una conversación oral. Porque lo que de verdad intento es que, entre todos los amigos, sepamos dar a un lector o lectora interesado una imagen de la generación que fuimos en nuestra juventud, frente a la que percibimos ahora en nuestra madurez. Dibujar un cuadro que exprese la evolución de un tiempo que fue único, quizás con la intención final de evitar que perdamos la oportunidad de aprovechar lo mejor que tenía nuestro pasado, y unirlo a lo mejor que nos puede ofrecer el presente y el futuro.

Hasta pronto con el abrazo de Inés."

34. *Irene*

"Amigas Marga e Inés: He estado viendo esta tarde una hermosa película sobre el mundo del teatro de la joven Katherine Hepburn, pletórica de belleza, atlética, juvenil, preciosa. Con toda la ingenuidad propia de la época, me ha hecho recordar y reflexionar, incluso emocionarme, al evocar el modo en que cada una de nosotras, en un determinado momento de sus vidas, vio con claridad que su objetivo era el arte, algo que, como decía Inés, es el destino más ingrato y admirable de todos, con sus penas y sus glorias siempre vividas con intensidad especial.

Pienso en todo esto hoy desde mi perspectiva burguesa, recordando una época de bohemia y libertad. Pienso en la emoción que constituyó para mí la amistad de aquel viejo poeta que me encandiló para siempre, Jorge Guillén. Y la figura del joven escritor, amante de París, a cuyas *mansardes* se escapaba con un amor apasionado siempre que podía. Y la de aquel otro novelista que me enseñó la ruta del arte. Pienso en tantos jóvenes amigos con los que compartí la deliciosa locura de la creación en pintura, en música, en poesía. Pienso en mi pasado y lo encuentro irrepetible, con todos sus infortunios, los peligros anejos de los que escapé, y los instantes especiales que me hicieron vivir mil veces la intensidad de la vida cotidiana, transfigurada en un reto salvaje hacia el futuro, en un brindis al sol vibrantemente cantado con la velocidad de la luz.

Recuerdo... Trato de sistematizar todas estas memorias de un tiempo que he perdido y que solo puedo evocar en trazos discontinuos, consciente de que en ello nos va resucitar el testimonio de toda una época especial, incluso descubrir el arcano sentido de la decisión suprema que nos lleva a dedicar la vida al arte.

Trato de expresar lo que el arte sea, y encuentro que para ello habría una respuesta distinta en cada artista, propia en cada original aportación.

Trato de resucitar la fuerza especial que requiere precisamente, con su sacrificio anejo, ese rasgo especial que define a cada creador y lo aproxima al rango de un dios que genera un mundo, el mismo mundo que los artistas dibujan en cada cuadro, en cada melodía, en cada poema, en cada texto.

Recuerdo... los momentos vividos con una luz especial, la existencia diferente de todos los artistas, su emoción profunda ante el hecho humano, también sus miserias y sus dificultades.

No sé por qué te lo cuento esta tarde. Quizás porque pienso que no debemos traicionar nunca ese espíritu que nos hizo comenzar nuestra ruta hacia destinos inciertos por un camino plagado de obstáculos, por una senda siempre difícil y procelosa.

No me gustaría que, desde la perspectiva de nuestra actual tranquilidad burguesa, o desde el éxito que rodea nuestra existencia, olvidáramos estos orígenes, traicionáramos ese espíritu de libertad y de diferencia. Irene."

35. *Inés*

"Querida Irene: Oigo los improptus de Schubert y me surge una reflexión respecto a lo que me escribes.

Vivimos una sociedad donde hasta la felicidad -y desde luego la libertad- es tan solo una ficción, una ficción a la que todos los humanos nos agarramos, quizás con el pánico de que lo que nos venga del otro ala del planeta sea todavía peor. Una ficción...

Ahora que los poetas están siendo reducidos, en que los profesores son simples burócratas, en que los pintores son solamente unos horteras enganchados al dinero fácil de los marchands, en que los cineastas son simples especuladores de la industria sometidos a los ejecutivos, y los escritores fabricantes de falsos mundos que ni siquiera tienen el rango de lo verdaderamente imaginario...

Ahora que el público ha visto reducida su capacidad mental a la mente de un niño al que se acosa y bombardea con consignas ideológicas simples e implícitas en filmes y novelas alienantes....

Y sin embargo hay quien da su propia vida por conseguir un matiz, solamente un matiz, que haga de su interpretación de una pieza de música clásica algo diferente e imborrable en la mente y el espíritu del auditorio, siquiera sea por un momento, por un *mágico momento*. Algo que esté en contacto con el silencio, y se alce a través de este como la superación de la obra del hombre por encima de la ausencia de todo sonido: la perfección del silencio absoluto, vencida por el verdadero producto del espíritu humano.

Creo que los melómanos y los músicos constituyen una verdadera sociedad secreta intuitiva, se entienden entre sí como poseedores de un valor arcaico, críptico y maravilloso. Forman parte de una invisible fraternidad espiritual que Thomas Mann percibió. Y es una verdadera delicia pasar los días enteros sumida en este cauce de sensaciones mágicas y maravillosas que es la música clásica, aun-

que muchas emisoras europeas estén retransmitiendo piezas facilotas, almibaradas y cursis, fragmentos sacados de contexto, ausentes las interpretaciones retransmitidas en vivo: pienso en BBC3, pese a que su orquesta es fantástica, y creo que el universo capitalista y mercantilista ha engullido a la emisora; lo mismo ocurre con las emisoras de música clásica en USA, e incluso con Radio France aunque esta conserve algunos momentos brillantes. Me deleito por ello todo el día con la española Radio Clásica, divulgadora de conciertos en vivo, cuidadosa y exquisita en la selección de piezas y autores, indagando y descubriendo músicos del pasado, gran difusora de cultura gratuita a niveles masivos, que pone fondo a mis pensamientos y a mi trabajo, y me hace pensar que todavía el arte y la belleza, en esta sociedad decadente, son aún posibles.

Sí: la música clásica. Este es el verdadero reino. Desde luego no el de la pintura, ni la escultura, ni la literatura actuales.

Saber que el de la música clásica es un universo siempre ignoto, inmenso e infinito, con tantos compositores extraordinarios desconocidos aún por descubrir, e incluso tantas piezas desconocidas de grandes maestros aún por degustar.

La música, con su invisible invasión de sensaciones. La música, que nos acerca a lo inefable, a lo imposible, a lo que está en la linde infinita más allá de la cual solo existe el blanco del vacío. Inés."

36. *Inés*

"Querida amiga Irene: Estuve hace unos días en un congreso de escritores en una pequeña localidad costera andaluza. Había un ambiente mágico y muy agradable, con la sombra del autor clásico que motivaba el encuentro, y que parecía flotar sobre nosotros como una especie de niebla invisible, como un aura.

Tuve ocasión de conversar con jóvenes escritores y escritoras, personas de indudable sensibilidad y capacidad creativa, llenas de inquietudes. Y percibí el cambio de generación de un modo claro.

Yo supongo, o quiero suponer, que todo esto es una época pasajera. Sin embargo también considero que lo que está ocurriendo es que, al final, las nefastas estructuras ideológicas que les han venido inculcando a los jóvenes en su educación, están dando como consecuencia la existencia de un prototipo de intelectual alejado de la cultura de los clásicos españoles.

Estos jóvenes inteligentes, con grandes inquietudes, me parecen sin embargo bastante ajenos al conocimiento de la literatura de nuestros autores del pasado. Es por ello que desaparecen nuestras grandes colecciones de clásicos, y que las páginas de los suplementos culturales no se centran en nuestras propias raíces sino en la difusión de obras foráneas en malas traducciones, lo que no debe obstar para una visión universal del arte.

Es verdad por otro lado que estos jóvenes escritores, a quienes las editoriales miran como beneficios en futuro, nunca han sido tan mimados y favorecidos por todo tipo de organismos. En nuestra época nos llamaban despectivamente "niñatos" y apenas podíamos percibir ligeras migajas de lo que dejaban escritores más maduros.

¿Tienen mayor talento que el que teníamos nosotros? Yo creo que cada época tiene su parte positiva y su parte

negativa, y que efectivamente el relevo generacional se ha producido hace tiempo.

Pienso que en el fondo estas jóvenes generaciones –que no tienen por qué copiar nuestros modelos culturales, sino que deben encontrar su propio *pattern*– están ávidas de verdadera cultura, la que no tiene que ver muchas veces con la formación que recibieron. Y que en este punto cabría un fructífero trasvase entre lo que puede aportar nuestra generación ya madura, y la rebeldía de las mentes frescas, inquietas, saludables, de estas personas que inician su camino.

Te cuento todo esto porque pude percibir ese interés en su actitud. Ojalá seamos capaces de enseñarles y al mismo tiempo de aprender de su rebeldía, la que solo se da en esos años de vida.

Por lo demás el recuerdo de la brisa marina nocturna, de las noches estrelladas, de los aromas en las calles, me sigue evocando la presencia de tantos amigos a los que hacía tiempo que no veía y que allí tuve ocasión de reencontrar. Y al mismo tiempo la oportunidad de tratar a las próximas generaciones de escritores y escritoras que tomarán nuestro relevo, ya que nuestro camino se acerca lentamente hacia la esquina última de la vida. Un abrazo de tu amiga. Inés."

37. *Irene*

"Querida Inés: Tienes razón en lo que apuntas. Vivimos una sociedad que está cambiando a ritmo vertiginoso. Vivimos tiempos de confusión y depredación económica.

Pienso que estamos en los estertores de un momento de la Historia, y que todos nos aferramos -mientras dure- a esta especie de felicidad virtual, en la que gozamos de los beneficios de una sociedad de consumo que no va a poder mantenerse como tal durante mucho tiempo.

Por otro lado pienso que, en la sociedad que apunta, los ases del desarrollo serán: en primer lugar la agricultura y ganadería, tan abandonadas hoy. En segundo lugar la energía, y confío se sustituya cuanto antes por otra más limpia y saludable. En tercer lugar -¿en primero?- el agua. Por supuesto la investigación científica. Y si se quiere -como medio de enriquecimiento espiritual e incluso de felicidad personal- la cultura. Todo país cuya independencia quiera ser preservada, tiene la necesidad de mantener estas fuentes de riqueza si no quiere ser deudor de otros, dependiente del exterior, y el nuestro podría lograrlo. Si no cuidamos estos elementos, el desarrollo de nuestra sociedad, que crece desaforadamente, no será sostenible.

Todo esto me hace pensar que un sano nacionalismo, una sana defensa de los intereses de nuestro país, es necesaria. Y lo que propongo es que España -ubicada en la Europa a la que perteneció siempre- sea sin embargo -más aún en estos momentos procelosos de crisis económica europea- más isla, más autosuficiente en todos estos aspectos, sin ceder excesivamente su soberanía, con independencia del desarrollo de sus exportaciones y buenas relaciones comerciales. Pero que nos mantengamos, como los ingleses, más al cobijo de la propia autonomía frente a posibles convulsiones globales del futuro.

Si el desarrollo es inevitable, y en gran medida representa un evidente avance, hagámoslo racional. Y si las

naciones están hoy interconectadas por el universo globalizado de la comunicación, aprovechemos este hecho para que haya una armonía entre todos en dicho desarrollo. Por ello es tan importante preservar la libertad de información, como vio nuestro romántico Larra.

Pero no quiero aguarte la fiesta, querida Inés. Se acerca la primavera. Nos vemos pronto. Irene."

38. *Irene*

"Querida amiga Inés: Tenemos una sorpresa reservada para Marga, cuando nos veamos en su casa. Deseo profundamente este encuentro porque la melancolía infinita y la dulzura de los montes, mares y paisajes de Asturias, nos ha embrujado a todos, con el recuerdo de temporadas pasadas allí en otras épocas.

¿Recuerdas al antiguo marido de Marga, Alejandro? Me encontré con él en un aeropuerto. Sus largos cabellos negros, de la época hippie, habían sido sustituidos por unas melenas de canas blancas, y su mirada reflejaba un fondo de verdadera tristeza, como de quien sabe que perdió la oportunidad de su vida, el tren que todos deseamos tomar cuando somos jóvenes, incapaces de adivinar en todo caso hacia dónde nos conduce, pero que esperamos nos lleve a un destino situado siempre más arriba.

Alejandro me preguntó por Marga, y pude percibir en sus palabras interés por volver a verla.

Naturalmente que acordamos vernos en Llanes, donde todos nos encontraremos, siquiera fugazmente, para que no se rompa la idea original que nos movió a concertar la cita entre todos nosotros: Irene, César, Óscar, tu marido Ángel, Alba, Miguel, Marga, tú y yo. Ahora se añadiría la presencia de Alejandro, aunque me ha advertido que debe terminar previamente con un importante compromiso profesional adquirido, del que depende en gran parte su futuro profesional y económico.

Supongo que esto para ti es una buena noticia.

A mí la Pamplona y Vitoria de Alejandro me evoca nuestra juventud. El recuerdo de un gran danés negro corriendo por las calles. La buhardilla donde él agrupaba, siempre como líder, a toda una variada fauna de personajes de la bohemia, chicos y chicas. Sus numerosos proyectos cinematográficos, nunca llevados a cabo por él, algunos sí por otros compañeros que tomaron sus ideas. La sala de

proyección a oscuras, en la que toda una juventud aprendía modos de vida que eran ajenos a la mediocre existencia de su entorno.

Bertolucci vio muy bien, en su película *I sognatori* (*Los soñadores*, 2003), la importancia que el cine de *Cahiers du Cinéma* y de la Nouvelle Vague tuvo en el mayo parisino del 68. El cine era donde se aglutinaba el pensamiento revolucionario de todas las jóvenes generaciones europeas, porque era el único lugar en donde podían aprender la renovación de ideas y costumbres. Era el arte en que de verdad sentían totalmente representados sus ideales, muchos de ellos lastrados por una imposibilidad de base para su realización, como el decurso de Rusia y China iban a demostrar más adelante.

La rebeldía de la juventud se expresaba en el cine y en la música pop. En los discos de Pink Floyd prohibidos en España y que comprábamos en Bayona. En los libros de De Quincey, de Baudelaire...

Te escribo todo esto y recuerdo las excursiones a Biarritz para ver films como el de Bertolucci con Marlon Brando -*El último tango en París* (1972)-; incluso las infames películas de Emmanuelle, que nos admiraban en una sociedad pacata que intentaba de modo imposible vivir al margen de las necesidades primarias del sexo, por el oscurantismo represivo de la época.

Compré por diez mil pesetas a nuestro amigo Alejandro un viejo Citroën Dos Caballos que pinté de amarillo. Lo llevé desde Pamplona hasta Biarritz, y luego desde Biarritz hasta Huelva, inspirándome en los libros de Kerouac... El coche estaba muy viejo, pero aguantó el tirón a la velocidad máxima que permitía su decrépito motor durante todo el trayecto, con las risas de todos los pasajeros que viajaban hacia un infinito que no tenía límite aún en su rebeldía, la rebeldía que solo pueden tener los jóvenes. Y puedo contarte la anécdota de que, circulando como te digo a 70 kilómetros hora, que era lo máximo que nos permitía aquel viejo cacharro... nos pusieron una multa por exceso

de velocidad, al cruzar un puente que estaba señalizado a 60 por hora...

Recuerdo y pienso que quizás una de las únicas motivaciones para ser joven, aparte de intentar transmitir ideas nuevas y frescas a una sociedad que siempre tiende a encorsetarse, es la de acumular todos esos recuerdos para que mitiguen nuestro irrenunciable declive, como un bálsamo ante el hecho de que estamos abocados a perecer, y a que de nosotros apenas quede en pie ni uno solo de esos momentos que te estoy refiriendo... salvo que los eternicemos de algún modo en una obra de arte.

Como hicieron tal vez, en otro tiempo, los jóvenes románticos. Irene."

39. *Ángel*

"Querida amiga Irene: Voy a contarte algunas cosas que quizás no conoces respecto a Alejandro que te van a hacer gracia.

Alejandro desciende de una familia aristocrática de tendencias carlistas en Vitoria. En realidad viven en otro mundo, completamente hermético y diferente, propio de los primeros años de la obra de Valle-Inclán. Pero la clase humana que destilaba Alejandro le venía de casta, y del mismo modo su incapacidad para adaptarse de forma realista a una sociedad masificada y vulgar como la que vivimos.

Todas estas familias tienen en su haber miembros llenos de peculiaridades curiosas. Ahí estaba su genial padre: cuando me iba a casar con Inés, al entrar en la capilla de la casa solariega donde se iba a celebrar el acto, le comenté la dificultad que tenía para aprender el protocolo de ese importante momento. Ni corto ni perezoso me dijo: "Es muy sencillo: cuando el cura te pregunte si quieres ser el marido de Inés, tú respondes: '¡No!'. Y asunto terminado".

El curioso sentido del humor del padre de Alejandro me trae a la memoria viajes hechos con este en su coche, todos callados durante cuatro horas, como buenos vascos...

Y está la anécdota que quería contarte:

Un día, mientras yo estaba en Madrid estudiando, recibí la llamada de Alejandro. Cada vez que venía a verme el esquema de mis estudios y proyectos profesionales se iba al garete, quizás impresionado por su poderosa personalidad -arropado siempre por el grupo de amigos que le acompañaban- y con el interés añadido que por el mundo de la bohemia del cine yo sentía.

Alejandro me propuso una idea que se podía resumir así: había heredado de su padre algunos relojes de oro. Proponía que él se desplazaría en tren hasta Madrid y nos encontraríamos en Atocha. Luego venderíamos estos relo-

jes, y con el dinero que obtuviéramos compraríamos un Triumph descapotable de color rojo -qué hermosos coches hacían los ingleses...- y con él viajaríamos a Galicia donde le esperaba su novia.

Quiero decirte lo que ocurrió de todo esto: el usurero a quien quisimos vender los relojes nos dio una cantidad ridícula y, obligados como estábamos a hacer el viaje a Galicia, nos pusimos en camino haciendo autostop. Nuevamente Kerouac...

Pasamos en noche cerrada por Valladolid, y en un bar de copas nos encontramos al dueño de una tienda de multicopistas que se despachaba a gusto con la bebida y estaba completamente curda. Hablando con él se ofreció a llevarnos hacia Galicia. Pero en cada bar que encontrábamos en el trayecto el buen señor se paraba a tomar varios whiskies.

Era curiosa su forma de conducir: aceleraba en las rectas hasta extremos, y en las curvas frenaba de golpe.

Al final nos dejó tirados en Tordesillas, quizás también porque temimos que nunca íbamos a llegar al final de aquel viaje si seguíamos en su coche...

Tordesillas, día de Navidad, la noche de un 24 de diciembre. Un frío que te penetraba a través de la piel hasta los huesos. Eran las tres de la madrugada y el pueblo estaba totalmente vacío y muerto, salvo algún perro callejero, como perros callejeros éramos Alejandro y yo, sin embargo felices de disfrutar de nuestra libertad.

No llevábamos dinero y tampoco parecía haber una pensión abierta, así que nos resguardamos en el zaguán de un portal.

Frío, frío, soledad y un perro caminando solo...

Alejandro llevaba un largo abrigo de color azul, gafas de sol oscuras que nunca se quitaba, y un extraño maletín... Sus largas melenas negras y su talle espigado le conferían el aire de un personaje de *El año pasado en Marienbad* de Resnais.

Era la época del activismo más crudo de ETA.

Y de repente nos encontramos con que una pareja de la Guardia Civil nos pedía la documentación en aquella gélida madrugada, perdidos en un pueblo perdido...

Los apellidos vascos de Alejandro pudieron despertar su curiosidad. Pero al mismo tiempo la actitud que tuvo, de una cierta indignación, marcando distancia social, mostrando esa autoridad y estilo que le venía de casta, les convenció de que solo éramos dos personas perdidas en un pueblo perdido... en plena noche de Navidad. Y decidieron, afortunadamente, que no hacía falta que les acompañáramos al cuartelillo...

Alejandro era un personaje curioso, y aún le recuerdo con cariño...

Llegamos al fin a La Coruña, donde residía su novia... En aquella estancia aprovechó para romper con ella, y volvimos a encontrarnos los dos perdidos en un lugar perdido...

Hice una última apuesta con él, sabiendo que de seguir así mi vida podía tomar rumbos y derroteros impensados, que nada tenían que ver con la tranquila vida burguesa que hacía en la universidad en Madrid.

Me aposté a que viajaba gratis -de hecho no llevaba un duro- desde La Coruña hasta Madrid...

Lo primero que hice sin embargo fue viajar hasta Finisterre, quizás por aquello de que era el fin del mundo. Estuve allí varios días. Era un lugar mágico, y siempre recordaré la alegría de los niños cuando recibieron, en la noche de Reyes, un autobús de línea -la única forma de comunicación que tenían- del que descendieron, tirando caramelos, los Reyes Magos de Oriente.

Un muchacho me acompañó por el lugar. Y me dijo una cosa muy sabia: "en este pueblo solo hay dos tipos de personas -decía-: los que trabajan en la construcción porque tienen miedo al mar, y los que no lo temen, como yo, que trabajan como marineros...".

Tomé así un tren como polizonte. El truco consistía en descubrir cuándo venía el revisor y cambiar de vagón o meterse en el baño... Pero el revisor abrió el baño y me des-

cubrió en Santiago de Compostela... Me dejaron en tierra en Santiago, más lejano aún de mi destino... Otra fría noche perdido en una ciudad perdida, de madrugada...

No recuerdo qué hice después. Quizás autostop parando a mil curiosos personajes que alimentaron mi imaginación. A un camionero cuyo camión quedó atravesado en la calzada, a causa del hielo y del sueño que le acometió -de hecho creo que me hizo subir con él con el único propósito de no dormirse-. Nuevamente tirado, perdido en pueblos perdidos, y siempre de madrugada...

Los pueblos gallegos distaban entre sí solo uno o dos kilómetros... que recorría a pie en medio de una espesa niebla. Nada ni nadie había en ningún lado, fría noche de madrugada, perdido en lugares perdidos... Y sin embargo la sensación de libertad que tenía, andando en la noche, sin poder divisar por la niebla más allá de dos metros, no era comparable a nada...

No recuerdo en cuántos coches viajé al día siguiente, las personas que conocí y encontré hasta llegar a Madrid y tomar una ducha confortable de agua caliente...

Hoy sé que vivimos otros tiempos, y que sería impensable utilizar el autostop para esta suerte de aventura.

Pero yo gané la apuesta. Ángel."

40. *Inés*

"Querida Irene: El otro día estuve dando una lectura poética en un lugar de provincias. Al acabar la misma el público, emocionado, acudió a que le firmara libros que habían adquirido en un pequeño puesto a la entrada del salón donde leí mis poemas. Logré convertir la frialdad de un acto académico en un momento de pasión y emoción –siempre te he dicho que *la emoción poética es la poesía, y no el poema*–. Hay una cierta dosis de felicidad en ese instante mágico de comunicación, en el que sientes que otras mentes comprenden tu propio mundo, un mundo que tanto te ha costado diseñar y crear. Esta es una de las escasas ocasiones que nos aporta la difícil y a veces tediosa y burocrática vida académica y literaria, que sin embargo es nuestra pasión y nuestra vida.

No es mera vanidad de lo que te hablo, sino de la irrenunciable necesidad que tiene el artista de que su obra sea acogida por el público. Ello es un complemento del acto creador original que es, como tantas veces hemos hablado, un acontecimiento duro, difícil y profundamente solitario.

De todos modos creo que el hecho de que esa soledad del artista sea mitigada esporádicamente por la recepción de su obra en un público, es algo positivo y humanamente elogiable, por cuanto impide que nuestra creación se convierta en un simple edificio vacuo para disfrute onanista de uno mismo.

Las organizadoras del acto me invitaron después a presenciar una versión de la ópera de Verdi *La Traviata*.

El lugar en el que se desarrollaba la pieza tenía su encanto. Los tonos de la decoración eran un tanto cursis, propios de un antiguo teatro de provincias. Pero al mismo tiempo era bonito estar al lado de la orquesta, en primera fila. Como el foso había sido suprimido, estabas mano a mano con los músicos. El mismo estilo decorativo del tea-

tro me recordaba cómo debieron ser las representaciones de ópera durante el romanticismo.

Fue un momento hermoso, debo decírtelo.

Los miembros de la compañía tenían cualidades desiguales. Las ropas del atrezzo eran sencillas e incluso pobres. El tenor que representaba a Alfredo Germont tenía la voz quebrada, tal vez por exceso de representaciones en modestos teatros de provincias. Por el contrario Violeta Valéry, la cortesana, tenía ciertas dotes en la voz, aunque en ocasiones mal educada todavía. El primer violín de la orquesta también poseía cierto talento. Había una hermosa y joven danzarina en el coro. Y Giorgio Germont, el padre de Alfredo, estaba representado por un barítono de voz potente, grave, que introducía una interesante nota dramática en esta obra que representa el paso de la loca vida cortesana, con sus gozos sensuales, al drama de la muerte de la persona amada.

Este contraste entre el goce de la corte y la realidad de la vida me parece interesante. Si te paras a pensar, el propio Ramón Gómez de la Serna, genial e imaginativo intérprete en sus retratos de escritores, ofreció en el recorrido que hace por la vida de Óscar Wilde un drama semejante.

Quizás el hedonismo, la felicidad de los sentidos, el torpe disfrute de la intensidad sensual, conduce irremisiblemente a esta suerte de desenlace.

Quizás la belleza es incompatible con la vida, como tantos románticos pudieron comprobar en su experiencia. Inés."

VIII. EL ÉXITO

"(...) ¡Oh edad madura
en verdes años de cordura llenos!".

MIGUEL DE CERVANTES, *Viaje del Parnaso*, cap. II.

41. *Inés*

"Amigas Marga e Irene, amigo Óscar: Debo decir que hablamos con una sola voz. Es posible que todo camine hacia la decadencia. Es posible que la raza humana esté abocada a la inanidad.

Hoy, en el mundo intelectual y en el mundo del arte, solo prima la apariencia. Hay que ser un actor de teatro, dominar una pose. ¿Fue siempre así? En otros tiempos el artista, además de esa pose, ostentaba profundidad de conceptos estéticos y sentimientos, como en el caso de mi admirado Valle-Inclán por ejemplo. Hoy basta la máscara, y ello es más evidente en el mundo de la imagen.

Como vimos antes creo que efectivamente hay dos formas de encarar la carrera artística: adscribirse a una moda, generar una impostura y una apariencia; y la vía estrecha, el camino difícil, que es el de los artistas auténticos, que *no se adaptan al público sino que lo crean*, y que en definitiva escriben, componen, esculpen y pintan para un receptor varios siglos posterior. Es la diferencia entre querer ser un famoso rodeado de poder, y querer ser un clásico.

Y sin embargo, ¡ay!, qué difícil es el segundo camino, porque cabe que conduzca en el tiempo presente a la infelicidad, e incluso a encontrarse a la postre con el olvido.

¿Era consciente Cervantes de que escribía una obra eterna, la más importante y compleja de toda la historia de la humanidad? Muchas veces en el *Quijote* parece buscar solo el entretenimiento del lector, la broma, la risa ante las caídas del caballero... Y sin embargo, el retrato humano de sus personajes, y la elegancia exquisita de su estilo literario, que no aprendió en los libros, sino en el pueblo y en la vida, hacen de esta novela una obra cumbre e inigualable. ¿Azar? No lo creo. El genio es consciente de su esfuerzo. Y los míseros mortales debemos hacer ese esfuerzo aunque no lleguemos a la meta.

A la hora de la verdad, la obra perfecta no existe. El *Quijote* es la que más se le acerca, y fue concebido en sus orígenes como obra de entretenimiento; pero la dimensión humana de sus personajes, la belleza armónica de su estilo renacentista, la convirtieron no solo en un éxito en el momento sino en el paradigma de la obra perfecta por excelencia... Y sin embargo hasta en ella podríamos distinguir carencias, debilidades momentáneas del narrador, reiteraciones de vocablos –que convierte en un precioso rasgo de estilo–... y un cansancio de la historia que aqueja a Cervantes en la escena de Barcelona, muy poco antes de conducir la novela hacia un desenlace grandioso en donde de nuevo cobra, de un modo definitivo, el vuelo, cuando el caballero muere en el momento de recuperar la razón, como si esa locura fuera también el fundamento de su propia vida... Tremendo y verdaderamente hermoso.

Por el contrario la novela de best-seller constituye un arte efímero que se quema a sí mismo. Aunque hubo en otra época escritores que practicaron el género con gran elegancia, por ejemplo Melville, Conrad, Twain, el genial Poe, Clarín, Galdós, Julio Verne, Conan Doyle... y un largo etcétera.

El mismo *Quijote* fue un best-seller en su época, pero... qué dignidad, qué belleza, qué ternura, qué profundidad en su concepto de la vida... Os confieso que desde hace mucho tiempo disfruto abriendo a diario al azar cualquiera de los ejemplares de la novela cervantina que tengo en mi casa, especialmente en las ediciones románticas con sus tipos de letras grandes, redondas, compactas, que ofrecen al lector la belleza de los conceptos que contienen esas hermosas grafías. En cada una de estas diarias ocasiones he descubierto siempre un nuevo matiz, una nueva impresión de belleza y humanidad, profundos pensamientos, como solo se encuentran igualmente en Quevedo.

¿Y la novela de autor, la novela exquisita, de alta creación? Marga cree que la mayor parte de los novelistas españoles que siguen esta tendencia solo han plagiado la habilidad de Juan Benet, viejo amigo suyo, para construir

edificios de palabras. De él me contaba cómo en sus pretendidamente profundas y metafísicas afirmaciones en *Un viaje de invierno*, si el lector se entretenía en dilucidar lo que en realidad querían decir estos aforismos y pensamientos de honda apariencia, solo encontraba fatuos fuegos de artificio, engaños irónicos como los que le gustaba dejar a Don Juan... Frases que al ser analizadas se convertían en ilógicas y vacuas naderías sin sentido... Todo un síntoma de lo que era el éxito de la obra literaria, y quizás símbolo del carácter que definía también a toda obra de arte: un engaño, un artificio, una mixtificación, un juego con el espectador o el lector detrás del que a veces solo existe la realidad de una pulsión sexual en una noche de acierto, la relación afectiva con alguien que promocionó o publicó la obra en un determinado momento, o con quien la divulgó creando sobre ella todo un sobretexto crítico. Juan Benet quizás se rió así de la literatura -como hizo de la vida- escribiendo literatura...

Lo que no me cabe duda es que la mujer está hoy día, con mayor inteligencia y sensibilidad, dominando poco a poco el mundo de la cultura, desplazando al elemento masculino que se encuentra vacío, intoxicado y obnubilado por el éxito económico y el placer fácil. Y en este sentido probablemente el mañana será nuestro.

Soy consciente de que en nuestra novela estamos reiterando ideas, quizás porque en lo básico todos nosotros/as partimos de una misma vivencia y respuesta.

En todo caso, mientras escribo esto, esta novela imposible se va desarrollando, va creciendo en mi cabeza, va llenando de signos las páginas en blanco... Esta novela imposible que se va creando conforme la vas leyendo...

Empezar una novela siempre ha sido para mí una aventura tan solo comparable al placer de navegar en barco de vela en una noche cerrada. Cuando termine de escribir este texto, quizás tú y yo desaparezcamos en la mente del lector, quizás hayamos sido, como todo lo real, un sueño, una bruma, *fantasmas en la niebla*. Hasta ese momento definitivo y último, allá van mis ideas desde esta hermosa, pequeña

ciudad, en donde lo cotidiano se transforma en mágico, más allá de la rutina que a veces envuelve la percepción infinita de la belleza.

Supongo que sabéis de qué hablo. Quizás tan solo de un amanecer... o de un atardecer... o de la inmersión en la Noche. Inés."

42. *Marga*

"Mi casa me abraza. Mi casa me espera. Con sus fuertes muros, con los brazos de sus árboles en el jardín, con la luz del sol que se filtra por la ventana desde la mañana, al despertarme con el sonido del canto de los pájaros; o la luz del atardecer mientras cae lentamente el día y se van disipando los colores hasta que llega la oscuridad, y entonces la luz de la luna llena golpea los cristales, y sacude dulcemente mi mente hacia otros mundos, hacia otras épocas.

Mi casa me abraza, me reconforta, me ayuda, me acoge. En ella se dilata mi espíritu cuando leo los viejos libros, cuando vuelvo al alma de tantos artistas que dejaron su vida rota sobre las páginas de volúmenes hermosos, con la señal del tiempo en su textura, la vieja manera de amar el arte, de amar las cosas, de expresar el amor.

Mi casa no me pertenece. Pertenezco a mi casa. Es el espacio que rodea a mi alma, que hace crecer mi espíritu, que me lleva por mundos infinitos cuando leo o cuando escribo, o cuando oigo música mientras los pájaros de la tarde aprovechan las últimas luces del día. Como si yo también estuviera haciendo lo mismo: aprovechar las últimas luces, las de la última belleza que surge de las cosas, que surge de la naturaleza, que me abraza en mi casa.

La casa es el espacio que rodea mi alma. Fuera de su matriz materna, el laberinto proceloso de las relaciones humanas. Dentro de ella la delicia de la soledad, la dulce intimidad con las personas que amas.

Mi casa no me pertenece. Pertenezco a mi casa. Os espero en ella. Un abrazo. Marga."

43. *Irene*

"Amiga Inés: Pienso que el hombre ha superlativizado su *yo*. En definitiva, también es cierto, ¿qué seríamos sin él? Pero, ¿qué es nuestro *yo*, sino un mero, minúsculo y más o menos afortunado instante de conciencia en el universo de miles de millones de instantes de consciencia, de seres extraños y lejanos?

Nos extrañamos de que Dios o los dioses no se hagan cargo de nuestras preocupaciones, de nuestros dramas, pero es porque tenemos un exceso de confianza en nuestro propio *yo*, y en la sublimación de ese *yo* en la figura de la divinidad.

¿Existe a fin de cuentas esa divinidad más allá del fondo abisal de nuestra percepción cerebral más recóndita y universal? En cualquier caso: ¿tenemos derecho a que se ocupe de nosotros? ¿No sería más razonable que nos viéramos como un instante entre un millón de instantes, una forma de vida prescindible y superflua, más allá de la propia consideración que nos sugiere nuestra pobre y pequeña importancia personal?

Somos un instante mínimo de la respiración del universo. Y, como dejé escrito en otro sitio, *sin poderlo evitar, pasamos.*

Nuestra común amiga Marga sigue languideciendo en su castillo, rodeada de belleza, de cultura... y de la muerte que se le aproxima lentamente. Quizás debería escribirle en este mismo sentido que hago ahora contigo. O quizás ello sería demasiado cruel.

Recuerdo las cartas de Séneca a su pupilo, en las que abjuraba de la vida, y afirmaba la relatividad de todo lo existente, y la necesaria aceptación de la propia muerte... Hasta que en una de sus misivas –hermosa traducción de María Zambrano– le dice: y sin embargo hoy me he sentido un poco mal, y ello me lleva a preocuparme...

En definitiva lo que trato de decirte es que el intelectual reflexiona siempre sobre la muerte, y generalmente llega a una conclusión tranquilizadora respecto a ella. Pero cuando llega Ella, la muerte, la mujer innombrable, el hueso amarillo, la luz gris, el hueco de la Nada que nos amenaza... Cuando la vemos aproximarse de veras, y no como una mera ficción o una simple idea... las cosas cambian, y tenemos miedo, y sufrimos por la anulación de ese pequeño y minúsculo propio *yo* a que me refería al principio, porque ese *yo* del que desconfiamos es, en definitiva, lo único que nos permite el asidero con la belleza de todo lo que existe alrededor. Y, si bien es cierto que nuestro propio *yo* es un instante minúsculo, prescindible y efímero, es *nuestro* instante minúsculo, prescindible y efímero... nuestra única tabla de salvación respecto a la Nada.

Nos veremos en casa de Marga y me cuentas.

Un muy fuerte abrazo de tu amiga Irene."

44. *Marga*

"Querida Inés: Me siento melancólica mientras escucho *Un réquiem alemán* de Brahms. Hay mil maneras de tocar a Brahms y, como en todos los grandes compositores, cada una de ella aporta un nuevo matiz, un nuevo sentido a una obra original, a una música que nada tiene que ver con las formas de otras músicas, que se alimenta de sí misma, que bebe de sí misma.

Siempre Brahms, tenías razón, el compositor más profundo, más complejo, más intenso, más lírico, más apasionado, más vanguardista: música de crisis en su tormentoso universo interior...

Escucho la versión del gran Bruno Walter con la Orquesta Filarmónica de Nueva York y el Coro de Westminster dirigido por John Finley Williamson, y no dejan de venir a mi memoria tantos recuerdos mientras suena este hermoso réquiem.

Pienso en mi próximo final, y en que me gustaría irme antes con un recuerdo humano de todos mis amigos. Por ello os he convocado en mi casa asturiana de Llanes, que será un hermoso recinto para mi despedida. Os enviaré un plano para que accedáis en coche.

Y pienso que a veces podríamos haber escrito, cualquiera de nosotras, aquellos pensamientos profundos, definitivos, claves, que se nos vienen a la cabeza como si constituyeran la definitiva y única interpretación del mundo. Pero esos pensamientos se van, los olvidamos, y entonces comprendemos que, sencillamente, quizás no merece la pena, porque quizás el mundo no posee ninguna interpretación.

Espero que vengáis a esta fiesta mía de despedida como un último homenaje a tantos mundos vividos en común, a tantas experiencias sentidas desde nuestra juventud, en *el tiempo de las cerezas* –como dice la canción.

Es curioso: cuando lo tienes todo, cuando alcanzas la riqueza, la estabilidad, la armonía, la belleza que siempre has perseguido... cuando se logra el éxito, entonces la vida te lo quita.

Seguramente es lo que nos ocurrirá a todos. Porque al final lo único que podemos hacer es esto: dar una última fiesta a la Muerte. Un abrazo. Marga."

45. *Inés*

"Querida Irene: Hay un recuerdo que viene siempre a mi memoria.

Yo era una chica tímida en el colegio. Las redacciones de bachillerato trataba de hacerlas de acuerdo con los módulos habituales, y por tanto no destacaba.

Hubo una noche especial que nunca olvidaré. Me pidieron realizar, con todo el grupo, una redacción sobre la vida rural. Y entonces me tocaron las musas. Decidí escribir con el alma, con el corazón y con la mente, y con toda mi sofocada, tímida, adolescente personalidad. Decidí actuar con autenticidad y con fuerza. Y las palabras salieron de mi pluma de modo apasionado, evocando mundos de la hermosa Sierra Morena de Córdoba con un lirismo personal, incipiente, infantil si se quiere, pero de hondo sentido. Transmití en fin mi emoción en el texto: quizás a esto se reduce la literatura.

La profesora se quedó fascinada por mi redacción. Me llamaron al patio del colegio y, desde el balcón al que solo accedía el profesorado, divulgaron mi nombre y mis méritos, con todas las alumnas reunidas abajo. No perdí la timidez, pero comprendí que aquella era la vía.

Poco después volví a sentir la misma pulsión espiritual durante el premio de redacción de Coca-Cola, verdaderamente importante en la localidad. El premio lo ganó una chica cuyo padre ostentaba un importante cargo político. Pero el segundo premio, el que cantara Cervantes, me lo dieron a mí.

Por otro lado debo de confesarte que, frente a la vulgaridad ambiente de los chicos y chicas de posición que me rodeaban, siempre me sentí un poco *rara.* Hasta que con el tiempo descubrí una pléyade admirable de personas igualmente raras: la gente del mundo del arte y la cultura. Ello no me hace abandonar la proximidad a las personas sencillas del pueblo, que tienen un corazón y a veces una cul-

tura natural superior a las de otras gentes aparentemente formadas. Pero la cultura para mí es la verdadera clave del desarrollo de nuestra personalidad individual y por ende, si se quiere generalizar, del desarrollo de los pueblos.

Pienso que esta es la senda verdadera: hacer caso del propio espíritu, ser fiel al corazón, y luego utilizar la mente para consolidar el fruto de esos pensamientos y sentimientos y adaptarlos a un futuro lector.

Pero sin esa autenticidad, sin esa fuerza divina que late en nuestra alma, sin ese modo propio, esa raíz de nuestra personalidad... sin esa manera de ser auténticos, no puede surgir el talento. Y a veces, aunque se tenga ese talento, hay quien lo vende, o lo alquila al mejor postor, o vive al margen del mismo. Es un problema que va más allá de la coherencia al respecto, porque a la hora de la verdad, en la hora de la verdad, lo que realmente importa es ser fiel a uno mismo, hacer surgir del propio interior ese espíritu que nos es propio y que nos habita, y comunicarlo al exterior, venciendo el pudor.

Por esto creo que el arte consiste en ese momento, en ese instante mágico, especial, diferente, en el que sabemos y comprendemos, en el que tenemos la intuición precisa y clara de lo que queremos y podemos decir. Y somos conscientes de que la nuestra es la verdadera, la única Palabra, la que surge prístina y clara desde nuestro interior.

Y sin embargo al mismo tiempo me surge otra idea opuesta, porque tengo patente que es evidente la perfección técnica en el arte del cine en el siglo XXI, de la música clásica en sus interpretaciones, incluso de la literatura –la eficacia narrativa de un argumento que capta al lector desde la primera a la última página.

Quizás haya que ser un poco más humildes, y concebir la obra de arte como algo menos ambicioso, menos total. Probablemente la esencia del arte es tan solo la transmisión de un sentimiento estético, capaz de alcanzar mil formas diferentes y todas válidas. Tal vez haya que incorporar a la obra de arte a la masa democratizada, aunque esto

haga de dicha obra de arte un producto más cotidiano... Tal vez...

Por ello soy consciente de que una concepción excesivamente sublime del arte constituye una insoportable arrogancia que la verdad de la vida, la realidad, puede hacer fracasar. Y creo que en verdad hay que ser más modestos, y tratar de expresar tan solo ese Pequeño Sentimiento de que hablaba Rilke: hacer una pequeña obra que recoja la máxima autenticidad personal, independientemente de sus aciertos.

En fin... Recuerdos, recuerdos... Nos hacemos mayores, amiga Irene, pero los recuerdos sostienen nuestras vidas, y nos muestran la diferencia que hay entre nuestra juventud, incluso nuestra infancia, y la de estos tiempos modernos. ¿Estamos ya fuera de combate? ¿Hemos perdido la pulsión del tiempo, somos un ancla del pasado? No estoy muy segura. Nuestra época tuvo su grandeza y su miseria, como todas las épocas. Pero quizás fue, en cierto sentido, más hermosa y más humana. En ella una crisis económica tan brutal como la que vivimos ahora, no se hubiera producido o al menos no se habría extendido de este modo. Creo que la antigua Comunidad Económica Europea, mercantil pero en cierto modo filantrópica, no hubiera permitido la dramática situación en que se han encontrado otros países de su organización. Un fuerte abrazo. Inés."

46. *Irene*

"Querida Inés: Efectivamente, como decías, hay que elegir entre escribir una obra de arte o escribir para que se difunda con *éxito* tu texto.

Quizás en ello estriba el tema de la autenticidad que tanto te gusta. Me parece tan ridículo como a ti que se quiera obtener dinero con el arte. Para esto mejor entrar en el mundo de la empresa.

¿Qué quieres que te diga no obstante del éxito? Que comprendo a Rowling o a Pérez-Reverte. Es hermoso obtener dinero y fama gracias a lo que más te gusta hacer, y a lo que te define más profundamente como artista de amplio espíritu.

En el mundo del arte en muchas ocasiones predomina el interés, y observo cómo triunfan los trepas, los oportunistas, los arribistas, los aprovechados, los que hacen favores para obtener favores en mercadería vulgar y sucia. Y sin embargo, tú sabes que el artista puro no existe, y si existe a la postre se ve reducido al silencio, a la oscuridad, al desconocimiento absoluto... a no ser que encuentre, como Kafka, un Max Brod que supla su falta de entrenamiento en el proceloso océano del mercado del arte. El interés...

Creo que cuando nos veamos en casa de Marga podremos hablar despacio, con ese desinterés maravilloso que crea la auténtica, platónica, pura amistad, de la que sabemos tanto las mujeres, y de la que saben tanto también los adolescentes. Quizás porque en el fondo las mujeres no dejamos nunca de ser precisamente eso: un poco adolescentes. Un fuerte abrazo. Irene."

47. *Marga*

"Querida Inés: No eches de menos la fama. Efectivamente -como decía Irene- la fama es compromiso, cesión de derechos, intercambio de favores... y la lata empedernida de tener que hacer tantas cosas absurdas y nada apetecibles. Es más inteligente lo que tú haces: huir de ella y tan solo promocionarte con cada libro lo suficiente para que se pueda publicar el siguiente.

Por otro lado me da la impresión de que los escritores somos tan solo una mente que genera ideas, y que vive por encima del flujo de la realidad, que se nos escapa como el agua entre las manos.

Todo pasa, me digo, y del mismo modo que los acontecimientos negativos pasan y basta esperar a que fluyan, los positivos son almacenados en nuestra memoria aportándonos la única dosis de felicidad que somos capaces de recibir, para poder seguir con el decurso habitual de nuestra vida. Una vida, la de la escritora o escritor que, salvo casos de bohemia empedernida, es a fin de cuentas aburrida, tediosa y monótona -la a veces hermosa rutina...-, como corresponde a quien fabrica un texto, y a quien se convierte en procesador informático de esos textos: somos por tanto nada más que ese texto; somos nada más que ese artefacto humano, lleno de vulnerabilidad humana, que genera esas ideas y esos textos...

Por ello creo que nuestro pensamiento flota por encima de la realidad sin conectar tantas veces con ella. Y creo que así nos moriremos: como se muere una idea, como se agosta un pensamiento, como desaparece una flor.

Un fuerte abrazo de tu amiga Marga."

IX. EL VACÍO

"Et regarde, en dehors de ton propre martyre,
Le grand néant, si c'est le néant qui t'attire!".

VÍCTOR HUGO, "A celle qui est restée en France", *Les Contemplations.*

"O puits du vertige éternel!".

VÍCTOR HUGO, "Les luttes et les rêves", *Les Contemplations.*

48. *César*

"Estoy de acuerdo. Vienen tiempos de cambio.

Pero soy más optimista que vosotras: tal vez, pese a la crisis actual, si no hay una regresión hacia posturas ideológicas autoritarias, vuestros hijos vivirán una etapa de esplendor y florecimiento, en donde la paz dará lugar a la expansión de la libertad y, en definitiva, a una nueva revolución industrial en donde Europa podrá aportar su sabiduría de siglos y toda su cultura. Para salir de la oscuridad hay que pensar en la luz, ser optimistas al mismo tiempo que se trabaja en ello.

La cultura es el futuro, amiga Inés, y nosotros (¿vosotras?) tenemos la llave.

¿Qué nos deparará el futuro?: quizás algo tan simple y tan claro como el Fin de la Impostura...

Seguiremos hablando en casa de Marga. Tengo grandes deseos de llegar a ese paraíso asturiano. Un fuerte abrazo y hasta pronto. César."

49. *Inés*

"¿Debe basarse la narrativa en una *ficción*, que derive hacia un punto de evocación *ficticia* de la realidad? ¿Deben enmascararse los sentimientos del autor en el ámbito del desarrollo de una historia más o menos creíble, pero siempre *literaria, fingida*?

En Cervantes, más allá de esa *ficción*, descubrimos la *verdad auténtica y humana* de unos personajes. Puede que sean *imaginarios*, pero a la postre son *verdad*, y como verdad los vemos discurrir ante nuestra mente, evolucionando en el ámbito de un espacio literario que nos evoca una realidad, por muy fingida que se quiera, siempre eficazmente dibujada. Como si la realidad que erige la obra literaria, por muy ficticia que sea, siempre sea eso: *realidad, verdad.*

Es por ello que los personajes de Don Quijote y Sancho se agrandan en nuestra mente, y parecen más realmente existentes que si los estuviéramos contemplando en persona. Aunque sean imaginarios, los entendemos como gigantes creados en nuestro propio cerebro por el arte del narrador. Y los creemos vivos, aunque solo vivan en nuestra imaginación, porque lo imaginario puede convertirse en *sueño*, y lo que soñamos se convierte en un tipo de *realidad intemporal e intangible*, que sin embargo es contundente y veraz, con un sentido y una pervivencia mayor que la propia *realidad*, ya que esta camina, de un modo o de otro –lee el prólogo de Ramón Gómez de la Serna a su *El hombre perdido*– hacia la *irrealidad*, al desaparecer en el tiempo, mientras que la *realidad imaginada e imaginaria* de los personajes literarios va mucho más allá y se hace *eterna* en cada una de las mentes de los lectores de todas las épocas futuras y sucesivas.

Es así más perdurable lo soñado que la propia realidad que nos rodea, insisto: porque esta camina hacia la caduca irrealidad por ser contingente.

Entonces me pregunto: si vemos que la filosofía actual ha desmitificado y desmontado los aparatos artificiales, generalmente engañosos, de los modelos metafísicos que han regido la cultura de todas las épocas: ¿cabe erigir una obra literaria, una novela que sea pura y sencilla expresión de sentimientos, sin máscaras, sin personajes ficticios, casi sin argumento? ¿Acaso no es esto, me atrevo a afirmar, lo que desea el lector actual: una obra sin artificio literario, que sea puro sentimiento, pura emoción?

Esto es en definitiva lo que os proponía que hiciéramos con nuestros mensajes cruzados. Porque creo que en el género epistolar es donde más fácilmente pueden exponerse estos sentimientos. Y de manera mucho más auténtica y sincera que en las autobiografías estereotipadas y en las biografías falseadas... Incluso mucho más que en los diarios, que tantas veces son disfraces pensados para un lector.

La literatura, en este caso la novela, deja de ser así un conjunto de palabras que constituyen un volumen impreso -con sus falacias, mentiras y fingimientos-, y se muestra como fundamento de la *emoción* que se quiere transmitir, que es la misma que surgió en el corazón y la mente del escritor: la pureza inmaculada de la inteligencia de los sentimientos y los afectos, el valor del universo connotativo e intuitivo, el sentir desnudo y puro, asociado y abrazado a las ideas y personajes que surgirán reales simultáneamente en la mente del autor y del lector.

Un muy fuerte abrazo de vuestra amiga. Inés".

50. *Inés*

"Amiga Irene: A veces reniego de la literatura...

En todo caso la verdad es que la soledad del artista le permite vivir en una burbuja maravillosa. Ella, por muy vinculado que se encuentre necesariamente a la realidad que va a reflejar en sus obras, justifica en definitiva la dedicación al universo de las ideas.

Lo que ocurre es que lo que debería ser el mundo más hermoso de todos los mundos posibles, se convierte en muchas ocasiones en campo abonado por las miserias que todos los humanos, en un sentido o en otro, tenemos siempre a espaldas.

Supongo que me comprendes. Supongo que me comprenden. Un abrazo de tu amiga Inés."

51. *Marga*

"He estado pensando, amiga Inés, en tus palabras.

No quiero que te ofendas conmigo, pero: ¿tú crees de verdad que al público lector del siglo XXI le importa un carajo la autenticidad del arte, la verdad de los sentimientos, la creación pura, la consecución de la Idea, el arte trascendente de Belleza metafísica...?

En un universo marcado por el hedonismo y la ficción de realidad, que es lo que ha aportado la sociedad de consumo: una sociedad cerrada a cualquier consideración espiritual que supere, como te digo, la ficción de la felicidad inmediata, aunque sea a costa de masacrar el planeta, de agotar todos sus recursos, de dilapidar la energía, de esclavizar a quien haga falta para conseguir unos precios bajos en origen que se disparan en destino...

En una sociedad ajena a cualquier consideración moral que no sea la del propio placer inmediato, sin atisbo alguno de percepción de lo que podemos legar en el planeta y en esa misma sociedad a nuestros descendientes... ¿Crees tú, como te digo, que a alguien le importan un bledo las teorías de arte auténtico que aprendiste en Rilke?

Ese público lo único que busca es la sensación de placer: el arte como simple entretenimiento del que se prescinde inmediatamente para olvidarlo; el arte como espectáculo, mejor si va unido a alguna forma de escándalo, algo que le saque de la rutina, que le haga olvidar su vida gris y monótona. Si tienen que elegir entre el arte auténtico y el arte como espectáculo, puedo decirte ya en qué va a consistir su decisión.

Por ello lo único que nos queda a los artistas es adaptarnos a esta mentalidad que, como tú muy bien dices, deriva de los conceptos hedonistas y pragmáticos propios del mundo anglosajón, que es quien ganó la guerra y quien controla la ideología y la política.

¿La alternativa?: o rendirte al mercado convirtiéndote en su esclava, en la menor medida posible; o intentar convertirte en una autora de culto, ignorada en su época y seguramente en la posteridad.

Por ello lo único que nos cabe hacer, o al menos eso es lo que yo pretendo, es cerrar los ojos y hacer un arte que nos dé dinero; solamente eso, dinero, y si se quiere efímera fama.

Picasso lo supo muy bien: fue un gran pintor, y un magnífico escultor de fuerza seminal, que basó su obra en la representación del sexo. Añadió a una décima parte de su arte puro, nueve restantes de grafitis en los que se burla de una sociedad que sacraliza estúpidamente su obra, y a la que simplemente se dedicó a sacarle el dinero que le permitiera vivir como un aristócrata antiguo en la Costa Azul. Si bien es cierto que en toda su obra siempre existe el trasfondo de su poderosa e innegable personalidad, su concepto de la línea y de la forma... Pero Picasso supo tener la inteligencia de seducir al gran público y, al mismo tiempo que producía una obra original, hacer dinero con el arte...

Por ello, y acabo amiga Inés, lo único que nos cabe a los artistas del siglo XXI, es intentar sobrevivir con una sonrisa burlona en este Tiempo de la Impostura. Un fuerte abrazo de tu amiga Marga."

52. *Inés*

"Querida Marga: Tal vez tengas razón con tu abierta sinceridad. Pero siempre nos quedará la soledad maravillosa del acto creador, y por tanto lo vivido, lo sentido, lo amado. También esos determinados, mágicos momentos que nunca olvidaremos en vida, y cuyo recuerdo nos llevaremos en común con nosotras.

Creo que hace falta concienciar a las generaciones jóvenes en una nueva forma de rebeldía. Y no hay mayor rebeldía que la expansión de la cultura como forma de encarar las dificultades y los sucesos de la vida. La cultura enriquece la vida. La cultura sacia el espíritu insaciable. La cultura nos hará libres.

No te escribo más, amiga Marga, porque nos veremos pronto.

Tengamos confianza en el futuro, en la sed de cultura de la gente joven inteligente. Confiemos en la cultura por la que sacrificamos nuestra vida y encontramos nuestra vida.

Hasta pronto, con el abrazo de Inés."

53. *Alejandro*

"Amiga Marga: Cuando la soledad te muestra su rostro es cuando descubres el abismo que subyace a la vida y su auténtico espanto. Es quizás lo que los existencialistas llamaron *Angst*, *angustia*, aunque en ellos tuviera algo de elemento prefabricado para inquietarnos con preguntas que no llevaban a ningún sitio, y que buscaba -como decíais de toda metafísica- la sojuzgación implícita.

Como hace Inés, solo respeto de los existencialistas su concepto de *autenticidad*, y abjuro tanto del nihilismo a que aboca, como de la visión beatífica del *Deus ex machina*, en los momentos en que el cristianismo intentó un último modo metafísico de aproximarse a la modernidad.

En cambio la *inquietud*... la terrible, petrificante pregunta azoriniana del *para qué*..., la cuestión de si merece la pena todo lo que nos ha parecido en otro momento que de algún modo merecía la pena...

Te hablo de mis experiencias.

El instante más mágico de mi vida quizás fue aquel en que, antes de separarme de ti, me entregaron por primera vez a nuestra hija Alba, recién nacida, recién salida del útero materno... Lloraba desconsolada y, en cuanto la aproximé a mi hombro, se quedó dormida con una feliz placidez que me hizo pensar en que la vida merecía la pena.

Este vínculo entre padre e hija no desaparece nunca, ni el que existe entre madre e hija o hijo. Y sin embargo, el tiempo nos contamina de malentendidos, nos hace ingresar en una espiral de desencuentros que conducen a la infelicidad, a la negación de esos momentos especiales que quizás solo recordaremos melancólicamente mientras nos emborrachamos en la barra de un perdido bar...

Pienso en todo esto después de haberme acostado con las mujeres más hermosas, las que protagonizaron mis películas... Después de haber amado de todos los modos posibles la vida imposible... Después de haber vivido al límite

hasta donde los límites se desdibujan y se convierten en la peligrosa Nada...

Pienso en todo esto y solo encuentro, entonces, la soledad.

La soledad, amiga Marga, es el tema. Todos estamos solos.

No es la soledad literaria, disfraz de los escritores... No es la soledad deseada donde te encuentras con la Naturaleza, en la que aprecias la belleza del universo... No es la soledad hermosa, la soledad querida... Es la tremenda, la terrible, la irreducible Soledad: la que late tras el armario oscuro de la infancia, la que se encuentra detrás de la puerta negra, la que vibra bajo nuestros pies cuando desaparece la tierra, cuando desaparezcamos bajo la tierra, cuando seamos tan solo eso: tierra, nada más que tierra.

La soledad del hombre ante el universo infinito...

Si la vida es sueño, ojalá podamos soñarla juntos, tener el mismo sueño compartido con alguien.

Deseo muy sinceramente volver a verte y espero que, como me decías, el tema de tu salud del que no me has dado muchos detalles, aboque a un resultado positivo.

Seguro que todo saldrá bien. Hasta pronto. Un abrazo fuerte. Alejandro."

X. ¿SOY YO, O SOY MI SOMBRA?

"Soy la sombra,
el habitante de la sombra
y el soldado que lucha contra la sombra."

LEÓN FELIPE, *Ganarás la luz.*

54.

"Os gustará esta versión maestra de la obra para piano de Brahms."

Marga se sentó en el sofá de piel marfil y se relajó mientras tomaba un sorbo de té. Al fondo, el piano de Julius Katchen llenaba de sonidos la estancia que compartía con Alba y Miguel. Los dos amantes la escuchaban con atención y se tomaban de la mano, dulcemente enamorados.

Miguel era un joven de largos cabellos, alto, barbilampiño. Para él Marga era un mito. Había leído tanto sobre ella, había oído hablar tanto de ella... Sin embargo una era la versión que le daban sus compañeros del mundo de la cultura y otra mucho más cercana, más emotiva, la que le relataba su hija Alba, que le había pedido grabara sus últimos momentos como una especie de homenaje a la madre amada.

Marga estiró las piernas por encima de la mesa china de Canton, lacada en negro con hermosos dibujos dorados:

"En realidad yo ya no soy la que era. Como cantó Moustaki: "rien n'a changé, mais pourtant tout est différent..." Y perdonad la broma.

Yo tuve mi época. Una época en la que escribí mucho sobre nuestra juventud, y alguien pensó que yo podía encarnar todos sus valores, virtudes y atrocidades... Ello me reportó una buena cantidad de dinero en derechos de autora, guiones para películas, televisión... todo lo que ya sabéis. Pero de eso hace mucho tiempo.

De veras: yo no soy la misma persona. En mi época no estaría escuchando el Brahms de Julius Katchen, del Quartetto Italiano o del Beaux Arts Trio.

De mis estancias juveniles en Estados Unidos conservo el recuerdo de la vinculación absoluta entre los músicos del pop local en pequeñas ciudades y sus seguidores, que les llamaban a su domicilio para interesarse por su estado

de salud, para saber si habían salido con suerte del último intento de suicidio...

Sí, la verdad es que aquella fue una época hermosa...".

Marga tomó con deleite otro nuevo trago de té.

Miguel sonrió. Quizás su atuendo en negro, su desgalichado talante, su encanto casi adolescente, derivaban de una mitificación de la época de que Marga le estaba hablando. Y además estaba la proximidad afectiva de su hija Alba. Marga estaba feliz de que ambos jóvenes se entendieran, porque comprendía que ellos representaban el futuro, la prolongación de la especie, la consolidación de una familia. Y sabía que, cuando se hubiera ido, reviviría en ellos y en su descendencia.

Marga miraba por la ventana hacia el verde paisaje.

Al terminar la pieza tocada, Marga tomó un viejo disco de vinilo. Era su adorado Bruno Walter interpretando la *Rapsodia para contralto, coro masculino y orquesta*, y el *Canto del Destino*, de Brahms, con la Orquesta Sinfónica de Columbia, Occidental College Koncert-Choir y Milfred Miller como mezzosoprano...

La Música se elevaba en el aire, erigiendo una escultura inasible, creando un imperceptible espacio de sensaciones que se perdían por las estancias de la casa, apenas rozando sus paredes, subiendo hasta el mismo cielo que parecía gravitar sobre sus cabezas en ese instante mágico en que el Arte se convierte en milagro.

De este modo la música crecía y crecía creando un mágico ambiente divinal. Como si Marga quisiera cautivar con ella al joven periodista de largos cabellos:

"¿Sabes? Tengo la impresión de que los que nos dedicamos de un modo u otro a la cultura constituimos una maravillosa secta para iniciados, cuyo saber y profundidad de conocimientos nunca se agota.

Cuanto más sabes de música, de literatura, de cine, de escultura y pintura... más deseas saber. Es como caer en un pozo sin fondo del que no quieres salir nunca, y en el que deseas permanecer aislada de la vulgaridad ambiente de este mediático y masificado siglo XXI.

Una persona con cultura puede analizar las situaciones sociales, puede reaccionar con su análisis incluso frente a grandes desgracias. Una persona con cultura disfruta de la vejez gozando del arte, en lugar de convertirse en un ser vegetal que solo es capaz de mirar la televisión... La cultura conquistará el mundo: es solo cuestión de tiempo. Y entonces saldrán de sus tumbas todos los jóvenes ávidos de esa cultura, y todos los sabios y artistas deseosos de transmitirla. Entonces se extenderá su modo pacífico y armónico de existencia por todo el universo. Y entonces, quizás solo entonces, la Humanidad habrá realizado, de forma masiva, algo que merezca la pena. Porque la alternativa, el caso contrario... nos lleva a la ignorancia alienada del esclavo, el retorno al hombre de Cromagnon, por muy hábil que este sea con los medios audiovisuales, electrónicos e informáticos."

En ese punto Miguel se atrevió a interrumpir su silencio y le preguntó:

"Tengo curiosidad por saber cómo fue la época que te tocó vivir, el mayo del 68 en París, y las revueltas universitarias de Barcelona, Madrid, Valencia y Sevilla."

Marga estaba ya al margen de todo esto, y apenas tenía interés por que se supieran sus pensamientos sobre un tiempo que ya había pasado, que ya había muerto, como ella pronto habría pasado y habría muerto, como todas las etapas futuras y sucesivas de la Historia de los pueblos.

¿De qué servía entonces jalonar el presente fugitivo de cada instante de esa Historia con textos literarios, con obras de arte? Quizás la única justificación se encontrara en la satisfacción espiritual de los artistas que luchaban con ese reto de la propia obra, como si trataran de concitar a un fantasma, apresar una sombra fugitiva... Y saber que quizás, mucho más tarde, habría un espectador o un lector, como Miguel y Alba, que se emocionarían con esa obra de arte de la misma manera con que fue creada, con la misma emoción con que fue creada.

Marga miró los ojos glaucos del joven. Sí, eran amarillos, como los de un león. Estaba allí expectante, ansiando

que le contestara, como si en definitiva ella le fuera a confiar un secreto del que él sería el único testigo, y que divulgaría al exterior más tarde...

A Marga le conmovió su interés, porque parecía sincero.

"Cuando se celebró el aniversario de mayo del 68 leerías en la prensa muchas versiones de lo sucedido: la de Fernando Savater, para quien ese mayo inició la caída del muro de Berlin... una hermosa idea pero falsa, porque hubo demasiado tiempo entre un hecho y otro; y la curiosa de Antonio Muñoz Molina, quien recogió que los escritores que habían huido del telón de acero y sus barbaridades, se encontraron admirados de que los jóvenes revolucionarios franceses agitaran en sus manos el libro rojo de Mao o pretendieran instaurar el atroz régimen soviético del que ellos habían escapado con riesgo de sus vidas...

Supongo que habéis visto el filme *La vida de los otros*... La realidad de las cosas no es de color azul en ninguno de los mundos posibles aunque, puestos a optar, nosotros lo hayamos hecho por el capitalismo occidental que buscamos humanizar...

Y sin embargo sí creo que nos haría falta algo de la ingenua ilusión de los jóvenes de mayo para mejorar este universo nuestro, dominado por las multinacionales de quienes algunos políticos son a veces meros servidores en busca de un sueldo para cuando les llegue el retiro...".

Marga miró por la ventana. El joven la contemplaba fascinado, como si a pesar de su edad aún pudiera transmitirle algo de su vitalidad especial, de su temperamento. Y Alba, a su lado, estaba feliz de poder compartir aquel momento con los dos.

"Para mí esa fue una época hermosa. En España la vivimos de otro modo... Tomar contacto con la libertad del resto del mundo occidental, a pesar de su puritanismo postbélico, nos llenaba de oxígeno. Por eso cada viaje al exterior era una increíble aventura hacia lo desconocido...".

Marga miraba por la ventana el jardín con las altas encinas, y el periodista creyó distinguir en sus ojos un brillo de soñadora melancolía y añoranza.

"Pero la generación de mayo, si hubiera llegado a triunfar, hubiera conducido al caos, a la anarquía absoluta... Quizás era lo que pretendían los soviéticos y los chinos: siempre me he preguntado si ellos financiaron las revueltas, aunque no fueran conscientes ni previeran el alcance que estas iban a tener, y que les podía afectar de rechazo...

En el verano de 1975 tuve una deliciosa estancia en Ohio State University, en la ciudad de Columbus, en el estado norteamericano de Ohio. Allí comprendí el espíritu de los pioneros americanos, su rudeza tanto como sus valores humanos. Pero los estudiantes me contaron los graves disturbios del 4 de mayo del año 1970 en la Universidad cercana de Kent State: se tuvo que recurrir a la Guardia Nacional, que los dispersó. Hubo cuatro estudiantes muertos. En el verano del año en que yo estuve, de todo aquello, entre los jóvenes universitarios, solo quedaban las noches de marihuana y la música. Aunque Neil Young cantara aquellos hechos, la verdad es que el universo burgués se impuso, y con ello el olvido."

Marga se detuvo de nuevo y contempló a su interlocutor, atento a sus palabras.

"Puedo asegurarte de todos modos que fue una época hermosa, con todos sus inconvenientes. Aunque si la generación hippy hubiera triunfado, se hubiera demolido el trabajo -que es el pilar de la sociedad- y las drogas se hubieran generalizado aún más entre la juventud -que es el otro pilar de la sociedad...-: la destrucción del mundo occidental se hubiera consumado. Pienso si en el fondo, con toda su idealizada belleza, la contracultura americana no era sino una estupidez.

Quizás todas las épocas de la juventud han sido hermosas, pero de veras la nuestra fue intensa, con todos sus errores, con toda su ingenua fe en los destructivos paraísos artificiales, en los gurús fanáticos de apariencia pacifista que solo buscaban dinero, en las letras de apariencia pro-

fética -casi bíblica- de los cantantes... Al final, Lennon lo cantó muy bien: "I don't believe in Elvis,/ I don't believe in Zimmermann / I don't believe in God,/ .../ I just believe in me...". ¿Sabes a lo que me refiero? ¿Conoces la canción...? Pero luego la han utilizado para un anuncio televisivo de coches... Todo un síntoma... ¿Quieres más té?".

El muchacho sonreía ahora. Y ello animó a Marga a continuar:

"¿En España? En España siempre ha sido todo más ideológico, como en Francia más social y en Estados Unidos más, diría, cuasi-religioso -hasta en la protesta izquierdista de su música folk y los spirituals-... Las revoluciones románticas en esos tres países han tenido esas características que las han definido.

Todo esto me evoca aquellas reuniones en la época de Franco, con las visitas de la policía secreta buscando panfletos impresos en imprentas clandestinas, y cuya posesión podía llevarte a la cárcel.

Me acuerdo de que no había oportunidad para que ningún profesor diera una clase, y sin embargo todos y todas asistíamos en estricto silencio a las reuniones, a las asambleas universitarias donde algún joven como tú, con largos cabellos y chaqueta de cuero, cuando le tocaba hablar, pensaba, volvía a pensar, y al final decía una frase mágica como: "La acción por la acción no tiene sentido". Se sentaba y se callaba. Y todos aplaudíamos, aunque lo que hubiera dicho no fuera sino una soberbia, absoluta, total obviedad y estupidez... Buscábamos los mitos, los líderes, los iconos sagrados... Una especie de mesías laicista que nos marcara el camino...

Éramos verdaderamente ingenuos, ¿no os parece? Y sin embargo, con todos sus defectos, la verdad es que los tiempos cambiaron, como decía la canción. ¡Vaya si cambiaron...! Empezando por las conductas sexuales, que son siempre una pauta y un indicativo de la libertad de una sociedad...

Yo creo que lo que conseguimos fue anular el puritanismo de la sociedad de la postguerra mundial. Y encima detener la guerra de Vietnam... ¿Os parece poco?

Aunque es verdad que hubo muchas personas que lo pagaron bien caro, incluso con su vida, porque fue una época excesiva...

Veo de todos modos que estáis interesados. Cuando lleguen pronto Inés e Irene obtendréis otros puntos de vista para vuestra propio concepto de lo sucedido. Ellas dos son muy diferentes entre sí: Inés es una madre de familia, e Irene añora aún, en su soledad, la contestación al *stablishment.*

Supongo que Miguel solo quiere escribir un artículo sobre mayo del 68... Pero quizás podría convertirse en libro... ¿Aceptas la invitación?".

55.

Inés había conducido su coche con tranquilidad, demorando el viaje y la llegada a la casa de Marga. Viajaba con Ángel, Irene, Óscar y César, todos juntos en silencio, recordando tantas cosas, tantos momentos de ese mágico silencio, y tantas conversaciones e intimidades compartidas.

El entresijo de las carreteras secundarias, que conducían hasta la casa solariega de su amiga, se había convertido casi en un fin en sí mismo, como el diseño de un laberinto que aportara una dificultad conscientemente perseguida para acceder a la vivienda, escondida, como la intimidad de la artista, en el más escrupuloso secreto.

Asturias verde, Asturias melancólica, como las lágrimas de la lluvia cayendo sobre sus campos limpios de broza, cultivados, arreglados con mimo y cuidado por habitantes alegres, con la alegría nostálgica de la sidra y las manzanas.

Asturias ofreciendo su belleza, impoluta todavía, a los ojos admirados del viajero, que contemplaba cómo daban los acantilados a un azulado mar lleno de espuma bravía, fundido con la vegetación que rodeaba a sus montes inalcanzables, como inalcanzable es la belleza, como lo es el camino que conduce a un final que no deseamos, el de la propia vida, el de la propia muerte.

Marga había llamado a Inés y le había confesado que tenía un cáncer avanzado e incurable, aunque todavía conservaba intactas sus facultades mentales y físicas. La muerte, le dijo, se aproximaba lentamente. Y había elegido para enfrentarse a ella el refugio en aquella de sus posesiones que más amaba y en la que más feliz había sido: una casa solariega en la zona de Llanes, entre verdes montes y el mar azul en la lejanía próxima. Una casa que había reconstruido y decorado con mimo después de la separación de Alejandro, con quien aún mantenía una relación de platónica amistad.

Marga era aún interiormente joven a sus cincuenta y tres años, y conservaba la belleza y el atractivo con aura de las personas que poseen un espíritu delicado. A ello se añadía su visión positiva de la vida, de pleno optimismo, que hacía que todos y todas a su alrededor se enamoraran de su temperamento y la quisieran.

Le contó que había decidido hacer una fiesta póstuma, como las que concitaban los antiguos clásicos paganos, en una especie de celebración de la propia muerte. Para esa fiesta trataría de reunir a todas las personas que para ella habían significado algo en su vida, que tocaba a su fin en breve.

Inés comprendió que aquella fiesta constituía un último homenaje a una de sus mejores amigas, cuyos secretos nadie conocía sino Irene y ella. Recordar a Marga era recordar los años de juventud en una dorada Valencia llena de vida y alegría mediterránea. Y concitaron a todo el grupo de amigos y amigas para reunirse en aquella casa.

Pensaba en esto mientras el coche seguía deambulando por pequeños caminos rodeados de verde vegetación. Pensaba en su juventud, en la deliciosa cantidad de recuerdos que esa época maravillosa de la vida ofrece a toda persona, más aún si ha podido disfrutar de la rebeldía propia de esos años, verdes años, como el verde paisaje que la rodeaba y en el que se iban sumiendo, en el laberinto de caminos rurales que trataban de desentrañar con el mapa que Marga le había hecho llegar por correo electrónico.

El sol mientras tanto iba declinando. Allá a lo lejos podían divisarse sus últimas luces, con el fondo de las últimas canciones de Richard Strauss.

El mar se iba, en la lejanía, tornando más oscuro. Y la noche iba cerrando los caminos que recorrían, como si el viaje que estaban emprendiendo fuera el último y definitivo, como el de Marga y Richard Strauss. El viaje del que nunca se vuelve. El que se hace a una isla sin retorno. La isla en la que las luces de la noche se convierten en la única, absoluta, eterna compañía.

56.

Miguel iba sintiéndose fascinado por el personaje de Marga. Trataba de mitigar con su interés la tristeza y el sufrimiento de Alba.

Marga disfrutaba prestándole hospitalidad y, atenta a todo lo que fuera belleza e inquietud, disfrutaba con su compañía.

De este modo las tardes transcurrían plácidas y serenas, entre conversaciones que el joven grababa con interés. Marga tenía sintonía con el muchacho, por el amor que profesaba a su querida hija Alba.

Marga quería contrastar su visión del mundo con la del joven de largos cabellos rubios, que la escuchaba entre el embeleso más o menos fingido y la ironía.

Le había contado al chico que en este momento estaban concluyendo todos los amigos una nueva novela, que sería la última de su carrera. Constituiría un símbolo de la evolución ideológica y social que se había dado desde los años de su juventud hasta la situación actual y, al mismo tiempo, también una reflexión sobre el éxito, sobre sus esclavitudes, prebendas, ventajas y carencias.

"Nuestra novela, *Éxito*, –le decía Marga– se va construyendo como fluye un río, por sí sola. No habrá en ella apenas descripciones, tan solo la soledad de los pensamientos de los personajes en su propia alma, tan solo sus diálogos y reflexiones. La novela habrá acabado cuando acabe la vida de estos personajes, que tendrán vida en sí, más allá de las páginas del texto... Y se mostrará al lector a través de la sencillez imprevista e intuida de una estructura ausente, en la que se filtrará la realidad de nuestra existencia y nuestros anhelos.

No será una obra que pretenda la genialidad ni la originalidad... Será un reflejo de la propia mente de los protagonistas, que enfrentarán entre sí sus distintas sensibilidades. No sé aún si será una obra banal, pero quiero que sea

sencilla y transparente como las aguas de un río: *la transparencia es todo cuanto queda*, como escribió Octavio Paz desde la India."

Marga miraba moverse las hojas verdes de los altos árboles por la ventana. Adoraba el viento que los hacía danzar, poblando el jardín de mil sensaciones y colores distintos. Y entonces se daba cuenta de que verdaderamente la Naturaleza respiraba viva, y la percibía en toda su completitud.

En ese momento se sentía melancólica, y pensaba que la melancolía, con el dolor y el amor -que van unidos- eran la fuente del Arte:

"¿Sabes, amigo Miguel? Siempre he creído que los escritores, y en general todos los artistas, necesitan de la leyenda para ser captados, para que el público se enamore de ellos, aunque sea de una imagen ficticia. Pero si la leyenda -que surge de la biografía y luego del trabajo de los críticos- es imprescindible para amar a un autor, es cierto que muchos de estos autores son solo eso: pura leyenda, pura imagen que no se corresponde con el posible valor de sus textos y sus obras.

¿Genialidad o banalidad? En realidad me pregunto: ¿existe el genio?

Creo absolutamente que no. Byron, por ejemplo, escribió abrumadores poemas, larguísimos. Shelley cayó, como todos los románticos, en el mismo exceso. Pero ambos fueron capaces de sacudir a la sociedad puritana de la época y, al unirse la originalidad y belleza de sus versos con una situación sociológica favorable -la evolución del pensamiento hacia el empirismo y ateísmo desde la filosofía de Berkeley y Hume, que superaba la moral imperante en la vieja Inglaterra-, se convirtieron en iconos... personajes más valorados por su belleza física y por lo que simbolizaban que por la eficacia de su literatura que, con su biografía y actitud de rebeldía, se convirtió en gesta. Fueron grandes.

Algo semejante ocurrió en Estados Unidos con el excesivo Whitman y sus largas enumeraciones de base bíblica

–los salmos–. Y sin embargo la magia fascinante y magnética de Poe es superior, admirable, perfecta. Un ejemplo de cómo hacer literatura para el gran público, pero con la calidad que solo un pensamiento imantado por la ultimidad de la existencia puede transmitir.

Entonces, ¿y el éxito? ¿Debe perseguirse el éxito y el dinero? El dinero debe poseerse en la cantidad adecuada para vivir sin sobresaltos y con una cierta comodidad... pero cuando es excesivo se convierte en una pesada y abrumadora carga."

Marga detuvo sus razonamientos apurando la taza, sin perder de vista la danza de las hojas de los árboles movidos por el viento, en perfecto canto a la primavera.

Miguel sonreía con escepticismo, quizás porque aún era un joven periodista con ambiciones.

"¿El genio? El genio es la inspiración, y la inteligencia para materializarla aplicada al trabajo", le dijo Marga.

Pero el joven respondió:

"No estoy del todo de acuerdo contigo. En algunos de vuestros mensajes electrónicos, sobre todo en los de Inés, veo un punto de ostentación vanidosa en el concepto del arte, como si el único puro fuera el que vosotras practicáis. Y posiblemente haya cierta forma retrógrada de autoafirmación de vuestro propio sentido del arte, frente a la manera que nuestra generación tiene de entenderlo. En todo caso el cambio, la modernidad, es imposible que se detenga. Es como si en determinado momento, con la aparición de la imprenta en el Renacimiento, los monjes hubieran querido, en un postrer homenaje al tiempo que se iba, aferrarse a la difusión de manuscritos de copistas. El tiempo no se puede parar, y los cambios que trae tampoco. Y nuestra generación, con la gran información y comunicación de la red en internet, está transformando el concepto de libro, el concepto de literatura, de editorial, de librerías, de política... En definitiva: el concepto de vida.

Yo estoy sorprendido por vuestra clara percepción de la evolución rápida, gigantesca, que en política y en arte ha introducido el nuevo siglo XXI, pero no creo que haya que

negarse a ella, sino pactar, adaptarse y mejorar con esos cambios. Lo contrario me parece pretencioso, jactancioso y poco modesto. Te lo digo sinceramente, como miembro de la nueva generación que os va a suceder, aunque me resulte enriquecedor entenderos y seguir con detenimiento el hilo de vuestros pensamientos a través de vuestros mensajes...

Pero debo concederte que de la visión que extraigo de los e-mails que os intercambiáis, los tuyos, por su defensa del arte masivo, me parecen los más modernos y actuales."

Marga volvió a sonreír con apreciación ante las palabras del joven y le respondió:

"Sí, quizás todos los que añoran épocas pasadas o tratan de aferrarse a un tiempo que se va, se convierten en patéticas sombras de ese pasado. Quizás sea esta la última realidad de nuestro esfuerzo y nuestro testimonio. Pero creo que necesitábamos confesar la desazón que nos produce el futuro, quizás porque sabemos que ese futuro no nos pertenece a nosotros sino a las personas de vuestra generación, que es la que aguarda...

Ojalá disfrutéis de la libertad en el arte y en la vida, de la que nosotros gozamos en nuestro momento... Ojalá, porque ahora viene *vuestro* momento. Sí, amigo Miguel, quizás tengas razón y debamos ser más humildes... Quizás la autenticidad existe desde diversos puntos de vista.

Quizás el arte puro no existe, y solo existe el arte hecho por el hombre: insatisfactorio e imperfecto en el fondo, como todo lo humano... En todo caso el tiempo que viene, proceloso, distinto, masivo, arrogantemente invasivo, lleno de energía joven, os pertenece. Sí, Miguel, es posible: quizás debemos evitar la exhibición de narcisismo, y ser un poco más humildes...".

Y en este punto se detuvo la conversación, porque desde el jardín de la mansión llegaba el sonido de un automóvil que presumiblemente traía a sus invitados, con los que estaba ansiosa de departir.

"Vas a conocer a mis amigos", le indicó al muchacho, y se aproximó a la ventana con cierta excitación, que despertó la curiosidad del chico.

57. *Ángel*

"Querido amigo Alejandro: Ayer llegamos a la casa de Marga. Fue hermoso ver a las chicas fundirse en un abrazo, entre risas y lágrimas de emoción, nada más bajar del coche.

Estamos ya aquí todos reunidos. Esperamos que estés pronto entre nosotros.

Irene está muy hermosa con sus ojos grises. Se nota que hace ejercicio físico. Prometió ganarle a Inés un partido de tenis, y a primera hora de la mañana estaban jugando en la cancha que hay en la finca.

Las chicas chillaban poniendo su alma en cada golpe. Irene tiene un saque impresionante, y una gran rapidez para subir a la volea. Inés hace un juego más conservador, con golpes fuertes desde el fondo de la pista. Ambas saben que el tenis es un deporte en el que, una vez dominada la técnica para administrar las energías y la eficacia del golpe, que es fundamental, la concentración psíquica, la fortaleza mental y la inteligencia, son de una gran importancia. Ahí tenemos el ejemplo de Rafa Nadal, quizás el deportista con más valores humanos que ha dado el circuito en todas las épocas: una lección de tesón, estrategia, inteligencia, humildad y gallardía humana: sencillo fuera de la pista y un león en ella.

Irene comentaba que era ya el único deporte que practicaba, y con el que verdaderamente disfrutaba.

Inés nos recordó a su vez episodios de juventud, su navegación en pequeños yates de vela, la belleza de las noches estrelladas en las que no se veía alrededor ni una luz, y solo se podía oír el ruido de las olas chocando contra la quilla mientras el barco surcaba las aguas. Era el espectáculo estético más impresionante, donde el alma se unía a la naturaleza en perfecta comunión mística. Allí fue donde yo la conocí por vez primera, en la hermosa y salvaje isla de Menorca.

Las chicas hacía mucho tiempo que no se veían, y recordaban estos momentos. Las tormentas románticas en el mar. Los instantes de peligro, cuando parecía que el mar iba a dominar al hombre, que sin conseguirlo pretendía domesticarlo.

¿Mi mujer, Inés? Ya la conoces desde nuestras aventuras de juventud. Es la más espiritual, la más sencilla. Tiene un aura especial que la rodea y la hace atractiva. Es un alma sensible que goza de los momentos sencillos que le puede ofrecer la vida, con la calma adecuada para paladear todos esos pequeños instantes. Algo que en la profunda crisis que vivimos en nuestra España de 2013 se agradece especialmente: lo que Jorge Guillén expresó en su maravilloso, humano y entrañable *Cántico*: la simple sorpresa de abrir los ojos en la mañana y disfrutar de la existencia de lo real, de la maravilla que se encuentra en la sencillez de lo cotidiano, de la vida.

Inés no interviene en las disputas dialécticas de las otras dos amigas. Simplemente se calla, y parece tomar nota mentalmente de todo lo que ocurre, para extraer luego una conclusión que resulta ser a la postre la palabra definitiva.

En este momento, amigo Alejandro, me acuerdo de nuestras correrías de juventud. Y añoro determinados momentos que hemos pasado juntos, como tú me escribiste en una dedicatoria: *cuando el mundo era primavera.*

Y pienso lo hermosa que es la amistad entre las mujeres. Creo que ellas son las únicas capaces de mantener ese espíritu idealista y platónico, perfecto, en la amistad, de la que hacen algo especial, hermoso, diferente, que se puede mantener eternamente por encima de los intereses mezquinos en que todos caemos con el tiempo.

La sensibilidad de la mujer, amigo Alejandro, me fascina. Es como si no hubieran superado las formas más hermosas y espirituales de la adolescencia. Echo de menos ese momento de nuestras vidas con auténtica envidia, porque cuando ellas hablan de sus pequeñas, cotidianas, minúsculas cosas, lo hacen con tal ternura y emoción, que me hace

pensar en la diferencia con nuestros planteamientos de la existencia. Quizás poseen una percepción más profunda, y unen al sentido común de la vida diaria, una hermosa capacidad de encontrar la belleza que existe en el fondo de la persona y sus sentimientos.

¿Dónde radica entonces la diferencia entre el hombre y la mujer, cuál es la diferencia? En que la mujer puede ser madre, y por tanto crear una vida que lleva dentro de su cuerpo y que se prolonga más adelante en el nuevo ser. Ello la une más a la Naturaleza.

Consigo aquí percibir la diferencia que existe entre el concepto de vida del hombre con la estúpida confrontación y lucha, empleando la fuerza sobre todos los resortes de la existencia, frente a la manera calma y tranquila, abierta a todas las sensaciones y emociones, en el alma femenina.

Voy a tratar de indagar todo ello en estos días en la finca de Marga. Me siento como si fuera un voyeur, como si fuera un curioso mirón, como el personaje mítico que espió a las ninfas bañándose desnudas.

Espero verte pronto con nosotros. Comprenderás que las estancias, literarias, entrañables, llenas de frutos creativos, de los Shelley en casa de Lord Byron y sus amigos, pueden resucitarse en pleno inicio del siglo XXI, rodeados de esta espléndida, hermosa, riquísima naturaleza asturiana.

Recibe un abrazo de tu amigo Ángel."

58. *Ángel*

"Querido Alejandro: Sigo contándote hasta que llegues.

Las mujeres han hecho causa común y César, Óscar, Miguel y yo parecemos estar al margen.

Si te sirve de algo te diré que han hablado de ti, y te esperan, no sé si con curiosidad por saber cómo eres ahora, después de tanto tiempo.

Yo me entretengo en mis observaciones antropológicas del universo femenino. Y aprovecho... para hacer amistad con un gato, que es el más femenino y perceptivo de los animales.

En mi casa tengo una hermosa golden retriever, una perra preciosa -llamada Pispa- que nos regalaron nuestras hijas: alegre, bondadosa, sensible, inteligente, lista: muy próxima al temperamento humano... y al de los gatos... Pero de mi golden te hablaré otro día, porque es otro de nuestros grandes amores...

Verás. Marga me contó que hacía unas semanas llegó a la casa una gata de alta progenie, una siamesa que se había perdido. Llevaba a su cuello colgado un collar de color rojo. Era un hermoso animal de aterciopelado cuerpo castaño y cabeza marrón oscura, como las patas y el rabo. Poseía unos intensos ojos azulados y oscuros, de una gran belleza, y se sentaba con aristocrática elegancia junto a su nueva ama.

Le perdió la pista durante unos días. Era un ser esquivo, que no quería siquiera que le alimentaran, tal vez porque había probado el veneno. Pero una mañana la gata apareció herida. Alguien la había golpeado brutalmente en una pata trasera y ella era casi incapaz de moverse, salvo para ocultarse debajo de los coches del garaje, temerosa, desconfiada. Sus hermosos ojos azulados se habían convertido en ascuas de rencor.

Con paciencia Marga consiguió que se acercara lo suficiente a la casa para darle de comer y ponerle agua fresca a su alcance. En modo alguno quería domesticarla: prefería verla salvaje, independiente, solitaria en su belleza. Marga comprendió que necesitaba ayuda, y la verdad es que este animal la fascinaba.

La gata se ha recuperado. Sigue siendo esquiva y solitaria. El otro día le hizo a Marga un regalo: mató a una enorme rata de las que se cuelan por la hiedra que rodea a la casa, y la trajo hasta la puerta como un obsequio y una demostración de fuerza y agradecimiento.

No nos permite aún que nos acerquemos demasiado a ella, ni nosotros lo queremos, por el motivo que te he contado antes. Nos gusta verla así: enigmática, con su brillante pelaje y sus ojos intensos.

Cuando se le habla, cierra esos ojos como si comprendiera las palabras, y como si recibiera con deleite las vibraciones de afecto, invisibles, que surgen de las frases que le dedicamos con cariño. Nos responde con gemidos que son casi rudimentarios vocablos expresados con cierta musicalidad y mimo, que permiten la comunicación a niveles elementales. Y sin embargo no se ofrece, no se rinde, no se vende. Sigue allí bella y solitaria.

Pienso que quizás estos gatos –también los perros golden– tienen una percepción especial de las vibraciones de que te hablaba. Poseen una especial forma de entender el entorno... Quizás por ello su desconfianza salvaje y amable a un tiempo de todos los humanos.

Solo sé que cuando volvemos a la casa la encontramos esperándonos, distante, altiva, con esa forma peculiar de afecto que tiene su especie. Y nos alegra sentirla en la distancia, saberla agradecida, con un agradecimiento que tantas veces no podemos esperar en ningún caso de la especie humana...

Un abrazo de tu amigo Ángel."

59. *Alejandro*

"Querido Ángel: Me alegra recibir noticias vuestras. Yo estaré con vosotros en breve, en cuanto termine los preliminares del rodaje de una película que estoy produciendo y en la que tengo puestas muchas esperanzas. He invertido demasiado dinero en ella y esto me impide por el momento tener la libertad de acudir a veros, como querría.

Comentando lo que habéis venido escribiendo, yo creo que ninguna otra profesión se vincula tanto a la propia vida como la de quienes nos dedicamos a la obra artística. Esto es a la vez fuente de dicha y gozo, y fuente de tristeza y desánimo, porque a la postre, por mucho que nos empeñemos, siempre los artistas dependemos del favor del público, y ansiamos que nuestra obra perviva, permanezca más allá de nuestra existencia. Y ello, como bien sabes, sea en la literatura o en el cine, es bastante difícil, sobre todo cuando la civilización moderna ha saturado los canales de dicho arte, y la selección de lo que debe permanecer en el tiempo queda en manos de un grupo de personas movidas muchas veces por intereses pequeños y amistades. Ellos son los que marcan el *canon*, un término de prestigio clásico que en realidad hace encubrir a tantas obras que no llegarán nunca a ningún público, para desesperación de sus autores.

Por todo ello te confieso que he leído con verdadero deleite las impresiones estéticas que sobre el arte en general, y sobre el arte actual en particular, os habéis ido cruzando en vuestras cartas electrónicas, escritas con una extensión desmesurada para internautas del siglo XXI, y que por ello mismo me recuerdan más bien a textos de la época romántica, que habéis adaptado al epistolario actual de los e-mails.

No quiero cansarte. Lo comprenderás cuando veas mi película, si tengo dinero para terminarla. He tenido que empeñarme hasta las cejas en esta aventura y espero por tanto que comprendáis mi ausencia de vuestras reuniones, en las que espero estar presente lo antes posible.

Te doy la razón en lo que escribes. Me encanta la primavera y me encantan las mujeres. Me satisface, a mis años, ver cómo muestran en esa época, según la moda, una parte distinta, preciosa, juvenil, sugerente, de su anatomía. Es lo que me hace disfrutar de esta estación del año, cuando todas las chicas se visten de colores, y desnudan su cuerpo en espera de la sensualidad desbocada, quizás tamizada de agradable pereza y ocio infinito, del verano.

Adoro a las mujeres en todas sus etapas: desde la ingenuidad alegre de la infancia, la delicia informe de la adolescencia, las muchachas en flor, la joven que espera, la madre joven que lleva la maternidad como un regalo de la vida, la mujer madura que acumula la sabiduría de la vida que ha llevado en su ser, incluso la viejecita entrañable que relatará sus historias de amor y fantasías a sus nietos...

Adoro a la mujer, y deseo que el libro que estáis componiendo sea en parte solamente eso: un canto a Ella.

Amigo Ángel, a estas alturas de tu vida tú sabes que nada hay tan admirable como una mujer hermosa e inteligente a la vez, y tú tienes ahí nada menos que cuatro compañeras.

Espero veros pronto, como te digo, amigo Ángel. Disfruta mientras tanto de esas mujeres excepcionales cuya compañía te han proporcionado los dioses, aunque sea por unos instantes privilegiados.

Un fuerte abrazo. Alejandro."

60. *Óscar*

"Querido Alejandro: No me extraña que siempre recordemos, de nuestra juventud, la estación del verano, la época más sensual, la más llena de percepciones, la abierta al nuevo amor.

El verano representa para el joven la estación del viaje, y ello lleva a la aventura, al descubrimiento de nuevos países, al establecimiento de nuevas e imprevisibles amistades.

Recuerdo que en mi juventud los veranos los planificábamos meticulosamente durante meses. Cuando mis amigos y yo íbamos a viajar al extranjero -mágica pócima reconfortante- la emoción nos estremecía desde el momento en que abríamos el mapa, y mirábamos las vías de acceso, las rutas, los medios... Y todo el viaje se convertía así en un maravilloso sueño, un sueño de libertad, en donde podía encontrarse el placer de un cuerpo con quien compartir sensaciones y sentimientos, más allá de la distancia de los idiomas que quedaba anulada en una sola noche de amor...

El verano era así la estación de las promesas, de las vibraciones a descubrir, de la Libertad...

Soñar con tantos cuerpos y tantas playas, con tantas ciudades lejanas, como las de los países nórdicos. Soñar con llegar al sol de medianoche... Y no había belleza comparable a los rostros de los muchachos y muchachas que escuchaban mis canciones, las que tocaba con mi guitarra en plena noche, en pleno sol de medianoche, rodeado de chicas y chicos de largos cabellos rubios e intensos ojos azules, en donde brillaban las luces de ese extraño crepúsculo que al mismo tiempo era origen y nacimiento.

Recuerdo así los países del Norte de Europa, con su estado de bienestar que los acontecimientos recientes tenderían a amenazar. Dinamarca con su serena extensión verde, y sobre todo Suecia, con sus bosques de abetos, sus lagos naturales llenos de nenúfares, en donde bebían caballos semisalvajes entre grandes construcciones de madera

roja. Suecia de los mares broncos, donde la espuma rompía contra los riscos y las muchachas despertaban, adolescentes, al amor. Suecia de la exquisita ciudadanía, con sus casas de la cultura... Suecia de jardines, los jardines más hermosos del mundo -descontad el parque sevillano de María Luisa, o el Retiro madrileño- en donde los cisnes navegaban, y hacían el amor entrelazando sus cuellos con elegancia wagneriana, como si representaran el renacer de Tristán e Isolda.

Dormir en los jardines de Suecia. Dormir en los campos de Holanda, con el olor espeso y cercano de las vacas. Soñar, viajar, dormir despierto... olvidando la España triste, la España negra...

Hoy España es otro país, de una vitalidad joven, de una democracia joven... Y sin embargo aparecen las sombras, la mezquindad de determinados políticos que hacen perder la ilusión a este pueblo admirable, de quien deberían sentir como un honor el estar a su servicio.

Pero hoy España tiene una música clásica admirable, pintores magníficos, exposiciones, museos... En España hay escritores, artistas, jóvenes y magníficos deportistas. Y una prensa en la que puedes enterarte por internet, desde cualquier país, de lo que no te quiere contar la prensa de esa parte del mundo, por desarrollada que parezca...

Vivir es viajar, como decía Baudelaire. Vivir es soñar con un viaje. Quizás la vida sea ese viaje. *La vida es un viaje*, dijo Larra, y *¿sabes lo que hay al final?: nada.* Quizás aquel cineasta francés -¿era *On connaît la chanson* de Alain Resnais, o era Eric Rohmer?- dijo, rememorando y completando sin saberlo el texto del romántico español sarcástico y nihilista: *si la vida es un viaje, que te vaya bien en él.*

Es lo que he sentido profundamente visitando Dublín, una ciudad que enamora, como sus grandes escritores -que no nacieron allí por azar-. Como enamoran las ciudades pequeñas de la vieja, delicada, civilizada, dulce y culta Inglaterra...

El joven percibe en el viaje la posibilidad de una promesa de vida, de una intensidad mayor, la que brota de las sensaciones puras, la que se encuentra en el amor...

Tu modo y el mío constituyen dos formas diferentes de entender ese amor, pero en el fondo el amor es siempre igual y el mismo...

Tú te acordabas hace poco de aquella joven austríaca, rubia modelo en París, habitante de una castillo bávaro, que te enviaba todas las semanas cartas perfumadas escritas en francés, y que se despidió de ti entre lágrimas en una playa junto al Palacio de la Magdalena en Santander... Y aquella alemana anarquista de Formentera que quería asaltar un banco...

Dios mío... ¡Tantos recuerdos nos vuelven viejos! Pero yo siento que siempre he sido un viejo, incluso con cuerpo de joven y alma de adolescente inmaduro. Mi vida entera ha sido un cóctel explosivo, y mi juventud una manera apasionada e insaciable de entender la vida.

Recuerdo Sevilla y Madrid con sus estelas de personajes homosexuales, compenetrados entre sí como si pertenecieran a una secta que los hermanara, al estar perseguidos en aquella época. Nunca hubieran creído que iban a obtener la libertad de que ahora gozan en nuestro país... Aquellos bares de ambiente constituían una especie de recinto cuasi-sectario que encubría necesidades lúbricas nunca suficientemente satisfechas.

Me interesaba la proximidad de los homosexuales a la sensibilidad artística, pero abominaba el modo en que erigían en una especie de fiesta orgiástica continua la propia vida, porque constituía un intento de anular la realidad de dicha vida, que es lo que verdaderamente existe y a lo que verdaderamente debemos aferrarnos, si no queremos perdernos en la ficción de nosotros mismos...

Es verdad que la homosexualidad constituye una especie de espejo que vive de modo especial el adolescente sensible. Sabes que así descubrí mi constitución homosexual y fui a vivir con mi actual amigo, César, mayor que yo, que

me aporta su gran experiencia de la vida, sobre todo ahora en que ambos hemos llegado a la última madurez.

Yo tenía una concepción verdaderamente aberrante, por lo falsa, de la estética, del arte. Esa película completamente kitsch y cursi, como el propio Hotel Lido donde se desarrolla. Me refiero a *Muerte en Venecia*... ¡Qué modo tan vulgar de estropear el hechizo platónico del amor imposible, y el tema de la fascinación del artista envejecido por la belleza juvenil, que late en el hermoso cuento de Thomas Mann! ¡Hacer de Aschenbach un simple pederasta...! Con su aparente esteticismo, no encuentro cosa más vulgar... Qué diferencia con la fuerza de Fellini y su hermoso y veneciano *Casanova*... Y mira que yo soy consciente de mi condición sexual, lejana de la de Fellini.

Pero te estaba hablando del verano.

Cuando era joven, dos meses antes de empezar mis viajes en coche, grababa canciones y canciones de música en casetes. La música moderna va asociada en mis recuerdos a kilómetros y kilómetros de carretera. Siempre la línea blanca que marca el asfalto, seguir la línea blanca en un esfuerzo hasta el fin, seguir, seguir...

La línea de la carretera que terminaba en aquella playa, hoy convertida en espantosos muros de cemento llenos de horteras de todos los países, en un lugar de cuyo nombre ya no quiero acordarme.

En aquella playa había efebos y ninfas que se reunían bajo la música. Allí los jóvenes jugaban juegos lascivos abrazados entre la arena, o doraban sus cuerpos al sol, y reían, reían... Aquellas risas nunca las olvidaré.

Y proseguían de noche, en la tranquilidad de la playa vacía, con las olas del mar rompiendo dulcemente, mientras también dulcemente llegaba el momento íntimo de los besos, lengua contra lengua: pecho contra pechos, las piernas interminables de aquellas chicas caribeñas de largos cabellos e intensa pasión, que tú amaste y me recordabas...

Si dormías en la playa, al amanecer te despertaban los gorjeos de las gaviotas que perseguían el pescado sobrante

que sacaban del mar los pescadores con sus cuerpos tensos y nervudos, tirando los dos extremos de la red, del copo. Felices con aquella riqueza de los pescados, te regalaban algunos, mientras los más valiosos los preparaban para vender. Pero lo restante te lo ofrecían con una generosidad como solo la gente de la mar sabe tener.

Entonces te acercabas a las higueras, que estaban pobladas de dulces frutos que tomábamos. Probablemente también nos acercábamos a aquella panadería en la que te daban el pan caliente, casi humeante, con ese olor delicioso que tiene el pan recién hecho...

Y seguían las risas, y seguían los abrazos cómplices, y seguía aquella forma maravillosa de cantar a la propia juventud... la verdadera chica de ayer... Un abrazo. Óscar."

61. *Ángel*

"Amigo Alejandro: Creo que los intelectuales españoles de nuestra generación crecimos amamantados por las ideas existencialistas, antes de que algunos se insertaran en el marxismo -qué desfasado ya... qué verdad en sus diagnósticos y qué tiranía en sus soluciones-, o el neopositivismo que nos invadió, al mismo tiempo que la filosofía del lenguaje, el estructuralismo y la semiología, con la vulgaridad obvia de sus análisis, pero con su eficacia próxima a la ciencia. Ese existencialismo está verdaderamente olvidado, y suena a recurso arcaico en un universo pragmático y desangelado, aunque su concepto de autenticidad en el arte sea loable, y el tema de la cosificación tan actual.

Lo que trato de decirte es que actualmente hay un enorme vacío de ideología, porque todos los modelos de interpretación del mundo, excepto los recursos económicos basados en la ganancia y el saqueo, han quedado reducidos a la nada. Y en realidad necesitamos siempre el consuelo de una interpretación de nuestro momento histórico, precisamos ese consuelo aunque sea fatuo y débil.

El existencialismo parte de una gran mentira: porque la verdadera profundidad de la estética no se da en el mundo atormentado del artista.

Hoy creo que la verdadera profundidad del arte se da en pocos autores, por ejemplo en la obra genial e incomparable de Cervantes, con su irónico retrato del idealismo que en el fondo tanto amaba. O en la poesía y el pensamiento de Antonio Machado, que sintetiza en prosas filosóficas de extrema brevedad lo que cualquier otro avispado filósofo hubiera convertido en rentables mamotretos extensos. O en la desazón interior de algunos autores franceses que leo en su lengua, como el atormentado Baudelaire o el delicado esteta Éluard, que siempre me fascina en cada lectura con su inteligente imaginación delicada e intensa. Porque el verdadero arte es el que une el pensamiento a la emo-

ción humana, y lo demás son maquillajes falsos de prostitutas viejas y patéticas.

Aunque, en todo caso, la verdad es que la Libertad debe ser el reino del arte, y quizás no podemos pontificar ni siquiera en este sentido, porque toda forma de sensibilidad tiene su sitio en el amplio manto de la cultura.

En este punto me pregunto si la propaganda constituye el momento más ínfimo de la ideología. Y si toda ideología en el fondo no acaba siendo esto: vulgar propaganda. Y si la literatura no está, en la mayor parte de los casos, al servicio de una ideología, y por tanto constituye una simple propaganda soterrada... Lo que en último sentido nos llevaría al absoluto escepticismo, y a la disolución de todo pensamiento, y por tanto de toda esperanza... Entonces trato de ahogar mi nihilismo con la nostalgia del pasado, como hizo Espronceda...

En fin, amigo mío, como decíais antes, quizás la *emoción*, cuando va asociada a un *pensamiento* que identifica el momento de la civilización en que vive el artista, es lo único que vale. Ser sinceros con nosotros mismos, y ser simples ojos que dejaron el retrato de lo visto en su retina, en el marco de una fotografía que el tiempo indefectiblemente ajará y hará desaparecer, pero que permitirá a otras generaciones posteriores comprender, siquiera simplemente, ese momento de emoción en que se disparó la cámara, se escribió nuestro poema, se dibujó nuestro cuadro...

El artista debe dejar de ser un Narciso adolescente enamorado de su propio ego, y penetrar en el mundo que le rodea. Pensarlo, entenderlo, comprenderlo, amarlo... y luego transmitir la emoción que le ha producido ese laborioso, difícil, doloroso proceso de búsqueda.

En ese momento el arte madura y los *poetas decorativos* descubren el ridículo de su propia desnudez, sin otro atractivo que la propia exhibición.

En ese momento surgen los verdaderos poetas. Y entonces el arte se convierte en verdad, y se aleja del narcisismo, del sentimiento sublimado y falso.

No hay que mitificar el arte. El artista es el ser que convive con el pecado miserable y maravilloso de lo cotidiano, el que se ensucia las manos con el barro de la realidad... para intentar –generalmente sin éxito– *rendir un homenaje ideal a esa realidad.* Y solo cuando sus sentimientos son *verdad*, cuando no hay en ellos engaño o ficción, es cuando es capaz de convertir su obra en algo que merezca la pena ser recordado por otras generaciones, por otros tiempos.

Lo demás es tan solo una cruel y falsa mentira.

Seguiré escribiéndote mañana. Un abrazo. Ángel."

62. *Óscar*

"Querido Alejandro: Escribíamos acerca del arte, como forma que define nuestro propio concepto de la vida, la parte más profunda de nuestro temperamento.

Mitificamos al artista, ocultando sus debilidades o explotándolas como síntoma de su rebeldía contra un entorno social, en el que generalmente no suele integrarse. Mitificamos al artista y creamos una tupida red que le envuelve, y –a través de la crítica– una máscara legendaria para consumo del público, que sin ello quizás nunca mostraría interés hacia ese pobre diablo, incapaz de hacerse querer y de hacerse comprender, sumido en la tela de araña de su propia mente, tejido en su propia soledad.

Hablaba con Marga y Miguel el otro día sobre el arte y los artistas: si no creemos en su leyenda, su figura mítica se nos desmorona y se convierte en simple barro, o en patética expresión de su propia desgracia.

¿Son felices los artistas? ¿Existe en general la camisa del hombre feliz? ¿Alguien puede ser verdaderamente feliz? Y sin embargo esos artistas, en su desgracia, en su gran pobreza vestida con orgullo, en su infortunio, luchando desmedidamente con las quimeras que agitan su mente, embriagándose de la compañía bohemia de otros seres semejantes, especímenes de otra galaxia, de otro mundo... ¿no encuentran a veces una cierta dosis de felicidad... que puede conducirles a la locura o al terrible fin que aguarda a los solitarios?

En general comentaba antes Ángel el engaño de la visión metafísica acerca del arte, pues el arte y el artista deben ante todo estar unidos a lo humano, al trabajo cotidiano y tedioso, a la realidad simple y directa que afecta a todos los seres humanos... A no ser que se prefiera la marginación completa que conduce, indefectiblemente, al autismo y la locura...

Pero volvamos al tema que estábamos planteando en nuestras cartas, acerca de la naturaleza del arte:

Yo me inclino a creer con Ángel que el verdadero arte existe, pero siempre ligado a los elementos humanos, biográficos, al entorno de lo cotidiano. Sería difícil explicar con precisión mediante qué misterioso proceso el artista actúa como un mago, y convierte esa realidad en algo supremo. Quizás, como la magia, todo sea engaño en ese proceso, pero el resultado es una forma eterna de belleza que las generaciones sucesivas van a valorar cada vez más, siempre que efectivamente los críticos sean capaces de construir su imagen y su figura topificada, sobre todo si dicho artista ya ha muerto.

Octavio Paz dijo en *El arco y la lira* que *lo sagrado, la poesía y el amor* son las tres formas de acceso a la *otredad*. Me pregunto si al sublimar el arte no lo estamos convirtiendo en una forma de religión en la que los poetas son los verdaderos intermediarios de la magia que procede y conduce a la *otredad*. Convertir el arte en una forma de religión, ¿es una sublimación narcisista por parte del artista? ¿O es un medio de elevar su importancia al reino de los sueños, que es el reino donde solo anida el infinito?

En todo caso, no me cabe duda de que, si existe la belleza y si existe el amor, estas son las dos únicas concepciones capaces de dar sentido a la vida de un artista y a la vida de un hombre o una mujer. A no ser que el artista se quiera convertir en un simple fabricante que manufactura objetos para venderlos, como suele ocurrir hoy en día...

Y en ese punto: ¿es verdad o mentira la teoría de lo sublime aplicada al arte? Desde luego nuestra generación científica, pragmática y vulgar, solo sabe construir y reconstruir, montar y desmontar el armazón mecánico que sustenta al arte, ignorando el objetivo de ese armazón, que no es la simple autorreflexión meta-artística. Quizás ignora que el verdadero objetivo de dicha estructura es conducirnos a la belleza, a una belleza en la que el artista vulgar del siglo XXI no cree, y a la que en consecuencia suele estar ciego...

Entonces: ¿somos seres de otra época? ¿Somos capaces de comprender el mundo que nos ha tocado vivir? ¿O realmente estamos nosotros en lo cierto y las formas mediáticas que rodean al arte actual conducen indefectiblemente al engaño, al embaucamiento vulgar, al vacío y a la mentira?

Como músico, y precisamente por esta percepción estética que solo se da en música y a veces en literatura, siempre he pensado que si Valle-Inclán, Azorín, Antonio Machado, Ramón Gómez de la Serna o Juan Ramón hubieran nacido hoy, apenas hubieran tenido oportunidad de publicar su obra...

¿Es el cambio de los tiempos?

Por eso me parece bien lo que en un principio propuso Marga: que nos mostremos como testigos vivientes de esta época.

¿En qué consiste el eslabón que une la cadena entre nuestra generación y la que surge? Quizás en la imaginación, la ilusión, la capacidad de lucha por un mejor futuro, que siempre ha caracterizado a las generaciones de jóvenes idealistas que buscan un mundo diferente, que se quiere lejano del anquilosado y corrupto que siempre le han ido legando las generaciones añejas, arcaicas, cosificadas, de los mayores...

¿Podemos seguir siendo jóvenes con nuestra edad? La respuesta no es, lamentablemente, positiva porque, querámoslo o no, todos somos hijos de nuestra época, y de lo que aquí se trata, simplemente, es de dejar constancia de esa época como si fuéramos una especie de escribanos. Como decía Ángel: ojos de un momento que vamos a fijar en una fotografía mientras la corriente del río fluye imparable en el decurso del tiempo, un tiempo de cuya contingencia queremos escapar, no para ser únicos –¡qué vana aspiración!– sino para ser uno más de los que protagonizaron, anónimamente, ese determinado instante que nos tocó vivir... cuando aún no teníamos consciencia del inevitable paso de ese Tiempo, que es el único verdadero protagonista de cualquier Historia.

En fin, Alejandro, Asturias me inspira para escribir música y para escribirte cartas. No sabes las agradables tertulias que tenemos con Marga y sus amigos, los momentos tan entrañables que estamos viviendo y que nunca olvidaremos. ¿Te parece bien que sigamos Mañana? Óscar."

63. *César*

"Querido Alejandro: Anoche tuvimos una larga conversación nocturna todos los invitados de Marga y Alba.

Fue una de esas noches de vino y rosas en las que se intenta arreglar el mundo y se conversa acerca de todo lo divino y lo humano. Una de esas noches en que hablas y hablas, y luego te queda la sensación de que lo que has dicho tenía un tinte de subjetividad marcada por la hipersensibilidad del momento.

No creo en la máxima *in vino veritas*, pero es verdad que el licor al menos sirve de cuando en cuando de catarsis psíquica, de eclosión de los sentimientos, aunque estos sean falseados por las circunstancias azarosas del instante. Desde hace años frecuento poco el alcohol porque me sienta mal, pero en esta ocasión hice una excepción.

Manifesté mi justificable escepticismo, que es el escepticismo de todos los que hemos vivido diversos regímenes políticos, y no encontramos nuestro sitio y lugar en ninguno.

Y sin embargo somos demasiado cobardes para el activismo, para erigir una vía diferente. No pasamos de las ideas a la acción, que es lo que modificaría el mundo. Quizás porque somos demasiado burgueses para ser de izquierdas y demasiado insatisfechos para ser de derechas...

Lo que sé es que, ideológicamente, en este siglo XXI solo parece haber lugar para los grandes poderes económicos, y que todos los idealistas acaban siendo devorados por la gran máquina en que se ha convertido la política...

Hablamos y hablamos durante toda la noche. Contemplamos las estrellas. Respiramos el aire del campo y la brisa que venía del mar. Y por un momento nos sentimos todos más humanos. Fue un momento hermoso, como el de las grandes utopías de nuestro recientemente abandonado siglo XX.

Esperamos verte pronto por aquí. Te recibiremos con los brazos abiertos. César."

XI. LA EDAD DE LA INOCENCIA

"No hay más que alegría, no hay felicidad.
Y no hay otra alegría legítima en el mundo que la del esfuerzo."

LEÓN FELIPE, "Os trae una consigna". En *Traducciones, paráfrasis y teatro. De "Canto de mí mismo."*

64. *Ángel*

"Amigo Alejandro: Sugar, el chiringuito de aquella playa a que se refería Óscar, con quien coincidí varios veranos en ese lugar, vuelve incesantemente a mi memoria.

El mismo Antonio Vega andaba muy joven por allí, mezclado con aquella deliciosa turba irreflexiva y hermosa...

El recuerdo del sol sobre los cuerpos: muchachos y muchachas de una belleza inasequible y perfecta, con sus risas, su alegría, su insustancial concepto de la vida como simple y llano hedonismo. La idea de la libertad y la felicidad perfecta en la perfecta y juvenil inconsciencia.

La música de Van Morrison sugiriendo notas arrastradas en su garganta quebrada. Y el sol sobre nuestros cuerpos, dorando la piel de los jóvenes que charlaban animadamente, se enzarzaban en eróticos abrazos y juegos, se enredaban sobre la arena en peleas de chiquillos que contenían una verdadera dosis de dulzura y belleza.

El sol, la caricia del sol, que hacía a nuestra mente relajarse, los músculos distendidos, la inanidad, el vacío... el *sunyata* budista tal vez.

Y la música de Van Morrison con su voz desgarrada y su lamento suave, que se iba extendiendo sobre la playa en la que jugaban alegremente todos aquellos adolescentes. Y quizás yo los envidiaba, como el Tonio Kröger de Tomas Mann...

Quizás yo también era joven y hermoso, pero no pertenecía a su grupo, porque mi condición solapada de intelectual no me permitía el acceso a ese pequeño club de hedonistas bellísimos, que solo vivían por y para aquel instante de risas y de juegos. Quizás aún no había tomado consciencia de quién era yo, y solo sabía de la distancia entre mi constitución mental y la de aquellos envidiados, bellos, inasequibles seres.

Así pasaban las mañanas en Sugar. Y por la tarde el sol mitigaba su fuerza, la arena se hacía rubia como los cuerpos de las muchachas de la colonia sueca, mientras reían las preciosas portorriqueñas de belleza caribeña. La música se hacía más dulce y más suave, y las parejas se iban acordando, camino de la noche en la discoteca junto a la playa, con el ruido siempre permanente de las olas del mar rompiendo sobre la arena... Por la tarde yo me sentía más triste y más alegre a la vez, pero también más solo, como desposeído de aquella porción de paraíso para jóvenes inconscientes y felices, que tan solo parecían haber nacido para reír y hacer el amor."

65. *Ángel*

"Querido Alejandro: Óscar escribía antes sobre la carretera. Sueño con ella. Recuerdo la línea blanca indicando que hay que seguir el camino, que se avanza hacia nadie sabe qué punto. La línea de separación de la carretera como indicio para continuar, continuar, prolongar el viaje incluso de noche, más allá del cansancio, cuando en la oscuridad solo se puede percibir esa línea blanca. Los viajes que hice con Óscar...

Vuelvo la vista atrás, escucho la música de The Shadows con sus ingenuas guitarras, que luego harían arder Jimmy Hendrix, Alvin Lee de Ten Years After, y Jimmy Page de Led Zeppelin –qué hermosa siempre su *Stairway to Heaven*...

Aún era la edad de la inocencia. Aún éramos adolescentes. Aún era todo hermoso...

Todos estos músicos nos dejaron el legado y el testamento de su voz y sus guitarras. Cuando alguien escuche sus grabaciones en el siglo XXII... ¿Qué pensarán de nuestra época? ¿Qué sensaciones tendrán? Seguramente las que hoy tenemos cuando leemos a Cervantes o Quevedo, y anulamos todos los oscuros mundos que rodearon su obra, para centrarnos en el rico universo de sus vivencias, de su dolor y sus pensamientos.

La música en el coche, las casetes grabadas previamente con tantos sonidos, tantas músicas, por ejemplo *Rumours* de Fleetwood Mac.

La música golpeando mi cerebro mientras conduzco incansable. *Why Don't We Do it in the Road?* de The Beatles: por qué no lo hacemos en la carretera, la carretera que llevaba a la libertad, que acababa probablemente en aquella playa, o en otra playa cualquiera, ajena a la rutina odiada de la vida cotidiana en la odiada gran ciudad.

La libertad, la libertad de la carretera y la libertad de la música.

Y los Eagles haciendo de la guitarra y las voces un sueño, el del *Hotel California.*

Y Supertramp sonando con sus melodías líricas y hermosas que se podían escuchar de modo infatigable.

Y George Harrison con la delicada versión de la canción de Dylan *If Not For You*, mientras con voz susurrante y melancólica cantaba que debemos guardarnos de la oscuridad, y que todas las cosas pasan...

Cuántos recuerdos me traen las baladas de Rod Stewart, evocándome viajes memorables entre los verdes y salvajes montes del País Vasco y los Pirineos... con Inés o con Marga siempre al lado.

La carretera, *On the Road* de Kerouac, el camino que conduce a ninguna parte, *you're going nowhere* que cantaba Dylan en *Blonde on Blonde*: canto a la libertad.

Un momento en que la música era la fuente de una compenetración perfecta entre el mensaje del músico poeta y los jóvenes que buscaban cambiar el mundo, conferirle la misma libertad que percibían en aquellas canciones, antes de que todo se convirtiera en un corrupto negocio de multinacionales y falsedades, falsos artistas construidos por la técnica y el engaño, como ya apuntara en 1974 Brian de Palma en su película *Phantom of the Paradaise.*

La pereza infinita, la satisfacción infinita de la belleza de la música, mientras las olas de la playa rompían dulcemente sobre la arena en la que jugamos.

Le droit à la paresse que cantara el maravilloso poeta Georges Moustaki, que dijo que los amores acaban algún día, pero que el nuestro hubiera podido ser diferente: "les amours finissent un jour/ les amants ne s'aiment qu'un temp/ mais nous deux serait different/ on aurait pu s'aimer longtemps, longtemps...".

El tiempo de la juventud, que se escapa como el viento. La inconsciente, hermosa, perfecta, adorable juventud.

La carretera que conduce al interior de uno mismo en donde solo habitan las fuentes, los jardines, el agua, el sol, y las muchachas jugando en aquella playa. La misma donde

Cat Stevens cantaba el diálogo entre un joven que quiere huir y su padre, *Father and Son*...

La carretera con todas sus posibilidades infinitas para el azar de una nueva relación, para el encuentro con otros jóvenes, para el hallazgo, siquiera por una noche, de la belleza...

La música inquietante de los Rolling Stones, el delicado terciopelo de la voz de James Taylor, el lirismo agreste de Neil Young, la profunda magia melancólica de Leonard Cohen... Y luego, más tarde, la guitarra de infinitos matices de Dire Straits y Mark Knopfler.

Todo ello para volver a la voz cortada de Van Morrison en Sugar, mientras el calor del sol acariciaba la piel de las jóvenes muchachas con sus pequeños bikinis, con sus bromas y sus risas. El sol que se mitiga con el baño en el agua...

Todos aquellos jóvenes formando parte de una especie de secta de la belleza, de misteriosa comunión del hedonismo en sus juegos y en sus risas... La risa, las risas que olvidamos de aquel tiempo de inconsciente, estúpida, añorada felicidad."

66. *Alejandro*

"Querido Ángel: Leo tu texto en mi portátil. Y las olas del mar van rompiendo suave, dulcemente contra la arena de mis recuerdos, mientras la música canta en mi mente.

Las olas del mar son el tiempo que transcurre desde el tiempo de la ignorancia a la edad de las delicias: desde el tiempo de la juventud y la fortuna hasta el tiempo del olvido. El tiempo en que, sin darte cuenta, te has hecho viejo. Y entonces el tiempo desaparece, y no queda ningún rastro, ni siquiera el de las canciones que tú añorabas, ni el de las huellas de los pies de la alta muchacha en aquella playa, ni siquiera el nombre de la muchacha, ni tu mismo nombre, ni siquiera el de aquella playa, porque todo desaparece borrado por el tiempo, en el mismo momento en que el tiempo desaparece: porque te das cuenta de que has agotado el tiempo, de que ya no hay tiempo, de que tu tiempo ya no existe, de que nada existe, ni siquiera la oportunidad para ser feliz que tuviste en otro Tiempo."

67. *Ángel*

"Amigo Alejandro: No somos en definitiva más que un flujo de conciencia que genera y vive de recuerdos, y del que quizás nadie más que la sombra de nuestro propio y contingente *yo* guardará la más mínima memoria o recuerdo.

La música siempre va asociada al recuerdo, por ello quiero mencionarte las músicas que han marcado mi vida, como marcaron las de toda nuestra generación.

Si retorno atrás en la memoria, me encuentro con la voz a pleno pulmón de Alain Barrière, defendida por los profesores del Liceo Francés: no solo su *Ma vie* sino también canciones hermosas como *Adieu la belle* o *Un été*. La voz de Charles Aznavour cantando a la tristeza de Venecia o a la belleza de la bohemia.

Recuerdo a dos francesitas pop que nos enamoraron: Sylvie Vartan, que escuchaba candorosa el eco de la lluvia que le traía a la ausente persona amada, o que se preparaba para ser la más hermosa del baile; y la voz aterciopelada, susurrante, de Françoise Hardy, que paseaba su soledad por las calles de París contemplando a todos los enamorados que se daban la mano...

También Richard Anthony nos llegaba de Francia: la época del *twist*, de los primeros guateques en los que los jóvenes, muy jóvenes, aún casi adolescentes, se enamoraban a los quince años, como cantaba el Dúo Dinámico...

Y luego, apareció la voz tremenda, poderosa, de Eric Burdon y The Animals con la hermosa versión de una canción que cantara previamente la voz alcohólica de Woody Guthrie, y que ellos transformaron para siempre: *The House of the Rising Sun*, una música eterna que abrazaba de modo inolvidable la inmensa voz del solista al rastro de una guitarra y órgano.

Como inolvidable serían las primeras canciones de un grupo de jóvenes ambiguos y diferentes, The Beatles, que

cantaban *Twist and Shout*, *Ask Me Why* o *Please, Please Me*, y cuya biografía y decurso ideológico nos harían evolucionar psicológicamente en paralelo.

Fue entonces cuando aprendimos a dejarnos un poco largo el pelo, y aprendimos a disfrutar del modo de bailar de alguna muchacha rubia, con el pelo cortado a la manera de Sylvie Vartan, y a beber su alma en los primeros besos, mientras The Beatles cantaban *She Loves You* sí, sí, sí... Y la inocencia de aquellas canciones se extendía con las voces de la noche, en la oscuridad luego de los portales, o sobre los asientos del coche reclinados para poder besar, mientras contemplábamos allá arriba la complicidad blanca de la luna.

Fue quizás en ese mágico momento de los inicios cuando los jóvenes comenzaron a sentirse libres y a sentirse protagonistas de la Historia. Un momento especial en el que la música de otros jóvenes, con su aspecto diferente, con la rebeldía de sus entonces ambiguas e insólitas melenas, les hacía contactar con ellos: la música que se oía en los viejos tocadiscos era la voz que incitaba a la aventura de existir frente a los mayores, frente a los *viejos*, que representaban un orden caduco y sombrío, carente de libertad, la libertad que desplegaban las canciones en aquellos pequeños viejos discos de vinilo de dos o cuatro temas.

Fue entonces cuando comprendimos que la juventud es la belleza, y la belleza y la unión de la fuerza, el poder. Hicimos nuestra vida de modo diferente, al margen de las viejas estructuras arcaicas de nuestros padres, que no entendían nada de lo que estaba pasando. Y lo hicimos al mismo tiempo que sentíamos como propia una forma de reafirmarnos, de reconocernos, de empezar a existir.

Fue entonces cuando los músicos se convirtieron en profetas, y consolidaron una íntima relación entre quienes oían sus canciones y quienes las componían, aunque fuera a través de un tocadiscos.

Fue entonces cuando apareció Bob Dylan, con su aspecto de niña frágil de voz rota. Dylan, un ser vulnerable y desvalido, que en cuanto tomaba una guitarra ante

un micrófono se convertía en un mago de los sonidos sugerentes, el ritmo y la poesía, a veces con letras un tanto rústicas, pero con un poder y una fuerza maravillosas, incluso en su última época ahora, más madura, más armónica, atesorando toda su sabiduría de la música y de la vida como guía de toda una generación en todo el mundo. Aunque viendo el film de Scorsese *No Direction Home* queda claro que el propio Dylan nunca pretendió ser un apóstol e ideólogo del cambio, sino un simple músico que amaba de modo rebelde y rompedor su propia música, motivo por el que evolucionó desde el folk acústico y comprometido con la izquierda, y buscó ser solamente una individualista libre, espejo de la rebeldía que latía en los jóvenes de toda una sociedad.

Fue entonces cuando aprendimos a escuchar las voces que susurraba el viento, las que surgían de los viejos vinilos, y nos incitaban a vivir, a no ser simplemente personas en un estadio indiferenciado, sometidas al dictado de normas impuestas por rígidos mayores.

En las pequeñas ciudades de provincias los grupos musicales que antes amenizaban las bodas, cantaban ahora imitando la voz y el estilo de los Beatles. Los Mustangs traducían sus canciones al español, sin semejanza con el original, aunque con una voz sugerente. Aparecieron las primeras revistas de música moderna. Y en la radio se oían en la soledad de la noche los hit-parades con canciones extrañas como *You Really Got Me* de The Kinks. La atmósfera que desprendían esas canciones iba haciéndonos más fuertes, más unidos, consolidando un nuevo poder que transformaría pacíficamente al mundo, y que venía empaquetado en pequeños discos a 45 r.p.m.

Tímidamente aparecían en España voces propias: la poesía -irrepetible luego en su madurez- de Joan Manuel Serrat, que comenzó cantando a la madrugada -*Cançó da matinada*- para llegar a la exaltación de su *Mediterráneo* y al amor por los versos de Antonio Machado. Y luego la voz de María del Mar Bonet, abrazada al recuerdo de las hermosas Islas Baleares, unida a los dibujos de Joan Miró... Eran ver-

daderos artistas, solo comparables a figuras como Georges Moustaki, que cantaba sus hermosos poemas musicados en el ambiente salvaje de París del 68... O el lirismo de Leonard Cohen. Incluso la voz ronca y maravillosa de Nicola di Bari, la música italiana, tan apta para enamorarse...

Llegó mayo del 68. Pudimos -en *Paris Match*...- contemplar inverosímiles fotos de revueltas callejeras. Hasta la editorial Rialp, vinculada al Opus Dei, publicó un libro sobre la movida política de la Universidad Libre de Berlín; y sobre Cohn-Bendit, que pasaría de anarquista a ecologista en dulce trance. Y la universidad española comenzó a arder, con unos pocos meses de diferencia."

68. *César*

"Amigo Alejandro: Son demasiadas sensaciones las que me evocan vuestras cartas. Trato de volver atrás y reconstruir el tema. ¿Reconstruir o simplemente analizar?

The Green Leaves of Summer (The Brothers Four) era la canción que sonaba en la máquina de música de una asquerosa cafetería cercana al internado de los maristas en Jaén, donde yo estuve recluido -nunca mejor dicho- durante dos horribles semanas. Era la música que puse mientras me encontraba con mis padres, justo un día antes de mi proyecto de fuga del internado, una fuga que planeé con un chico huérfano, compañero de habitación, con el que pensaba huir lejos, lejos...

Las habitaciones inmensas como las de tiendas de los soldados, con camas metálicas, con mantas ásperas como las del ejército, con disciplina militar... "A time to be reaping,/ to be close to the earth.../ The green leaves of summer/ are calling me home...". Mis padres me salvaron en el último momento. Quizás el servicio de información de los hermanos maristas desarticuló el plan. O quizás fue la suerte...

Yo era un buen estudiante... Nunca comprendí aquella forma de castigo, que buscaba, quizás con la mejor intención, hacerme olvidar mi constitucional timidez. En todo caso el encierro en aquel centro solo estaba consiguiendo convertirme en un chico resentido, alojado en el infierno rígido que eran los internados religiosos de la época... Un lugar donde el orden y la ley inexorable habían sustituido a toda forma de sentimiento.

Pienso si mi amigo huérfano fue el que dio la voz de alarma sobre mis planes ya muy maduros... O si tal vez todo fue sencillamente una coincidencia: una madre que echa de menos a su hijo, quizás...

Era una época en que sufríamos la invasión belicista de la propaganda norteamericana posterior a la guerra.

Ángel decía antes que hoy veía todo el arte como una inmensa forma de propaganda. El cine es el vehículo de propaganda más importante, con sus secuelas en la televisión, que lo degradan. Propaganda de cigarrillos, de whisky, de pizzas, de hamburguesas, del cuerpo de policía, de marines, de militares, de agencias de espionaje, de la política de países con sus banderas... Cuando la ideología se convierte en una forma pedestre de influencia a través de la propaganda, propaganda de objetos de rentabilidad económica o de ideas de rentabilidad política.

Los niños son los menos inmunizados ante esta propaganda de la imagen. Las películas de vaqueros que adorábamos en la infancia constituían una perfecta exaltación de los aspectos más atractivos del imperio norteamericano, el de sus pioneros. Los ingleses también lo hicieron a través de cintas que defendían la colonización en India, con actores que representaban el lado atractivo como Gary Cooper, y donde el esquirol, el traidor a los suyos, era convertido en héroe ridículo que solo vivía, al final del filme, para tocar una trompeta militar de hojalata...

¿Todo es propaganda, todo es ideología? ¿Puede la ideología justificar la propaganda que es su deriva y consecuencia? ¿Existe en definitiva alguna ideología limpia a la que adherirse?

Y sin embargo necesitamos estas mentiras. Necesitamos creer en que la policía hace recuperar el orden a la sociedad, en que la maldad no triunfa, en que los ejércitos defienden causas justas, en que la justicia existe... Necesitamos en el fondo esa propaganda para no caer en la anarquía brutal y absoluta, o en el universo arcaico y despótico de los fanáticos del terror.

Los españoles nunca tuvimos consciencia de la importancia de la propaganda. No fuimos capaces de dibujar un cuadro atractivo de nuestro pasado Siglo de Oro –olvidando sus horrores, comunes a todos los imperios, pasados, presentes y futuros–. Por eso me gusta la visión, tan ácida como legendaria, de las novelas de Pérez-Reverte sobre el Capitán Alatriste... El hermoso espíritu caballeresco español de

ese Siglo de Oro, que fascinó a los románticos, ha quedado sepultado por una serie de prejuicios foráneos que olvidan que los mismos errores que se cometieron en nuestro país se dieron en todos los demás de la misma época, y tal vez -¿acaso no?- se dan hoy día. Los grandes escritores, músicos y pintores de esta Edad de Oro española han pervivido gracias al valor desnudo de su propia obra, sin que nosotros hayamos sido capaces de realizar la operación de imagen acerca de ese hermoso pasado, como por el contrario han hecho hábilmente los anglosajones.

Estoy divagando mucho. Son demasiados los recuerdos, demasiadas las sensaciones. Y mezclo el pasado con el presente, lo cual no es una mala forma de comprender la Historia. La Historia... también ella está falseada. Muchas veces los historiadores son amanuenses, escribanos al servicio del poder...

Como puedes ver en este momento apenas ya creo en nada...

¿Existe la objetividad? Tan solo en el pueblo, en los testimonios de la gente de abajo, de la gente del pueblo: en la verdad unamuniana de la intrahistoria, en las profundas y significativas anécdotas que relata Valle-Inclán en *El ruedo ibérico...*

Pero ¿en qué facción de la intrahistoria: en la de la izquierda o en la de la derecha? A fin de cuentas, la verdad es tan solo ese retazo de vida que nos ha tocado vivir a cada uno de nosotros. Y la verdad -odio que lo dijeran los existencialistas, tan vacuos en su aparente profundidad- es tan solo la verdad de uno mismo, la que uno ha vivido...

La única solución está en contrastar nuestra propia verdad con la de otros coetáneos... pero dudo mucho que ni aún así se llegue a un acuerdo."

69. *Óscar*

"Amigo Alejandro: Nunca me gustó la música vacía. Reconozco que ha legado buenas voces, como las de Frank Sinatra o Elvis Prestley... pero en el fondo me parecen pretenciosas, carentes de sentimientos, aunque tengan un buen hacer, una buena factura y un buen lanzamiento comercial. También lo era Bing Crosby que, si olvidamos sus disfraces de cura, cantó algunos villancicos inolvidables, porque era capaz del matiz, aunque fuera un engolado.

En fin, no sé a qué venía todo esto. ¿Sabes?, es como si sintiera que mi tiempo se acaba, como si necesitara confesarlo todo, escupirlo todo, sin orden, sin concierto, sin sistema, como la inconsecuencia oral de un niño...

¿Sirve de algo la lógica para entenderse a uno mismo? Pienso en si es posible autoanalizarse. ¿Sirve de algo comprender la causa de tus problemas? Si luego no reaccionas al respecto, lo único que has conseguido es una mejor comprensión de ti mismo, pero tu conducta sigue siendo igualmente errática e inmadura.

Mientras, escucho en mi mente el rock de los orígenes.

¿Por qué la música incide tan directamente en nuestros recuerdos? ¿Por qué asociamos una música concreta a una vivencia concreta vivida al mismo tiempo, en el mismo momento? ¿Acaso no es porque la música hace siempre esos instantes irrepetibles y mágicos, y opera sobre las capas irreflexivas del cerebro, activando nuestros sentimientos junto a la memoria?

Comprendo a Inés. Actualmente tampoco yo puedo vivir sin oír música clásica todo el día. Se ha convertido en una verdadera manía casi enfermiza. La música se adentra en mi mente y crea una especie de fluido mental que activa todas mis percepciones como lo haría una droga, pero sin los efectos negativos y destructivos de esta. De este modo mi discurso mental, la lógica de mi rutina diaria, va acom-

pañada de una especie de sensación de belleza que aleja la percepción de la soledad, y activa las zonas que estimulan mi capacidad de pensamiento y de reflexión. Mi mente, de este modo, está siempre despierta todo el día.

Pienso acerca de todo lo que me rodea. Leo y oigo música, y así reflexiono y analizo mejor lo que estoy leyendo. Y de paso continúo amando a Brahms -sus sinfonías, su música de cámara, de piano-, a Haendel -su música de cámara, su ópera, sus concerti grossi-, la música de cámara y de piano de Beethoven -también sus sinfonías-, Dvorak, Delius, Fauré, Vaughan Williams, Copland, Granados, Joaquín Rodrigo... y los renacentistas españoles: Guerrero, Victoria, Morales, y los renacentistas ingleses... Y tantos, tantos otros, pues solo cito algunos nombres que ahora me vienen enseguida a la memoria. Me encanta descubrir obras desconocidas de autores importantes, y me encanta descubrir buenos autores desconocidos."

"Querido Alejandro: Evoco la dulce serenidad de Venecia, sus brumas, sus amaneceres, sus atardeceres, el misterio ennegrecido por la humedad de sus calles, los encuentros fortuitos, las miradas que se cruzan turistas que deambulan solitarios por esas calles, por esas fuentes...

Venecia tiene la magia y la estética de un tiempo pasado; pasear por ella es como vivir en otra época, mantenerse en un tiempo suspendido en donde la belleza era el primer objetivo de una sociedad política...

Mentira todo sin embargo, y Quevedo y el duque de Osuna lo supieron en el momento adecuado. Supieron de la tiranía política de los mercaderes que se disfrazaba bajo la estética inmaculada de los artistas; la música de Vivaldi en el Teatro de la Fenice, que pude ver y disfrutar antes de que ardiera.

La estética... Cuántas mentiras se han dicho y se han erigido bajo el nombre de la belleza. Como si esa belleza estuviera destinada a constituir un abstracto estrato sobre la vida cotidiana y normal, que es en la que se cuecen las intrigas políticas, los desmanes y las injusticias. ¿Tiene entonces sentido la belleza?

Contemplas el Duomo en la Plaza de San Marcos y admiras su estética, pero luego te adentras en el edificio, y llegas a los sótanos, y te aterrorizas pensando en la cantidad de personas que fueron torturadas y encerradas en aquellas inmensas mazmorras que aún se conservan intactas, como una especie de risa sarcástica del Tiempo y de la Historia contra la Belleza y el Arte.

¿Es el Arte parte de esa mentira? ¿Es la mentira misma? ¿Existe la posibilidad de la Belleza asociada de algún modo a la Verdad y la Justicia, o es una coartada burda, una ficción establecida? ¿Es la Belleza una hermosa mentira?

Y sin embargo, más allá de sus dislates y sus engaños, de sus perfidias y sus trampas, la belleza nos hace convo-

carnos ante la estatua del David de Miguel Ángel en Florencia; después de un largo viaje por los pueblos de Italia, después de contemplar en Verona la tumba mentida de los amantes Romeo y Julieta; después de percibir la mercadería que rige el turismo cultural, y que -lamentable, inevitablemente- es lo que permite que todas esas hermosas obras llenas de belleza se mantengan de siglo en siglo, quizás para que los habitantes futuros de este planeta puedan olvidar las circunstancias históricas en que se compusieron las pinturas de la Capilla Sextina, o tantas y tantas obras del magnífico Renacimiento italiano, obras muchas de ellas que se encuentran en salas poco visitadas, como el Palacio Barberini de Roma, fuera de los circuitos habituales, de los consumidores de fetiches, que no ven diferencia entre la reproducción para turistas que adquieren en la tienda, y la obra genial, en la que te abismas y te dejas perder, con la imaginación en viaje hasta el fondo de la mente del pintor o del escultor...

Antes de que llegara Caravaggio con su percepción de la belleza del adolescente desnudo, que me fascinó en aquella pinacoteca romana poco frecuentada por los turistas, la explosión del cuerpo surgió en el Renacimiento. A través del amor a la mitología, el pensamiento y el arte renacentistas justificaron el sensualismo erótico: ahí reside su verdadera ruptura con los modos anteriores, puesto que en la apariencia conserva el mismo sentido cristiano.

Dirás que barro para casa, pero creo que la base de este Renacimiento italiano tiene que ver con una determinada manera homosexual de concebir el mundo. Entonces se estableció una ruptura eficaz entre la estética y la verdad cotidiana de la terrible existencia que vivían los mortales, gobernados por tiranos desde los inicios de la Historia de la Humanidad -¿es diferente ahora?-. Y esos tiranos apenas entendían la belleza con que les obsequiaba el artista, pero gozaban con tener sometido bajo su poder a quien en el fondo envidiaban por su modo idealista, estético, de comprender la vida y ennoblecerla con el arte y no con la guerra.

Ese noble despótico, el rey ignorante, el militar cerrado, el clérigo avieso o el político arribista, veían en el arte una forma y un medio más de conquista, en su loco y vano esfuerzo por permanecer en la memoria de las gentes. Y los creadores humildemente intentaban hacer un modesto y admirable intento de que la Belleza suplantara al crimen y a la injusticia, a la barbarie de unos tiempos de los que solo nos queda el legado de esa imagen inmaculada de la obra de arte, contemplada por los ojos puros de tantos artistas como ejemplo de cultura y de estética, como si todavía pudiéramos creer que la civilización humana es capaz de ofrecernos generosamente el raro sentimiento de lo sublime de que antes hemos venido tratando."

71. *Óscar*

"Querido Alejandro: Ángel nos mencionaba la dulce voz de Françoise Hardy, cargada de tenues y difuminadas sugerencias, que me evocan la primera vez que paseé por París.

Llegar a la Gare du Nord aún de madrugada, caminar hacia las márgenes del Sena, y contemplar la luz del sol que va tiñendo lentamente las paredes de las viejas casas de la Rive Gauche mientras los *bouquinistes*, libreros de viejo, muestran sus bohemias ofrendas junto al muelle. Y tratas de adquirir una edición en la Pléiade de la poesía de Baudelaire; o unos grabados del *Quijote* por Lalauze, quizás demasiado inspirados en Doré, pero con discreta hermosura en sus trazos pequeños y diminutos, y en sus contrastes oscuros.

La obra de Baudelaire, que te apresuras a hojear como un tesoro, te recuerda que te encuentras ante uno de los países, con España e Inglaterra o Irlanda, poseedores de la más rica colección de maravillosos escritores. Y relees una vez más la poesía del primer Éluard para disfrutar con su imaginación sin límites, su amor sin límites, su belleza sin límites... antes de que la perdiera con Gala, que se fue con Dalí...

Y entras y sales de todos los museos, y te quedas embebido en ellos. Quizás entonces comprendes lo que fue esa época genial de finales del XIX y principios del XX: los trazos de la pintura de Toulouse-Lautrec, la pasión por la mujer de Modigliani, los matices infinitos de Degas, el vitalismo de Van Gogh. Y recuerdas las *Cartas a Théo* que leíste con fruición, y que iban a marcar tu inicio en el difícil, ingrato, inagotable campo del arte.

Quizás luego paras en alguno de los viejos cafés del Sena, y caminas hacia l'Île de la Cité, donde un joven hippie lee un libro de poemas en postura de yoga, y contem-

pla las luces del atardecer que van tiñendo los dos brazos de Sena.

Sales del jardín, caminas un poco, y entras en la Taverne d'Enri IV, te inclinas sobre su viejo mostrador de madera, y te imaginas a Baudelaire charlando con sus amigos, o a Valéry y Rimbaud destruyendo todos los mitos de una sociedad caduca basándose en la liberación de la sexualidad y de la imaginación.

Degustas quesos y vino tinto, y esperas a que vaya cayendo totalmente el sol. Y en ese momento comprendes lo que, años atrás, fue un momento en que los jóvenes descubrieron su propio lenguaje y su propio arte.

La emoción de aquel tiempo vuelve a tu mente y te obliga a preguntarte otra vez: por qué la música es tan importante para el ser humano civilizado, por qué los momentos más relevantes de su historia van unidos indefectiblemente a una determinada melodía... ¿Mi deformación profesional como músico...?

Quizás reflexionas sobre todo esto cuando recuerdas las canciones de Françoise Hardy: el tiempo del amor; el tiempo de los compañeros (*copains*) y de la aventura...; el tiempo del que siempre te acordarás... dicen que a los veinte años se es el rey del mundo... Así reza la letra de la canción que canta la francesita. Y sus dulces, sugerentes, aterciopeladas melodías, te recuerdan otro tiempo: el tiempo de la juventud, en el que tal vez la belleza y la verdad, la autenticidad y la ilusión, podían hacerse realidad como un sueño o una quimera."

72. *Alejandro*

"Queridos Ángel, César y Óscar: Me decíais que la música siempre acompaña nuestra vida y nuestros recuerdos, y me uno a vuestras sensaciones escritas, aún a costa de reiterarlas.

Si Isadora Duncan, en esa maravillosa cinta de Karel Reisz sobre su vida, se emocionaba con la sintonía de *Bye, Bye, Blackbird*, ¿por qué no podemos hacerlo nosotros con la música pop equivalente? Ese film lo vi innumerable cantidad de veces, porque evocaba un símbolo de libertad y de amor al arte, y Vanessa Redgrave estaba espléndida.

Durante muchos años a cada una de mis numerosas novias y amigas les estuve regalando el libro en que se basaba la película, una buena traducción en la editorial Losada de la autobiografía de la Duncan titulada *Mi vida*.

En fin, cada momento de nuestra existencia y nuestro recuerdo tiene como fondo probablemente a una diferente melodía o película, evocadoras...

Os cuento todo esto para que entendáis que descubrí la música clásica con 19 años. Antes de ello la música que conservo en mi recuerdo es la de la rebelión pop, asimilada de modo peculiar en nuestro país, aislado, atrasado, pacato, pero pacífico y en cierto modo encantador en su subdesarrollo.

Estoy con vosotros y vosotras en lo que antes comentabais. Como decía Ángel era la época en que oíamos a los Beatles. Sus pequeñas melenas y su voz ajenas a los registros masculinos -¿masculinos?, seguro que César y Óscar se están riendo- propios de la generación anterior, hacían que adquirir un disco fuera ya una señal de rebeldía.

Cuando compré el primer LP suyo, mi padre se enfadó burlándose de aquella música que consideraba maullidos de gatos y afeminados. Pero, como escribíais antes, los Beatles nos evocan hoy los primeros amores, los primeros

guateques, tan ingenuos, en los que chicos y chicas retorcían sus cinturas al ritmo del twist.

Es verdad lo que decíais: no entendíamos nada de las letras de aquellos jóvenes de Liverpool, pero nos fascinaban. Formados en el francés ignorábamos el inglés más elemental y ello confería a dichas letras una especie de prestigio especial, ignorantes de la simplicidad de las mismas. Sin embargo sabíamos que hablaban de amor y de libertad, y aquello era suficiente.

Tenéis razón: los Beatles nos acompañaban en los primeros programas de música moderna que oíamos en las noches de verano en viejos receptores, encerrados en la habitación, soñando con otros mundos, soñando con la libertad.

Supongo que hoy día, en muchos países sin libertad de otros continentes, muchos jóvenes soñarán, a través de nuestra música, con la libertad de que carecen. Igual ese sueño de libertad, como el sueño americano, se disipará cuando lleguen como emigrantes a nuestros países occidentales, pero al menos siempre sabrán que ha sido posible, que puede ser posible. Y ojalá se produzca el cambio que nos haga retornar a las raíces auténticas de nuestro mundo y nos redima de esta sociedad mercantilista.

Para todos esos chicos y chicas que sueñan con ese sueño, allá va un testimonio lleno de ternura humana de alguien que pertenece a otra generación, a una generación que va camino de su desaparición, como la de tantas fulgurantes estrellas del cine que tanto amamos, y que se han convertido en clásicos en nuestra memoria.

En todo caso los Beatles tenían verdadero atractivo y magia. Cómo si no tragarse películas tan infumables como encantadoras: *A Hard Day's Night*, en la que nos hacían vibrar con sus canciones sencillas, con su modo diferente de entender la vida.

Con Lennon, la suya fue una revolución pacífica que transformó paulatinamente nuestros modos de ser.

Más tarde tuvo lugar su salto a la psicodelia, entendida falsamente como un modo de liberación cuando en

realidad era una forma absorbente y total de esclavitud. De aquí se pasó al atrezzo tipo Cornejo que lucían en *Sgt. Pepper's*. Luego la actitud de sumisión ante unos gurús muy espirituales pero muy preocupados por los temas económicos -algo muy frecuente en toda clase de religiones, por otro lado.

¿Mi biografía? La de una insatisfacción perpetua. Filmé en mi mente, a través de una búsqueda inagotable, a todo el arco de las clases sociales españolas. Recorrí así la de los más ricos y poderosos -insustanciales-, los dueños de Madrid. Hasta la clase media alta de la España provinciana -aún más mediocres-. También la bohemia provinciana reducida y limitada, en ciudades dormidas en el tiempo. La aristocracia corrupta sevillana que conectaba con el universo oscuro -"the dark side of the road" que diría vuestro querido amigo Van Morrison-. La bohemia exquisita de los escritores y artistas de Madrid -que me provoca emoción y añoranza, personajes luego protagonistas de la Historia de nuestra Literatura, en la que han dejado la huella tanto de su capricho como de su genialidad-. La vida de los universitarios de Madrid, las visitas al barrio de Malasaña en noches de humo, vino y risas. El Madrid de la movida, con el glamour de sus muchachas mal de casa bien. El mundo duro, implacable, sádico en su disciplina, que rige la silenciosa belleza de las modelos, su vida tan intensa como falsa... pero de sugerente estética física, que me encandiló como amante de la hermosura en la mujer. Hasta el universo canallesco, peligroso incluso, del inframundo que bordea lo prohibido: el ámbito de los macarras sevillanos, en donde sin embargo encontré una dosis de camaradería próxima a los personajes que Pío Baroja retratara en *La busca*.

¿Qué saqué de esto? La impresión de haber escapado con bien del mal. Y una sensación de vacío, de imposibilidad de retratar, salvo en estas breves pinceladas que ahora os escribo, tantas experiencias que hubieran podido conducirme a un final quizás hasta trágico...

El fracaso de esa película que rodé en mi cabeza, tiene que ver con la imposibilidad para recordarla, salvo en imágenes sueltas y perdidas, en retazos que escapan a la lógica, como mi vida intentaba escapar a la del común de los mortales...

Por lo demás: ¿y nuestro tiempo? La música que legamos, siendo música popular, fácil, asequible, no comparable a la complejidad de la música clásica, constituye un testamento admirable en el que se reconocerán otras sucesivas generaciones. Yo me reconozco en esa música que evocáis.

Si la libertad sexual, que se puede entender de modo honesto o bien libertino, marca como un rasgo determinante el grado de libertad cívica de que gozan los ciudadanos de una determinada sociedad, la verdad es que España despertaba en aquella época. Y hubo un cierto juego con la estética andrógina que inició lo que luego sería el estallido hasta la actualidad, de modo quizás extremamente superlativo, de la estética gay: lo que vosotros, César y Óscar, sabéis mejor que yo.

En esa juventud conocí un chico que era verdaderamente como una hermosa chica, y que vestía petos vaqueros dejando debajo al descubierto la desnudez de su cuerpo, con largos cabellos rizosos y castaños. Su ambigüedad hacía a sus amigos, todos muy viriles, desvivirse por él, como si fuera un muñeco. Incluso aprovechaba muy bien aquella forma en la linde de dos formas de belleza, para llevarse al huerto a muchachas que se divertían con él de lo lindo en la oscuridad nocturna de la playa... Donde quiera que entraba, aquel curioso chico focalizaba las miradas...

España salía de su letargo, y aún no conocía las fronteras de sus propios límites, quizás ni siquiera la definición de su propia identidad. Necesitó tiempo para conocerse a sí misma, pero lo hizo con una velocidad y una clarividencia que la convirtieron en lo que es hoy: un país vital, moderno, lleno de potencia cultural, rompedor de tabúes, que marca la diferencia en el arte, como bien escribíais antes. Pese a los políticos...: ¡saldremos de esta crisis, amigos...!

Pero en aquellos tiempos la música penetraba y "corrompía" dulcemente las costumbres. La música, unida a la libertad, se difundía lenta pero progresivamente, y el ritmo de aquellas baladas trovadorescas sacudía nuestras mentes.

Poco a poco recuperábamos nuestra cultura, nuestra tradición, teniendo en cuenta que –con todos los modos de coerción sociales que España ha sufrido, y que han sido siempre comunes al del resto de los países desarrollados–, nuestra nación siempre contó con la rica pulsión de un pueblo capaz de lanzar un grito de libertad en tiempos oscuros: véase a Torres Naharro, *La lozana andaluza*, el *Cancionero de burlas*, la obra de Quevedo: o la novela picaresca, que ensalza al cobarde y al *outsider* marginal de modo que no tiene comparación y cotejo en ninguna otra literatura de entonces... El pueblo español siempre amó la libertad, siempre fue admirable, y a veces tuvo que sufrir mucho por ello... De verdad lo creo: ¡saldremos de esta crisis, amigos!

Vuelvo atrás en mis recuerdos con la música: Genesis acompañándonos con *The Lamb Lies Down on Broadway* en un hermoso viaje, desde los cursos de verano de la Menéndez y Pelayo en el Palacio de la Magdalena, hasta los San Fermines de Pamplona. Los largos cabellos negros de aquella chica que se perdió en la noche...

Vuelvo atrás en mis recuerdos y evoco aquella medianoche de luna llena junto a la medieval, perfecta, iglesia de San Lorenzo en Córdoba, en la que tus amigos, Óscar, te oíamos en absoluto silencio interpretar *The Girl of North Country Fair*, que eternizaran Bob Bylan, con su voz quebrada, áspera, y Johny Cash con su aliento profundo. La melodía sonaba en tu versión como diferente, propia, acompañada con la guitarra acústica con que habías recorrido el mundo.

Y recuerdo que de repente surgió, mágicamente en la noche estrellada, el lamento improvisado al fondo de una armónica que alguien tocaba desde un balcón próximo, uniéndose a nuestro rito de admiración por dos artistas

geniales que tú estabas recreando. Allí estabas tú, amigo Óscar, y sabes de qué estoy hablando.

Vuelvo atrás en mis recuerdos y evoco tu versión de las canciones de Moustaki, el bardo francés de delicadas, poéticas palabras: "J'ai vu des rois serviles... et des mendiants superbes...". Cantabas con emoción sus canciones en las noches de París, también con luna llena, junto al Obelisco, rodeado de estudiantes...

Vuelvo atrás y recuerdo una habitación repleta de jóvenes, chicos y chicas mezclados, que se despiertan suave, dulcemente, mientras la luz del amanecer penetra por una vieja ventana de aquella vieja buhardilla de Valencia. Y entonces se oye la melodía delicadísima de *Here Comes the Sun* en la voz de Georges Harrison, que era apenas un murmullo de adoración al sol levantino, al sol mediterráneo que se iba colando poco a poco en nuestras vidas a través de aquella vieja ventana en aquella vieja buhardilla...

Vuelvo atrás y oigo *Islands* de King Crimson, y recuerdo la isla de Formentera. Los grupos de jóvenes en los riscos, contemplando el mar y la luna de noche. Mi primera experiencia amorosa en aquella playa...

Llegar a Formentera era un modo de huir de la realidad habitual, y por eso solo podía gozarse, como Ámsterdam, en vacaciones. Los jóvenes buscaban, se sabían pertenecientes a un mismo cuerpo que avanzaba imparable a través de toda Europa y Estados Unidos, y la difusión de esa libertad se difundía por las ondas de todas las radios como un canto universal a la juventud, al amor y la libertad.

Sí: es cierto, todos tenéis razón. Con todos sus grandes errores aquella época fue un gran momento. Siquiera ahora brevemente dibujado en el recuerdo que iluminan vuestros mensajes."

73. *Inés*

"Queridos amigos: Participo en el cruce de vuestros mensajes con admiración y afecto porque efectivamente, en pinceladas sueltas, a todos nosotros nos despiertan tantas vivencias en común, tantos maravillosos momentos.

Más allá de toda esa estela de recuerdos que estáis evocando en la amistad de este intercambio electrónico, me permito derivar hacia una reflexión más abstracta, retomando la línea de pensamiento que antes establecíamos.

Creo que hoy se piensa que el artista no es quien hace arte, quien descubre un camino de belleza, sino el que más vende en los circuitos corruptos del arte.

No quiero que me malinterpretéis. Ni siquiera sé si esto, que estamos escribiendo y simultáneamente leyendo, es una novela o algo parecido. No quiero que nos situemos por encima de nadie, sino simplemente constatar un hecho que referí al principio de estas páginas: la decadencia de la cultura, del arte, de las humanidades, incluso de la actual universidad.

La civilización occidental está amenazada por esta inanidad de pensamiento en la que vive, que la lleva a considerar como determinantes únicamente los valores económicos y científicos, en los que es evidente que ha obtenido magníficos y admirables logros. Pero ¿quién presta atención al mundo de las ideas... más allá de los esfuerzos en su comercialización?

Pronto seremos silenciosos personajes idos de una obra teatral ante un aforo vacío en donde se ha banalizado la obra de arte, convertida en un simple producto más de consumo.

Escucho en el tocadiscos viejos vinilos: la magia de Marriner con St. Martin-in-the-Fields, Giulini, Böhm; el Sibelius de Colin Davis y el de Sanderling; el Haydn de Doratti; Barenboim, el gran Beecham, Bruno Walter... Pianistas como mi querido Rubinstein -todos y cada uno de sus

142 discos constituyen una genial creación llena de intensidad y lirismo-. El piano de Horowitz -las *Escenas de niños* de Schumann...-; Alicia de Larrocha, Gould, Gilels, Brendel, Goulda. El violín insuperable de Oistrach... Sopranos como la Callas, Sutherland, Kiri Te Kanawa, Victoria de los Ángeles, Caballé, Schwarzkopf... La lista sería interminable. Solo dejo en vuestra mente algunas sugerencias...

Y entonces me pregunto, como os decía, si existe la Belleza o es solo una invención del hombre, en la que el arte se aproxima a una forma de mística.

Las últimas canciones de Strauss, interpretadas por Schwarzkopf con Karajan son mediocres, pero la versión final que hizo con George Szell... es verdaderamente sobrehumana, sobrenatural, excelsa. Esto es la belleza, esto es la profundidad, en el momento mágico e irrepetible de la inspiración que tiene el artista solo en contadas ocasiones de su vida...

Y simplemente oyendo música clásica, admirando la magistral y sabia dosificación del silencio, pienso que sin duda alguna existe lo *sublime*, y que quizás consiste en lo que llamaría el *matiz*, y en la interpretación de la obra de arte en ese momento mágico en las fronteras de lo humano y lo divino, tocado por la llama de las musas.

Estamos todos de acuerdo: ninguna forma de arte es comparable en ese sentido a la música clásica occidental, la forma más perfecta, más abstracta, a la vez más humana e intimista de arte. Porque más allá de los trucos de los intérpretes por hacerse con la audiencia, encontramos que los dioses tocan su frente en un determinado momento irrepetible y único, para expresar lo inefable, lo mágico... como ningún otro ser mortal podría hacerlo en ese instante infinito y casi sobrenatural.

Pienso entonces que los pobres artistas, con sus defectos, sus miserias y sus limitaciones como hombres y mujeres, son en realidad una especie de sacerdotes o vestales, los únicos capaces de transmitir la corriente energética e invisible de la belleza desde las esferas inasequibles del universo.

Sin embargo, reflexionando sobre todo lo que hemos escrito y hablado acerca del Arte, en último sentido este se nos escapa y fluye, como nuestras vidas. Tal vez el arte puro no existe, sino los sentimientos puros del hombre con todas sus limitadas imperfecciones.

Lo admirable del Arte, en último extremo, es precisamente que sea así: un reflejo de lo más profundo del alma humana. Y esto se puede obtener en todas las épocas de ese Arte, cada una con su aportación, cada una con su propio sentido y concepto de la vida y la belleza.

Nuestra época, como nuestras vidas, se va, se escabulle, se esconde entre los árboles del bosque por donde huyen las sombras. Nuestros pensamientos acerca del mundo que viene, de la sociedad y las formas artísticas que esperan en el siglo que hemos empezado, desaparecen entre las frondas.

Tal vez, como me decía nuestro buen amigo Miguel, el Arte puro no existe, y ni siquiera el concepto de belleza perfecta. Tal vez lo que se nos avencina no sea una deturpación del Arte sino una forma más democrática, más masiva, más -diría- mediana de ese sentido que se encuentra en el fondo de toda aspiración estética.

Por ello ahora la clave reside en la forma en que utilicemos la información en la red, en cómo se difundan las ideas y los sentimientos, con fácil acceso masivo y generalizado, sobre todo para la gente joven... Tal vez, como nos decía Miguel, no podemos negarnos al futuro, sino esperar algo de él.

A Miguel y a Alba pertenece ese futuro, y en el fondo pienso que todos nosotros y nosotras, efectivamente, deberíamos ser un poco más humildes, y aceptar el cambio inevitable de los tiempos que, una vez más y siempre una vez más, ya ha empezado a producirse."

XII. EL FINAL

"En tus ojos de luto comienza el país del sueño."

PABLO NERUDA, *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, 16.

74. *Ángel*

"Querido Alejandro: En octubre de 2008 temblaron todas las bolsas y los bancos del mundo, también naciones como Islandia o luego Grecia, Irlanda, Portugal, Italia o España. Quizás desde los atentados del 11 de septiembre no habíamos percibido tan claramente la vulnerabilidad de la civilización de consumo.

Los depredadores y especuladores internacionales convirtieron el humo en dinero, y luego escaparon con él a paraísos fiscales. Los países tuvieron que endeudarse para evitar la quiebra de los bancos. Y desde junio de 2010 se consumó el latrocinio universal dejando a muchas personas sin casa y sin trabajo, haciendo recaer el peso de la crisis en los pensionistas y los empleados públicos, en la clase media y la proletaria, justificándolo con la idea reiterada de que todo ello era inevitable.

De toda aquella insólita locura solo nos quedó una inmensa deuda económica.

El mundo temblaba desde sus cimientos.

¿Es este el fin de una época, o solamente una crisis más que será sustituida por otras sucesivas en el péndulo del tiempo?

Si la Gran Depresión americana la salvó un líder que inspiró confianza, pero también –no lo olvidemos– una ley anti-trust que limpió la economía de prácticas corruptas... ¿Fuimos capaces de aprender la lección?

¿Y si salimos de esta crisis...? Con un poco de suerte, decía Marga, tendremos algunos años más de sueño, porque sueño es nuestra civilización de consumo: un sueño de felicidad para unos pocos y de angustia para otros muchos, pero siempre *sueño.*

La sociedad de consumo es una ficción. Todo es ficticio: lo es el dinero que guardas en el banco, lo son las acciones de la bolsa, y... lo que no es ficticio son los sueldos de los banqueros que tutelan la ficción. Pero ahora, estrangu-

lado en Europa el flujo del dinero con una política de recortes que solo favorece a los prestamistas...: si para las bicicletas, te caes...

Y sin embargo, con todos sus inconvenientes, si se mantiene el estado de bienestar, tal vez es la mejor sociedad que ha conocido la Historia. Y si unos políticos afirman que no se puede mantener dicho estado de bienestar... que vengan otros que lo puedan hacer... ya que dicen que estamos en una sociedad liberal de libre competencia...

En todo caso, Marga comentaba que la magnitud de esta crisis es diferente, y quizás, aunque no nos demos cuenta, después de ella la civilización occidental ya no volverá a ser la misma. Tampoco lo fue, a niveles de confianza en la propia seguridad, después del 11 de septiembre de 2001 -el atentado de las Torres Gemelas en Nueva York-, del 11 de marzo de 2004 -la matanza de los trenes de Atocha en Madrid-, los atentados en Londres el 7 de julio de 2005...

Todos coincidimos con ella en que, en este momento de pánico económico, si no se tomaban medidas de altura más allá del simple y minúsculo beneficio, podría llegarse a la desaparición de ese hermoso sueño de libertad que había sido, al menos para algunos, nuestra sociedad... El sueño que soñamos desde los años 70, que habíamos estado evocando en la poesía de sus canciones, en aquellos encuentros entrañables en la casa de nuestra amiga Marga, enferma y, quizás por ello, símbolo de un mundo que llegaba a su límite, extenuado, sin fuerzas... pero que podíamos resucitar si recobrábamos nuestro impulso juvenil, la fuerza de las ideas, la instauración de la utopía, la generosidad y el empuje por generar una forma más armónica y justa de vida.

Marga hablaba y hablaba. Decía que la sociedad de consumo debía mantener el flujo de ese consumo, aunque constituyera una ilusión -ilusión de bienes materiales, pero también de productividad y por ende de felicidad-. Frenar en seco ese consumo conduciría a la asfixia económica. Pero al mismo tiempo considerar que se podía cre-

cer indefinidamente endeudados, era abocar a una forma insostenible de sociedad, desde el punto de vista ecológico y económico -dos factores que van a ir cada vez más unidos en el futuro...

Todos estábamos de acuerdo en que había que defender el estado de bienestar frente a los depredadores salvajes. Y que este debía ser el primer objetivo.

Hacer conscientes a los ciudadanos que deben amar su nación, y ello implica una mayor productividad, mayor trabajo, que es de donde se genera la verdadera riqueza, la única riqueza, y no la de los ociosos especuladores con su información privilegiada.

Aprovechar la capacidad de trabajo de unos jóvenes que son nuestro potencial, unida a la experiencia que podía aportar nuestra generación, formada en mil batallas y problemas.

Y pese a la aparente ingenuidad que hay en todo discurso idealista, todos soñábamos con su arenga, y apenas nos atrevíamos a interrumpirla.

Generar una ilusión...

El verdadero problema -concluía- es que los estados occidentales inyectan dinero para que todo siga igual que antes, para que volvamos a la antigua situación. Y eso, con todo lo costoso que es, a la larga o a la corta representará un retorno a la misma crisis... quizás a la definitiva.

Si en nuestra época nos encontramos en el ápice de los hallazgos científicos y del desarrollo, ¿por qué la depredación y la injusticia?

Decía que había que crear nuevos modos de comportamiento social y político, para que estos no se basaran exclusivamente en la rentabilidad mercantil. Hacía falta, en definitiva, un nuevo idealismo político.

Generar una ilusión...

La noche estrellada allá arriba. Todos nos sentíamos emocionados por aquellas palabras que quizás eran, lo sabíamos, un discurso de despedida...

La noche estrellada. La brisa de aire tibio. La luna allá lejos.

Generar una ilusión...

Levantamos nuestras copas de cava y brindamos por ello.

Marga acarició a su fiel gata Sombra, se recostó junto al felino, y se quedó dormida mientras Brahms sonaba a lo lejos en el viejo tocadiscos...

75. *Inés*

"Después de todos los debates que el tema del arte y su pervivencia nos ha ocupado, llega el momento final en que me pregunto si me he equivocado. Siempre escribí por el placer de hacerlo, y siempre publiqué, en la mayor parte de los casos, sin obtener rentabilidad económica, incluso firmando contratos leoninos.

Me pregunto si todo en la vida no es tan solo eso: dinero y sexo. Ojalá al menos el sexo se convierta en amor.

Me pregunto si no me he equivocado.

Nunca pensé en obtener la fama, ni siquiera la póstuma. Pero a la hora de la verdad quizás han acertado mejor los que optaron por una literatura de masas con rentabilidad económica garantizada, como Marga. Posiblemente porque -en vida del autor- tal vez la fama solo interesa como medio de acceso al dinero, y no como instrumento para pertenecer a un canon de idealistas que ingresen en el selecto cupo del Parnaso que cantó Cervantes.

A lo mejor me he equivocado. A lo mejor todo se reduce a eso: a ganar dinero a través de la fama mediática.

Y sin embargo, como le va a ocurrir a Marga, la vida fenece, las personas desaparecen y, como escribió Azorín en ese terrible y bello capítulo de *Doña Inés*: "*el oro nada puede contra el tiempo*".

En ese momento, cuando la necesidad económica, cuando la aspiración material ha sido deshecha por el paso del tiempo, lo que queda es esa pequeña fama, ese prestigio de la obra auténtica, el pequeño resultado del esfuerzo insobornable por obtener como producto tan solo la satisfacción de haber creado una obra de arte que supere a ese tiempo que nos consume y nos anula.

Es el punto en donde la fama cobra vida propia, más allá del nombre minúsculo del autor, más allá de la posible o imposible rentabilidad del oro. Y la obra se eleva y se pierde en el cielo.

En ese momento, si llega, y nunca sabremos en vida si llega, quizás hayas vencido al Tiempo, quizás hayas hecho una obra que perdure, quizás ese tiempo te haya dado la razón: la razón a tu idealismo, a tu pobreza, a tu generosidad, a tu altruismo.

O quizás –lo que sería un doble drama–: ni siquiera obtengas ese pequeño espacio al sol de una fama por la que diste tu inteligencia, tu capacidad de creación y tu vida.

En todo caso, quizás como un consuelo, me pregunto quién te podrá quitar la profunda satisfacción de haber luchado con el espíritu de la belleza... si es que existe como verdad y no como engaño.

Pero eso no lo sabrás nunca tú, y quizás ni siquiera ese lector o lectora que tiene este libro en este momento en sus manos."

XIII. EL OLVIDO

"Es tan corto el amor, y es tan largo el olvido."

PABLO NERUDA, *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, 20.

"Quien piensen que soy cisne y que me muero".

MIGUEL DE CERVANTES. *Viaje del Parnaso*, IV.

76. *Marga*

"Amigo Alejandro: Te esperamos con interés pronto entre nosotras.

Me dices que esta maldita crisis ha dado al traste con el proyecto más importante de tu carrera, y te ha conducido a la ruina, con tu película convertida en intento frustrado. Espero que seas capaz de superar todos estos inconvenientes, y sé que será así. Siempre has tenido una increíble capacidad de reacción, de superarlo todo, de vencer todas las contrariedades. Solo lamento que estos inconvenientes derivados de tu trabajo te hayan impedido venir antes. Te esperamos en dos días, como dices, y te prometo que iremos a cenar a ese lugar que tanto te gustaba en la vieja zona de los muros antiguos de Llanes, con buena sidra vertida a distancia y desde lo alto sobre vasos anchos de cristal. Estoy segura de que a lo lejos, el mar nos dejará oír su canto de vida en estos momentos de ultimidad final.

Te cuento algo.

¿Sabes? Cuando murió Juan, la persona por la que te abandoné, me sentí extremadamente sola. Su desaparición la viví como un sueño, como algo irreal, y pensaba que aún estaba conmigo cuando hacía ya meses que había fallecido.

Nunca me acostumbraré a su pérdida. Lo conociste y sabes que poseía un gran optimismo vital y rebeldía, junto a una humanidad entrañable. Él era capaz de encontrar en cualquier persona lo mejor de sí misma. Hacía así que todos le quisieran y le amaran por la luz que descubría en el interior de todos nosotros.

Nunca pude superar su muerte.

Yo había sido siempre una persona excesivamente elitista en el trato con el resto del mundo, y solo mostraba interés por aquellos seres próximos al mundo del arte, quizás por esteticismo y por la exigencia humana que unía a mis relaciones sociales.

Afortunadamente siempre fui en el fondo muy solitaria. Ese trato con la propia soledad de mi espíritu me ayudó mucho a sobrellevar la pérdida de Juan.

Cuando murió, después de vivir un doloroso duelo, me ocurrió algo. Al quedarme sola desarrollé mi capacidad de relacionarme, incluso con aquellos a quienes en situaciones normales nunca habría hablado. Aprendí a escuchar a la gente. Aprendí a empatizar con fluidez con toda clase de personas, como hacía él. Aprendí a andar por la ciudad descubriendo rincones, encontrando mil historias humanas en todos sus habitantes. Aprendí a oír, como él hacía. La propia aura suya que heredé potenció el resto: me encontré con que muchos me contaban aspectos íntimos de sus vidas, me transmitían su más oculta intimidad. Había aprendido a ser humana, teniendo en cuenta que -como dijo el filósofo- el arte a veces nos deshumaniza.

Y de aquí surgieron muchas historias y muchos relatos que luego me dieron prestigio y fama, cuando en realidad mi único mérito había sido el de articular y estructurar lo que percibía en hombres y mujeres de mi entorno.

Lo que sí puedo decirte es que desde entonces, dentro de la propia soledad que me acompaña, y que en realidad nos arropa a todos los seres, me sentí mucho más humana, más llena de paz interior y de armonía conmigo misma.

Puede que este sea el secreto de lo que has llamado *éxito*, y que en realidad no surge en mi caso de la consideración que la sociedad, los lectores y los editores tienen conmigo, sino de la idea de hacer pervivir la figura entrañable y admirable de mi querido Juan en mi propia alma y mi propio temperamento, como si estuviera dentro de mí en cada palabra que cruzo con mis vecinos o con las gentes del pueblo llano con las que me relaciono.

Aquí resulta que el sentido social que Juan tenía, se manifiesta en mi propia forma de encarar las relaciones. Entonces la propia soledad se convierte tan solo en un instrumento de autonomía ante los embates de la vida, una forma de ser independiente de todo el entorno. Pero tam-

bién resulta que a la vez amas y comprendes mejor, gracias a ella, ese entorno humano en toda su riqueza admirable.

Este es quizás, como te digo, el secreto verdadero y último de lo que tú llamas *éxito*, y que en definitiva no es sino un modo de superar la propia soledad, preservando la propia independencia. Aprender de todos y todas siendo sin embargo distinto y diferente.

Vivir la vida de los demás, la que te dejan vivir de ellos, la que te transmiten en sus palabras. Aunque tu propio *yo* se mantenga al margen, como el trasfondo desconocido e insobornable de la soledad que acompaña a todos los seres humanos, y que a veces se rompe en la risa compartida o en la conversación cruzada en la que los sentimientos se dilatan y se expanden hacia *el otro* en un intento de hacer más llevadera, también más humana, esa soledad. Marga."

77. *Ángel*

"Querido Alejandro: Me alegra que mañana mismo podamos encontrarnos todos contigo, y que al final hayas encontrado momento de acudir a la casa de Marga. Sentimos mucho la cancelación de tu película, y quiero que sepas que todos y todas te hemos sentido próximo, como si siempre hubieras estado aquí con nosotros al calor de la amistad.

¿Sabes, amigo Alejandro?: ayer hablé con ella y todo me sonaba a música de una despedida.

Se sentó nostálgica ante la ventana, observando cómo caía la suave lluvia sobre el jardín, la suave lluvia del paraíso asturiano en que vivía, y en el que me había comentado tantas veces que quería acabar sus días. Las *Gymnopédies* de Satie sonaban a lo lejos, tocadas al piano por un vecino artista.

Me contó que había disfrutado mucho con las largas veladas entre viejos amigos y amigas que habíamos mantenido en su casa.

Evocó luego un viaje que los dos hicimos, cuando éramos apasionados amantes, antes de que yo me casara con su amiga Inés, mi actual pareja.

Visitamos Cadaqués con la juvenil esperanza de conocer a Salvador Dalí. Nos alojamos en una pensión que había enfrente de la casa del pintor. Paseamos por el mar bajo un cielo plomizo y gris, pisando las piedras diminutas de la playa, los cantos rodados que nos recordaban las canciones de los Rolling y las de Dylan. Precisamente la música de Dylan nos acompañó todo el viaje, desde aquellos versos: "She have anything she needs,/ she's an artist, she don't look back...". Hasta *Tangled Up in Blue*, porque enredados en la tristeza y el azul del blue estuvimos durante todo el viaje, disfrutando de la conversación, de los paseos, de la carretera infinita, de los paisajes, del mar, y luego de los pueblecitos de la costa vasca.

Me recordó que no pudimos acceder a la casa de Dalí, que estaba vacía. Incluso el museo estaba cerrado por ser lunes. Y retomamos la carretera, el camino que marcaba la ruta sin fin, conduciendo día y noche sin parar, charlando, hablando del arte, de la vida, de los amigos.

"My love she speaks like silence...". La música de Dylan iba siempre al fondo. Y llegamos a los pequeños pueblos vascos, llenos de belleza agreste y salvaje. En Lequeitio nos detuvimos para pernoctar en plenas fiestas. El mar al fondo, la dulce brisa, las olas rompiendo sobre la playa, los faroles de papel alumbrando el pueblecito de pescadores...

Marga decía que España, si no la descomponen y corrompen los políticos y los señores del dinero, es el país más hermoso que existe, y sus gentes las más abiertas y hospitalarias, las más generosas en sus grandes virtudes humanas.

Hacía un canto del pueblo español, que adoraba, al mismo tiempo que derivaba sus críticas hacia los estamentos políticos y las instituciones que habían tenido que sufrir históricamente los españoles con su admirable carácter, con su aprecio a la vida, a la felicidad, a la libertad.

Marga... Se me llenan los ojos de lágrimas, amigo Alejandro, porque los dos sabíamos que aquellos eran recuerdos que nos unían en los últimos momentos.

Y al fondo la música de Eagles, su *Take it Easy*, su *Take it to the Limit*. Y luego su hermoso *Hotel California*, con la canción que daba título al disco y su *The New Kid in Town*, que nosotros habíamos sido en otra época. Aquella música que nos acompañó en un largo viaje hacia los Alpes italianos, para disfrutar de la inmaculada superficie de la nieve rodeada de abetos orgullosos y altos en Cortina d'Ampezzo...

Aquellos tiempos en que fuimos jóvenes y hermosos... Aquellos tiempos en que viajábamos en viejos automóviles desde París a Ámsterdam, con la música siempre de Cat Stevens en la mente... Dylan y su *Just Like a Woman*: la muchacha que se rompía haciendo el amor como una mujer... O el temple poderoso de la Credence Clearwater Revival con la voz de John Fogerty.

Caminábamos, y conducíamos coches, y viajábamos buscando siempre lo imposible, mirando siempre más allá, al límite de ninguna parte...

La música era la rebeldía, y la música era la juventud, y la música era la infinita libertad a que aspirábamos y que estábamos poco a poco consiguiendo región por región, país por país... en todos los lugares en donde la gente joven oía aquellas canciones que evocaban todo un universo de promesas de cambio que podíamos obtener y conquistar simplemente con alzar la voz, con cantar, con rasgar las cuerdas de una guitarra y erigir un himno definitivo, haciendo de nuestra aspiración el símbolo eterno de un sueño. Aquello era, simplemente, la música que amábamos y con la que amábamos.

Por eso, cuando esa noche oí aquella balada de Dire Straits en su disco *Brothers In Arms*, la letra dulcemente entonada por la voz ronca de Mark Knopfler, la melodía de *Why Worry*... Aquella guitarra de infinitos matices, de infinita melancolía, aquel canto imposible... Cuando oí de nuevo aquella canción, preferida de Marga, las lágrimas brotaron de mis ojos. La miré y la vi también llorar, ocultando su rostro, vuelto hacia la ventana, mientras la lluvia caía suavemente sobre el jardín...

Y pensé que la música son los recuerdos, el universo de sensaciones afectivas que rodea a esos recuerdos. Que la música es nuestra intimidad más recóndita y personal al fondo del cerebro. Que la música es nuestra propia vida, y que cuando la oímos y amamos a las personas que la oyen, y cuando amamos al mismo tiempo esa música, cada vez que suena en nuestra mente volvemos al mismo amor y a las mismas sensaciones, como si estuviéramos enredados en su tristeza...

Entonces supe que Marga y yo íbamos a separarnos, esta vez de modo definitivo y último. Que ella iba a iniciar un postrer viaje hacia la oscuridad de la que nunca se vuelve. Y que en otro momento de mi vida a mí me tocaría realizar ese mismo viaje, el viaje que hicimos juntos en otras épocas, conduciendo un viejo coche por las carrete-

ras del País Vasco, de pueblo en pueblo, de playa en playa, de luz en luz, de noche en noche...

Fue aquel un instante que nunca olvidaré. Porque la música siempre nos acompañaba, y la misma música estaba ahora, por azares del destino, sonando en la vieja radio...

La vi demacrada, con la tez pálida, como si hubiera tenido la visión, *La Dernière Vision* que retrató Augusto Rodin en su friso: la visión de la Dama Negra, la verdadera verdad, la última, la definitiva.

Y pensé de qué le había servido su gran amor al trabajo bien hecho. Porque estuvo trabajando hasta el último momento de su vida, como si todo dependiera de ello.

Pero es verdad que su arte es el legado que deja. También el amor a los que la amaron, y a su joven hija Alba. Y el amor de todos los amigos que la conocimos, la tratamos y la admiramos.

Tal vez entonces recordé a dos grandes escritores españoles que reflexionaron sobre la muerte: el genial Cervantes, luchando contra ella en su lecho, escribiendo las últimas páginas de su novela mientras trataba de terminarla antes de que la vida le terminara a él; y las reflexiones profundas, eternas, del gran estoico y sarcástico personaje que fue Quevedo, para quien el tema de la muerte -él que la sintió en vida- estuvo siempre presente en todos sus escritos, como eje alrededor de los cuales pivotó su existencia. Sabiendo que nos espera el fin, que todo se acaba, que el vacío nos traga y nos consume. Y lo que haya detrás de todo... es una pura intuición que surge del instinto humano de supervivencia, una ilusión, una esperanza, o quizás un engaño... Porque la única, la verdadera, la aterradora, la única realidad es la de la Muerte y el Final.

Por eso no puedo quitarme de la cabeza la enorme impresión que me causó su última imagen: su tez blanquecina, sus ojos antes llenos de luz ahora apagados y tristes... Sentí a Marga más humana y más vulnerable; y la amé más que nunca, sabiendo que pronto tendríamos que separarnos para siempre.

Fue un momento que nunca podré olvidar. El momento de una despedida, la última, la única, la postrera despedida...".

78. *Alejandro*

"Querida Alba, hija mía: Por qué tus ojos verdes brillan mientras el ruido salvaje y primitivo de las olas del mar recoge el fondo de la respiración del universo que late en esta noche.

Por qué confías en mí más allá de mis ideas rotas, de mi corazón roto, de mi alma rota, de mi mente encerrada en la soledad de un corredor pasillo que lleva a ninguna parte, mientras mis ideas se funden en el silencio oscuro que late detrás del fondo abisal de tu mirada, tratando de descubrir, Alba, la idea primigenia de la que surgió el primer mundo con la primera mujer, y la primera amada a la que un poeta cantó con voz bronca y un pintor dejó reflejada con el color rojo de su sangre en las paredes de una caverna.

Por qué te quiero y me quieres. Por qué el mundo gira impasible, ajeno a todos nuestros sentimientos, el mundo del que un Dios ha desaparecido y del que solo nos ha quedado el rastro desnudo de un algoritmo, y las fórmulas matemáticas de leyes físicas que encubren el alma y el espíritu que unen a los amantes, el alma y el espíritu del que surge la emoción ante un cuadro, ante una música, ante un poema.

Anoche, después de unirme a vuestro grupo y llegar a la casa, sabes que tu madre y yo salimos a cenar. Estuvimos en un restaurante modesto de la zona vieja, que ella adoraba.

Anoche hablábamos tu madre y yo de soledad a soledad, ajenos al ruido de la muchedumbre que poblaba el restaurante en donde nos dimos cita la última vez que conversé contigo, Marga, amiga, mi otra alma, mi alma gemela, mi alma perdida, mi alma que se pierde en el laberinto cerrado de un corredor que lleva al final oscuro de la muerte.

Por qué sin embargo nos aferrábamos a la vida, y queríamos respirar el uno en la boca del otro, con la lengua y

los labios sellados, enredados en un beso profundo capaz de llevarnos más allá de la muerte, más allá de la vida.

Y mientras, el mar sonaba sin tregua con su ruido salvaje y hermoso, con su espuma blanca, esperma del universo que se derramaba como un canto de amor primitivo e ingenuo por toda la Noche...

Por qué todos, Alba, amamos tanto a Marga justo en el momento en que nos dimos cuenta de que íbamos a separarnos. Como dos amantes que se besan hasta el fondo del beso cuando van a despedirse en la estación, con un tren que les llevará por caminos infinitos, más allá del brillo de los raíles que marcan el frío acero que subyace como una realidad material sobre la que las ruedas de ese tren transportarán tu cuerpo, transportarán tus sentimientos, transportarán tu alma hacia un Destino imposible, hacia un fin de camino que no puede percibirse, que no puede adivinarse, que solo puede presentirse como ese momento final en que las últimas canciones de la tarde alaban y eternizan el instante en que cae el sol en el crepúsculo, y la luz desaparece, y solo queda la tristeza final de una despedida, la del que camina solo, sobre las vías de un tren, hacia el último viaje, llamando y golpeando con los nudillos a las puertas del cielo.

En ese instante sonaba Dylan en la despedida final, *Knock, Knock, Knocking on Heaven's Door*... Y yo me sentía un niño que soñaba con el amor infinito que surgía del ruido de las olas del mar golpeando con insistencia detrás de la ventana. Y yo me sentía como un perro herido que trataba de aferrarse a lo que más amé y a lo que más amo, sabiendo, Marga, que habías decidido que íbamos a separarnos como dos viejos amantes que se besan largamente con un beso eterno en la estación del tren de los olvidos."

79. *Inés*

"¿Sabes, Alejandro? Durante muchas tardes Marga y yo paseamos por la playa contemplando las mil formas diferentes de los mil atardeceres posibles.

Marga, en ese momento de la tarde que preludia el crepúsculo, se quedaba siempre extasiada y silenciosa. No sé en qué pensaba. Quizás en nada, quizás en la Nada, o quizás tan solo recordaba el mar de su infancia, sus juegos de niña, porque cuando la muerte se acerca y nos acecha es cuando tratamos de volver al útero materno, y retomar las imágenes que se graban de modo indeleble en el alma de una niña, la niña que fue Marga, la niña que fui yo, la niña que éramos las dos.

El mar se tornaba de verde en azul, y a lo lejos las olas dejaban rastros de espumas, como si estuviéramos navegando en un barco que surcara las aguas rumbo al infinito.

Marga hablaba a veces de los románticos: de la obra de Poe y Espronceda, de una modernidad profunda y enigmática en su belleza, la misma silenciosa belleza que yo podía ver reflejada en los ojos de Marga en los que brillaban las luces del crepúsculo inminente que iba a seguir al atardecer.

Era hermoso estar junto a ella, contemplando el mar, ensimismadas y unidas por una misma sensación de belleza, como si esa belleza fuera el único instante que la vida nos permitía rescatar del cúmulo de tormentosas experiencias en que constituía la vida de cada persona, la vida de Marga, mi propia vida.

Y en ese momento cumbre en que las luces iban cayendo con el sol detrás del mar, Marga y yo navegábamos mentalmente juntas en silencio y nos íbamos hundiendo detrás de la línea del horizonte, con nuestras miradas cómplices de ese instante que era el instante en que todo desaparece,

en que todo se esfuma, en que todo se pierde y se difumina como la luz, camino del reino de las sombras.

A veces Marga gustaba de contemplar a las jóvenes adolescentes, que aprovechaban aquel último momento de sol, con sus cuerpos esbeltos y flexibles, con sus cabellos mecidos por el viento del atardecer. Y aquellas jóvenes éramos seguramente Marga y yo en otro tiempo. Y renacíamos como una imagen que devora a otra imagen en un juego infinito de espejos de feria, la feria de nuestra infancia, la feria de nuestros sueños...

Quiero decirte que aquellos momentos poseían la intensidad que solo la belleza, el amor y la amistad pueden conferir a un rastro de tiempo que nos lleva a otro tiempo, más allá del Tiempo que nos sume, nos sumerge y nos devora, como las olas de aquel mar chocando contra los riscos con su espuma blanca, con su gesto de bravía y animal intensidad, con su afirmación de la negación, con su especial modo de decirnos que somos como las olas de ese mar que chocan, se revuelven, mueren en la playa, se rebelan en la arena y vuelven a resurgir en otros cuerpos y en otras mentes, quizás en los cuerpos y las mentes de aquellas hermosas muchachas adolescentes que jugaban en la playa aprovechando el último instante de luz, el último momento del día, el último momento de belleza.

La amistad y el amor se hacen a veces de silencios. Nada hay más elocuente que el silencio, decían los sabios, y así me sumergía en el universo de Marga mientras contemplábamos morir el día. Nuestras dos mentes hermanadas por la contemplación de los infinitos tonos de luz y color, nos sugería que un pintor extraordinario, quizás desde un mundo muy lejano al que algún día tendríamos acceso, nos estaba ofreciendo el cuadro magnífico que resume y condensa toda una vida, toda la vida, toda vida...

Allá a lo lejos, una joven pareja de enamorados se protegía del viento del atardecer con un pareo. Se abrazaban bajo aquel manto, que era el manto de estrellas en que enseguida se iba a convertir el universo. Se besaban largamente, y los cabellos rubios de la chica se enredaban entre

los cabellos castaños del chico. Protegían su intimidad en un momento de juego, como si la vida fuera tan solo eso: un juego de jóvenes enamorados rozando con sus dedos la belleza de sus cuerpos, la belleza del infinito.

Y la risa de las muchachas en sus juegos llegaba hasta arriba del acantilado, y la oíamos mientras en la distancia el ladrido de algún perro nos recordaba que existía un hogar, que existía una casa en que podríamos albergarnos al final del camino, más allá de la noche... detrás de la muerte.

Había algo de voyeurismo en la actitud de Marga y mía en aquella tarde. Y pensé que quizás el artista es tan solo eso: un voyeur impenitente, canalla y desaprensivo, que contempla a través del ojo de una cerradura una porción de vida, una porción del cuadro del mundo, una porción de la belleza en que consiste la vida, la vida que intenta apresar más allá de su inevitable fugacidad, captándola para siempre -¿existe el *siempre*?- en la forma de su obra, quizás sin saber que es una aspiración inútil, porque esa obra también acabará por destruirla el tiempo, como nuestras propias vidas, como nuestro propio planeta, como nuestro entero universo.

Y sin embargo esa obra de arte podría ofrecer, como un homenaje póstumo, una posibilidad al lector, al espectador, al voyeur, de pensar que existe o debe existir o queremos que exista esa palabra: SIEMPRE."

80. *Irene*

"Querido Alejandro: Cuando leas este mensaje en tu ordenador quizás ya todos hayamos vuelto a nuestros lugares de origen, y hayamos abandonado la casa de Marga.

Todos estuvimos a su lado en sus últimos momentos, todos llegamos a morir un poco con ella.

Marga esperaba con gran emoción tu llegada, que se produjo el mismo día anterior a su muerte. Era lo último que deseaba en esta vida: poder volver a verte, poder besarte de nuevo, y recordar el tiempo en que ambos fuisteis amantes y felices.

Ella siempre te quiso como el amor de su vida, incluso después de que os separáseis, después de que le dejaras en testimonio del fruto de vuestro amor a su hija Alba, verdaderamente hermosa, verdaderamente inteligente, verdaderamente espléndida.

Nosotros todos hemos llorado la pérdida de nuestra amiga hasta que no nos han quedado lágrimas.

Marga conocía la inminencia de su muerte. A sus próximos, los reunidos en su casa solariega, nos confesaba su desazón por el viaje que iba a emprender.

Nos decía que la Nada es lo que aguarda al hombre al final del camino, pero que la compañía de los seres queridos constituye una forma de mitigar ese viaje que solo la persona sola va a realizar. Y que lo ideal era que en ese momento supremo no hubiera dolor, y se sintiera acompañada del cariño y el amor de todas las personas que la trataron en vida, sus más íntimos allegados.

A veces Marga se consideraba nihilista, y su escepticismo se convertía en una mueca trágica, como la del último Larra y la del último Espronceda. Repetía que quería burlar la muerte utilizando los medios de que disponía para anticiparse a ella, para que no la encontrara hundida y deshojada como una flor seca.

Decía que quería morir sabiendo que ella era quien controlaba el momento supremo del fin.

Decía que iba a partir hacia la Nada, pero que confiaba en vencerla y superarla más allá del olvido, dejando la huella en el camino de todo el amor que había proporcionado a los suyos, de todo el amor al amor que había definido su obra, de todo el amor que seguía sintiendo hacia la vida, ahora que la vida se le escapaba y estaba en el punto límite en que los sentimientos se afilan como la punta de una lanza.

Decía que la Nada es la compañera del hombre y la mujer desde que nacen, y que se retorna a ella como se retorna al cuerpo de la madre de la que salimos, la madre Tierra, la madre de todo lo que existe y que siempre nos espera.

Decía que el olvido es lo que nos espera a todos. Que solo pervivirá, no se sabe por cuánto tiempo, el amor que dejamos en las personas que prolongan nuestra existencia, en nuestros hijos; y las obras que prolongan lo que nuestra mente consiguió apresar de la belleza.

Decía que únicamente buscaba conseguir que en algún momento alguien, leyendo sus textos, sintiera por ella el afecto y la amistad que vence al tiempo, y la hiciera reencontrarse con su espíritu más allá de ese Tiempo que lo acaba todo. Aunque era consciente de que esta fútil y prescindible manifestación de engreimiento narcisista era en cierto modo un falso consuelo, asociado al deseo de la pervivencia de su mente, su espíritu y su cuerpo en el de los seres queridos que engendró, como vuestra hija Alba.

Quizás, cuando todo se extinguiera, cuando la Tierra se deshiciera en pedazos, cuando el olvido nos sumiera en el polvo lejano de las lejanas galaxias, entonces sus sentimientos de amor a la vida, de amor al amor, y de amor al arte, constituirían un homenaje al girar de las esferas, a la aritmética que rige con sus leyes la banalidad vacía de la Nada que nos aguarda a todos tarde o temprano.

Y sin embargo tal vez ese homenaje constituyera un lujo inútil, una forma estéril de buscar la supervivencia en

un cosmos que solo se gobierna por la matemática de las leyes impersonales e inhumanas que lo definen, y frente a las que los humanos, en un último esfuerzo, tan solo queremos dejar el testimonio de un beso, el último beso que es un canto a la vida, un canto al amor, un canto al universo que nos sustenta y nos devora, un canto a la Nada que es al mismo tiempo un canto al Ser, aunque sea efímero, mutante, cambiante e injusto, más allá de esas rigurosas leyes que lo rigen todo que lo acaban todo, que lo consumen todo, que nos hacen ingresar en el Todo que lo engulle todo.

Marga no lloró mientras yo lloraba. Parecía que la frialdad intelectual que siempre arropó y ocultó sus afectos más íntimos primaba sobre estos sentimientos que compartíamos, sabiendo que estaba a punto de emprender un último viaje que nos esperaba a todos, más tarde o más temprano, al final del camino.

Aquella fue la vez postrera que pudimos oír su voz. Y ella sabía que se iba, acompañada del cariño de todos sus amigos que allí estábamos. Tu presencia y la de vuestra hija, a la que estaba profundamente unida, sirvió para mitigar ese momento terrible de partida.

Marga todavía tomó dos copas más. Quizás el brillo del cava en sus ojos constituía aún una forma definitiva de luchar por apresar un Tiempo que se le escapaba de las manos como el agua y la arena de las manos de un niño.

Nosotros nos quedamos charlando en el mirador, contemplando la noche estrellada y una luna enorme y gigantesca que crecía como la Diosa Blanca a la que cantó Robert Graves, prolongando el pensamiento de los griegos. De los griegos de los que deriva nuestro pensamiento y nuestra civilización, también de los latinos que la asumieron. Los filósofos y los matemáticos griegos y latinos que edificaron nuestro mundo occidental, nuestro mundo europeo: el mejor de los mundos posibles si se aceptaran verdaderamente las premisas de paz y sabiduría que definen a ese pensamiento clásico, inventor de la belleza, de la justicia,

de la democracia, y de todas las formas de pensamiento que nos fortalecen mientras vivimos y morimos.

Marga nos dijo que se iba hacia la Nada, pero desde ella, desde el juego matemático de las esferas, su espíritu, perdido en el polvo de los siglos, siempre constituiría una forma de recuerdo de todos aquellos momentos intensos y hermosos que habíamos compartido juntos mientras vivimos.

Marga nos dijo que la muerte y la vida, como escribió el poeta, son dos caras de la misma moneda, y que esperaba que el recuerdo de aquella moneda que definió su vida y su obra perviviera lo suficiente entre nosotros, como un testimonio de quien quiso rebelarse ante la Nada, dejando la huella imposible de su pie sobre la arena que el agua borraría tarde o temprano, el agua que representa el flujo rítmico de un cosmos implacable e imposible más allá de sí mismo.

Marga nos dijo adiós y se perdió entre las brumas del jardín. Oímos su cuerpo arrojarse a la piscina. Y en la piscina la encontramos desnuda y ahogada horas más tarde.

Nosotros creímos que se fue en un último intento de aprisionar con la forma más intensa aquello en que consistía el juego lleno de rebeldía y optimismo insaciable y entrañable de esa vida. La vida que vivió y que ahora había agotado en un último esfuerzo de mantenerse hasta el final lúcida, acompañada del amor de todos los que la conocimos, de todos los que la admiramos como mujer y como artista, de todos los que la amamos, de todos los que la quisimos, de todos los que la acompañamos hasta la orilla del río en que la aguardaba, como nos aguardará a todos, la barca de Caronte, la barca del Destino.

Y todos y todas comprendimos que aquel supremo momento era una forma de homenaje al Tiempo, al Tiempo que nos corroe y nos sustenta. Al Tiempo que nos ignora y nos hace creer la ilusión de que podemos domarlo, como ofreciéndonos una oportunidad para vencerlo. Al Tiempo que nos crea y nos destruye, al Tiempo que nos hace suponer que podemos existir sin existir, más allá del Tiempo."

81. FRAGMENTO ANTEPENÚLTIMO. *Inés*

"Querido Alejandro: La vida continúa, y la historia sigue caminando, a veces de modo tortuoso, tal vez en progreso. Pienso que quizás, cuando todos hayamos desaparecido, las generaciones que leyeron nuestros libros, que vieron nuestras películas, que degustaron nuestras pinturas y nuestra música, nos tendrán por mejores de lo que fuimos, porque cualquier tiempo pasado fue mejor, y la memoria de los pueblos suele estar asociada a la mitificación legendaria de ese pasado.

Ahora que te escribo, aún en la mente la irreparable pérdida de nuestra amada amiga, cuando nuestros padres murieron, cuando tantos compañeros y compañeras murieron, entiendo que la muerte es el final inexorable, la estación de Destino.

Recuerdo los versos del gran Quevedo, con su estoicismo sarcástico y rebelde. Y pienso que, a pesar del amor, a pesar de los que nos aman y a los que amamos, morimos finalmente solos, como esta civilización, como esta sociedad, como estos tiempos de los que hemos sido testigos, y de los que solo quise dejar un pálido, pequeño, diminuto homenaje en las páginas de esa novela que llamé *Éxito*.

¿Tuvimos éxito en nuestro intento? ¿Mereció la pena ser idealista, o hubiera sido más fructífero ser cobarde? ¿Fuimos vencedores o vencidos? ¿Fuimos, en todo caso, algo, alguien... más allá del polvo que nos espera?

Son las preguntas que me hago.

En todo caso estoy segura de que, con todos nuestros defectos, avanzamos en nuestra vida en dos campos fundamentales, perfectamente interrelacionados, que son la piedra de toque que permite conocer el progreso y la felicidad que reinan en una sociedad determinada: aumentar simultáneamente la capacidad de crítica y la inherente facultad de libertad.

El texto que compusimos, *Éxito*, ni siquiera constituyó al final un retrato de triunfadoras y triunfadores, porque no hay triunfo más allá de la muerte.

Fue tan solo un tímido retrato de varios personajes. Sin psicología, sin historia, sin trama, sin argumento... Tan solo retazos de vida, trozos de nuestra imaginación y nuestra memoria, rasgos de nosotros mismos.

Quizás por ello Marga, cuando estaba a punto de morir, después de leer este texto que estaba todavía inacabado -la muerte lo acaba, es el acabamiento- se emocionó y, apenas de modo inaudible, me musitó unas palabras, los versos tremendos de Quevedo:

"(...)
Yo soy aquel mortal que por su llanto
fue conocido más que por su nombre
ni por su dulce canto;
mas ya soy sombra solo de aquel hombre.
(...)
Tú, pues, ¡oh caminante!, que me escuchas,
si quieres escapar con la victoria
del mundo con que luchas,
manda que salga lejos tu memoria
a recibir la muerte
que viene a cada punto a deshacerte.
No hagas de ti caso,
pues ves que huye la vida paso a paso,
y que los bienes della
mejor los goza aquel que más los huella.
Cánsate ya, mortal, de fatigarte
en adquirir riquezas y tesoro;
que últimamente el tiempo ha de heredarte,
y al fin te han de dejar la plata y oro.
Vive para ti solo, si pudieres,
que solo para ti, si mueres, mueres."

Tal vez pensó en la soledad absoluta del propio *yo* enfrentado al momento final y definitivo: *vive para ti solo, si pudieres,/ que solo para ti, si mueres, mueres.*

Pero una cosa es la muerte literaria de la que escriben los autores y otra la muerte humana, real, verdadera. Una cosa es el tema poético o incluso dramático de la muerte y otra la muerte que nos espera, nos asume y nos integra en su cuerpo negro e insondable, eterno.

La muerte verdadera es la de los ojos huecos, la de las calaveras y los huesos corroídos de los cementerios. La muerte es la verdad, y es más real que la vida misma. La muerte es el beso que di en la frente del cadáver de Marga el otro día... y no olvidaré nunca el frío contacto de mis labios con la piel de su frente de cera que ya no tenía calor, ya no tenía vida...

Tantos escritores que han tratado el tema del paso del tiempo, de la inexorable cadena que nos conduce al final... Tantos pintores que han intentado dejar eternizada en el arte su visión de un instante en el decurso fluyente de ese tiempo...

El momento supremo, aquel en que hasta el amor lo deshace la muerte. Aquel instante en que plantamos cara al vacío y quizás encontramos, como único asidero, esa colección de recuerdos dormidos en nuestra memoria, que nos invitan a soñar que alguna vez fuimos jóvenes, que alguna vez, siquiera, fuimos."

82. FRAGMENTO PENÚLTIMO. *Inés*

"Amigo Alejandro: Como sabes Marga era aficionada a los gatos. Te conté que tenía una hermosa gata siamesa, de piel sedosa y fascinantes y profundos ojos azules, que siempre la esperaba cuando salía de casa.

Poseía la elegancia elástica y misteriosa de una pequeña pantera. Marga la había llamado Sombra, y la adoraba. Te conté que la había cuidado después de que apareciera por la finca muy herida de magulladuras. Y el animal le respondió con todo su agradecimiento. Tenía miedo de salir de la finca, quizás porque había tenido malos encuentros con perros, o porque algún vecino había intentado, afortunadamente sin resultado, matarla.

Esa gata parecía disponer del dominio sobre el propio espíritu de Marga, según me confesaba: se sentía representada en ella, como si de un símbolo mágico se tratara.

Ser como una gata: cariñosa, aparentemente domesticada, pero en el fondo salvaje, independiente, solitaria y libre.

Cuando Marga estaba pronta a morir, aquella gata, que pudo pertenecer a Baudelaire, mostraba una infinita tristeza, y se deslizaba por los rincones de la casa en silencio, como un lamento sin voz.

Marga nunca impidió que llevara una vida salvaje, y parecía que hubiera entre ambas una especie de entendimiento a través de invisibles vibraciones, típicas por otro lado de los felinos. Sombra parecía incluso captar el sentido de sus palabras, y desde luego el estado de su ánimo.

Sombra fue siempre libre, como Marga quería. Y, el día en que nuestra amiga murió, Sombra se convirtió precisamente en eso, en una sombra, como si la vida hubiera desaparecido también de su espíritu y de su cuerpo.

Sombra la esperaba inútilmente a la puerta de la casa, confiando en su retorno, aunque de su aspecto triste y abatido se desprendía la sensación evidente de que sabía que

su ama había partido al reino de las sombras, que ella simbolizaba con su figura, sus ojos azules y su sombra...

Aquel día estábamos sentados en el salón, pensando qué sería de la hermosa casa de Marga, ahora que ella había desaparecido; y qué habría sido de su anfitriona, dónde estaría el alma de Marga... Quizás no muy lejos de allí.

Te echaremos de menos, Marga, en las tardes grises de lluvia en la que resplandecían en la oscuridad tus ojos verdes.

Te echaremos de menos, Marga: tu valentía, tu tesón, tu capacidad para entender a la gente, tu humanidad inmensa, tu visión positiva de las cosas.

Echaremos de menos tantos recuerdos...

Miguel y Alba evocaron sus paseos por París. Y decidimos todos que un bonito detalle sería arrojar parte de tus cenizas, Marga, en L'Île de la Cité, donde se separan los dos brazos del Sena como si fueran dos amantes que se despiden: en aquel punto especial en donde los atardeceres se convierten en fuegos irisados que respiran en la piel del río con reflejos multicolores. En aquel momento en que nos enamorábamos y percibíamos lo especial de cada instante, el del crepúsculo infinito hacia el que caminamos todos sin saberlo, sin haberlo sabido nunca, sin apenas darnos cuenta. Del mismo modo en que te fuiste, dejándonos solos en la soledad inmensa de los días cegados por la rutina, mientras que tú hacías que nuestra vida fuera más mágica y más intensa.

Te echaremos de menos, Marga. Recordaremos cuando oíamos la alegría del taconeo de tus zapatos y venías a recogernos para disfrutar la noche, la misma noche en la que has desaparecido desnuda y sola como una náyade en el agua, el agua que tanto amabas, el agua a la que decías siempre que pertenecías.

Te echaremos de menos, cuando venías con tus primos, aún niña de dieciséis años, vestida con el encanto y la clase que tenías, con tu jersey de rayas azules y blancas, marinera navegando en el mar proceloso de la vida, evitando siempre la maldad, ofreciendo tu bondad como lenitivo a

un mundo injusto e insolidario por el que luego trabajarías con los más desfavorecidos, en tu obsesión por salvar siempre a los niños, enamorada de la pura mirada de la infancia, como si el interior de tu alma no estuviera capacitada para comprender la maldad sino la inocencia eterna.

Te echaremos de menos de veras, Marga. La intensidad de tu modo de comprender la vida, la intensidad de tus anhelos, los proyectos que siempre luchaban en tu mente como una forma insaciable de apurar el momento y transformarlo en algo mágico. Mágico como tu mirada. Mágico como tu presencia. Mágico como tu vida.

Te echaremos mucho de menos, amiga Marga, todos los que te conocimos y te amamos, todos a los que deslumbraste con tu forma especial de sentir y vivir.

Y trato de no continuar mi escritura para que las lágrimas no empañen mi mirada, para poder seguir la vida sin ti, para poder seguir viviendo por ti, para poder recordarte siempre como lo que siempre fuiste: una mujer extraordinaria, una amante excelsa de tu marido, una madre atenta a las confidencias de tu hija, una amiga en la que siempre se podía confiar porque siempre te diría la verdad de lo que pensaba y de lo que sentía.

Te echaré mucho de menos, Marga.

Te echaré de menos y sentiré el vacío de tu ausencia como una forma de sueño, como si todo hubiera sido tan solo una alucinación onírica en la noche, como si en cualquier momento pudiera volver a sentir el hálito de tu espíritu, el aura de tu cuerpo, la luz de tu sonrisa y de tus ojos verdes.

Te echaré de menos como si tu muerte fuera un mal sueño, como si de nuevo estuvieras aquí a mi lado con tus risas y tus bromas, con tu temperamento inquieto, con la esencia del perfume de tu piel.

Te echaré de menos como si el vacío que ahora me rodea no fuera nada más que una ficción. Como si tu muerte, como si la muerte de todos nosotros, no fuera otra cosa que eso: una ficción, un conjunto de letras colgadas como arañas negras en el marco de una página en blanco de la que

van surtiendo las ideas, en la que van surgiendo los pensamientos y los recuerdos.

Te echaré de menos como si no fueras un recuerdo, sino una realidad corpórea que puebla el ámbito de mi mente y de las mentes de todos los que te conocimos y te amamos.

Te echaré de menos como lo que eras: el gran amor de tu marido y tu hija, el único amor, el verdadero amor, el que se siente solo una vez en la vida, el que estremece más allá del impulso eléctrico que une a dos cuerpos sobre las sábanas en blanco desde la adolescencia a la juventud, a la madurez, a la vejez... A la vejez a la que no llegaste nunca, querida Marga. A la vejez que huyó del pronóstico de tu vida. A la vejez que esquivaste para morir joven y blanca y desnuda como una gaviota, como un pájaro de alas extendidas, como un pájaro blanco que huyera del pájaro negro de la noche y de la muerte en la noche blanca en que desapareciste con una sonrisa, la sonrisa de los seres felices, la sonrisa de quienes poseen el alto espíritu de saberse amados y de saberse amantes. La sonrisa que solo se encuentra en el rostro de los niños. Como si al morir te hubieras convertido en eso simplemente: en un pájaro, en una niña.

Y esa sonrisa de niña sabia que poblaba los surcos de tu rostro jamás la olvidaré, jamás la olvidaremos. Y esa sonrisa con que te despediste en el último momento de la vida me hace pensar que eras la luna blanca que brillaba en la noche. Que eras la diosa blanca a la que todos los hombres y las mujeres, desde los tiempos antiguos y míticos, adoraron como la verdadera luz que surgía del rostro enigmático de la luna.

Y de este modo tu muerte, Marga, y la que nos aguarda a todos nosotros, quedará como una foto fija en la mente de todos los que leen estas líneas, cuando solo seamos el recuerdo de una sombra más allá del vacío.

Aunque a decir verdad, maldito sea si esto nos importará algo. Como me dijo don Juan Benet en una ocasión: "la posteridad importa un bledo, porque estarás muerto...".

Sobre la mesa está ya el manuscrito de *Éxito*, la novela que hemos ido escribiendo con las cartas de todos aquellos personajes que ahora parecen seres que han salido fuera de una obra de teatro, personajes entre bambalinas una vez terminado el último acto.

Recuerdo que fue Miguel quien habló:

–Hemos hecho una novela que no se sostiene. Una novela en la que se reiteran poéticamente las mismas ideas, y en la que no hay historia, no hay personajes más allá de las ideas que les sirven de estructura, no hay trama, no hay argumento... Es una novela en la que no hay novela.

En ese momento sonreí pensando en Marga, y posé la copa de buen cava reserva sobre la mesa:

–Lo has entendido muy bien, amigo Miguel. Es una novela en la que no hay *ficción*, sino la *realidad* que forma el sustrato de las ideas. La música que hemos oído, los libros y las películas que hemos amado, las mujeres y los muchachos que nosotros y nosotras hemos besado... La realidad que hemos vivido.

Irene besó la frente de Miguel y añadió:

–Quizás no es una novela sino un trozo de vida... La vida que seguirá, y de la que tú, joven Miguel de felinos ojos glaucos, como la Atenea Glaukopi de la *Ilíada*, Atenea la de los Ojos de Lechuza, serás, con tu generación, el próximo protagonista... La próxima novela que tendrás quizás que escribir tú porque, del mismo modo que Marga se ha ido, nosotros y nosotras también ya nos habremos ido... habremos dejado tan solo en tu alma el recuerdo de nuestros diálogos, nuestras cartas y nuestros sentimientos...

Afuera el coche dejó sonar la bocina, llamándonos para que abandonáramos la casa.

Irene me dio un beso en la mejilla y me dijo:

–Hacía tiempo que no revivía tantos recuerdos... Supongo que cualquier persona de cualquier generación es poseedora de ellos, como si se tratara de una caja de madera lacada en la que se encierran las fotos de otra época. Vosotros y vosotras me habéis hecho revivirla... Ese es el verdadero éxito de esta reunión.

Nos abrazamos las dos estrechamente, presas de emoción.

Nuestros amigos levantaron las copas al fondo de la sala.

Miguel tocó mi hombro y yo le abracé brevemente.

Todos tomamos nuestras pertenencias y cerramos la puerta de aquella casa ahora solo poblada de libros, de hermosos libros encuadernados en hermosa piel. Y fuimos bajando las escaleras camino del jardín en donde nos aguardaban los dos automóviles, portando nuestros ligeros equipajes a los que cantó Machado.

Antes de subir al coche, dirigí una última mirada a aquel lugar mágico, y sentí que una lágrima destelló en los ojos de todos nosotros.

-Quizás -dije- nuestro verdadero éxito ha consistido en vivir una vida intensa. Yo creo que nuestra novela, o escrito o lo que sea, nunca se publicará... Y si se publica, nunca se leerá. Porque es una suerte de artefacto literario con una mezcla azoriniana de pensamiento, cuentos, descripción y reflexión... Creo que nunca se publicará, y en realidad no habrá hecho falta. Y solo habrá servido para reflejar la emoción de nuestros encuentros y nuestros pensamientos. Quizás porque el verdadero éxito de nuestras vidas consiste solamente en habernos conocido, y en haber, sencillamente, vivido.

Tuve un presentimiento: como si el espíritu de Marga estuviera en cierto modo en el fondo azul oscuro de los ojos de Sombra. La invité a pasar al interior del automóvil, y el animal se quedó allí, silencioso, tranquilo, feliz de estar en nuestra compañía. Debo confesar que sentí un estremecimiento.

Poco después nuestro coche se alejaba de la casa. Mientras se perdía en la distancia abrí el cuaderno de notas que me había legado Marga con todos los mensajes y las cartas que entre nosotros nos habíamos cruzado.

Lo hojeé con tristeza, pasando lentamente sus páginas, como si fuera la misma Marga y su vida lo que desfilaran ante mis ojos, mientras los árboles transcurrían como

una película por la ventanilla del coche que me conducía de vuelta a la rutina, de vuelta a la ciudad.

Y me pregunté si en aquella novela habíamos estado añorando la edad de nuestra juventud que ya se había ido, bien porque no comprendíamos a la generación presente, o bien porque realmente la nuestra fue más rica en inquietudes y vivencias...

En la radio del coche se oían las noticias. La crisis era aún el tema reiterado en todas las cancillerías del mundo desarrollado.

Pero la poesía estaba allí, al margen de la vida política, o quizás en paralelo a ella. Por eso continué pasando las páginas del manuscrito. Me pareció que allí se contenía toda la vida de Marga, y quizás todas nuestras vidas, que más tarde o más temprano, como las del lector de esta misma obra, borraría el tiempo.

Leía con los ojos cubiertos de lágrimas, mientras la fina lluvia caía sobre el verde paraje asturiano. Leía y sentía que la lluvia del exterior calaba hasta el fondo de mi alma con su tristeza melancólica y septembrina, la misma tristeza que todos habíamos sentido jóvenes cuando acababa el verano, cuando se terminaba el amor, y tal vez también la libertad...

Y me pareció resucitar aquel pensamiento que me había legado, todo el romanticismo idealista de nuestra juventud, todo el declive de nuestra civilización, y todo el deseo de que lo mejor de todos nosotros perviviera como un ejemplo para generaciones venideras...

83. FRAGMENTO FINAL *Inés*

O quizás todo lo que habíamos ido contando en este libro era mentira, como esta novela, como el arte, como la vida. Y era mentira nuestra vida, y era mentira esta ficción. Y hasta las mentiras son paradójicamente mentira.

O quizás es que ya no entendía nada, y todos los artistas formábamos parte de una secta de seres tan canallescos como maravillosos, tan depravados como bondadosos, tan cínicos como idealistas. Y lo único que intenté aquí, en este libro, fue recoger algo de lo que aportaron aquellos deliciosos falsarios, entendidos en el arte del fingimiento.

Y quizás esta época a la que yo ya no pertenecía, llegará a aportar al arte y al pensamiento obras tan válidas como las que nosotros sentimos y vivimos, como las que aquí hemos intentado recordar. Y quizás cada época tiene su valor y su belleza, como producto de la sensibilidad y la inteligencia del alma humana.

O -te insisto- quizás todo es mentira, como el arte, como la vida, y solo es verdad la muerte. Y hasta la muerte puede ser mentira porque es la nada, y la nada no existe, sino que es tan solo el final del sueño de la vida que cantaran Bergamín y Calderón.

Y quizás ni siquiera nosotros existimos, como el lector o lectora de estas páginas tampoco existen, tampoco existirán. Y en definitiva seremos a la postre tan solo un recuerdo, que se perderá como la arena ante el movimiento del mar, ante el movimiento del tiempo.

Aquel pensamiento se filtró en mi alma como la lluvia en la verde naturaleza que me rodeaba... Y caí en la cuenta de que solo había intentado interpretar todas nuestras vidas, todos nuestros sueños, todas nuestras emociones y sentimientos, todo el romanticismo que late en todas las jóvenes generaciones del pasado y del futuro.

Cerré el libro y no me avergoncé al darme cuenta de que estaba llorando, sintiendo caer lágrimas inevitables por mis mejillas.

Acompañando a nuestro duelo, en la radio se oía ahora el *Réquiem* de Fauré con la voz de Victoria de los Ángeles y la dirección de André Cluytens para la Orchestre de la Société des Concerts du Conservatoire... Siempre la música en los mejores y peores momentos de mi vida...

Pensé que somos solamente sombras en un mundo de sombras.

Creemos en la seguridad, la perseguimos toda nuestra vida, y la seguridad no existe.

Habitamos un mundo de palabras huecas del que solo nos salvan los sentimientos, pero hasta ellos se pueden convertir en olvido. Quizás porque el olvido es nuestra propia sombra en un mundo de sombras que nos lleva hacia la nada y el vacío.

Y tan solo el recuerdo de un amor puede convocar la existencia de algo que se sintió intensamente y nos hizo hombres y mujeres más allá de la sombra que nos define, nos persigue y nos abraza, más allá de nuestro ser sombras.

Solo nuestro amor forma parte del corazón más íntimo de nuestra propia sombra.

Por eso ninguno de los que conocimos a Marga llegaremos nunca a olvidarla, aunque solo nos quede de ella el recuerdo de su vida, de su sombra...

Pensaba en esto, y lloraba en silencio.

Entonces el viento comenzó a agitar los árboles, como si Marga nos estuviera despidiendo.

Y aquellos altos árboles verdes que danzaban con el viento, parecían acompañar los pensamientos de todos los personajes que habían compartido una misma historia. La historia de sus vidas. El verdadero o falso *éxito*. No el de una novela que seguramente nadie publicaría o nadie leería nunca."

En la Sierra de Córdoba, 24 de agosto de 2013

"C'est un pauvre homme loin des hommes,
C'est un habitant de l'oubli."

VÍCTOR HUGO, *Les Contemplations*, Livre III, *Les luttes et les rêves*, "Magnitudo parvi", III.

ÍNDICE

Prólogo. Una novela de ideas 13
I. El tiempo de las preguntas 23
II. El tiempo de la impostura 45
III. Luz tenue 67
IV. El tiempo de las flores 77
V. El tiempo de saber 91
VI. El tiempo de los secretos 95
VII. El tiempo de los deseos 117
VIII. El éxito 143
IX. El vacío 159
X. ¿Soy yo, o soy mi sombra? 171
XI. La edad de la inocencia 207
XII. El final 239
XIII. El olvido 247

La obra de creación de Diego Martínez Torrón:

Sus libros previos de poesía han sido recogidos en *Mirar la luna. Poesía completa*, Madrid, Sial/Fugger Libros, 2003. A este poemario debe añadirse: A*dagio al sol*, Sevilla, Ed. Algaida, 2007, y *Fantasmas en la niebla*, Sevilla, Algaida, 2009. Su despedida de la poesía tendrá lugar con el volumen de poesías completas que actualmente se encuentra en proceso de edición, que contendrá todos estos libros mencionados más otros inéditos.

Como autor de narraciones breves ha publicado: *Los sueños del búho*, Madrid, Huerga y Fierro Editores, 1998 (Narrativa, 143). Y *Los dioses de la Noche*, Madrid, Sial, 2004.

Su obra ha sido prologada por Jorge Guillén, Luis Alberto de Cuenca, Jaime Siles, Pere Gimferrer, Ángel Crespo, Leonardo Romero, Gustavo Martín Garzo y José María Merino. Fotografías y dibujos de Ouka-Leele han aparecido en diversas obras suyas. A todos/as ellos/as los quiere mencionar aquí con agradecimiento.

Éxito es su primera novela extensa, que espera abra camino a muchos otros textos.

En uno de sus poemas inéditos para la nueva edición en preparación de su poesía completa Diego Martínez Torrón se ha autorretratado así:

Soy
un filósofo
que escribe versos,
un ensayista
que escribe relatos,
un poeta
que escribe ensayos…
Y siempre
pienso,
y siempre
siento.

Diego Martínez Torrón es catedrático de Literatura Española en la Universidad de Córdoba y escritor. Autor ya de casi una cincuentena de libros de ensayo, poesía y relato breve, en importantes sellos españoles y extranjeros, así como numerosas colaboraciones en libros de conjunto dentro y fuera de España. Es un reconocido especialista en la literatura romántica y en la obra de Cervantes, y de otros muchos temas de la literatura del siglo XX, que ha estudiado siempre con profundidad. Su obra poética ha sido traducida en Italia y en Estados Unidos. Esta es su primera novela extensa, fruto de larga meditación, observación y trabajo.

Obra de filósofo y poeta, *Éxito* es una novela lírica e intensa, llena de pensamiento pese a su encantadora y poética sencillez, y dotada de un peculiar estilo.

A través de los e-mails que se cruzan un grupo de artistas, se refleja el contraste entre una juventud de intelectuales forjados en la época de la contracultura, que hoy se enfrentan a los modos del siglo XXI. Estas historias cruzadas reconstruyen el decurso vital de la juventud de sus protagonistas, a través de referencias a la música rock y música clásica.

Éxito constituye así el testimonio de una generación que se va en contraste con la que viene.

Aporta también una profunda reflexión sobre la crisis del arte y la crisis de la sociedad actuales.

Novela tan compleja como amena, es obra de artista para artistas, aunque no lo sean…

Se recomienda leer *Éxito* de modo pausado, sin prisas, y en pequeñas dosis.

ISBN:978-84-7898-507-4

ediciones ALFAR 1982-2013